

Francisco Ramírez Viu

La sombra de Ícaro

© 1999

A todos los que se sienten atrapados

Primera Parte:

NO HAY NINGÚN GRAN DESCUBRIMIENTO...

La cama estaba preparada desde hacía mucho rato, pero todavía no quería acostarse. Tras el plástico transparente de su ventana-terraza, la niebla nocturna de metano dibujaba espectros de ceniza azul sobre las amplias avenidas. Bellwold 3, la ciudad más importante del planeta Mon, dormía tranquila en el silencio de una pequeña constelación estrellada, y sus calles aparecían débilmente teñidas de una luz que imitaba a la de la luna terrestre: una claridad blanquecina que parecía compuesta de millones de vetas de cuarzo, emitida por largos tubos continuos que corrían paralelos a las calles.

“Las bombillas de la luna”, pensó.

Se acercó a la ventana y apoyó su cara contra el plástico. Una ligera sombra de tristeza se reflejó en su rostro, débil como la luz de la calle, que pareció emerger de lo más hondo. Recordó fugazmente lo ocurrido durante los últimos meses, como si fueran secuencias de una película todavía sin final. Su mente se detuvo en una tarde de niebla oscura, justo en el comienzo de la estación del frío, cuando empezaban a florecer uno tras otro los almendros virtuales, programados para dar un aire agradable al rigor de las heladas. Las secuencias de la película se detuvieron allí un instante, inmóviles como torretas de comunicación, lejanas como los agujeros negros de la galaxia, recordando aquella tarde en la que aún no se intuía el peligro.

Después volvió a la realidad, cerró los ojos y trató de salir a la calle. Nadie se lo impidió. Ahora estaba justamente debajo de su propia terraza. Una secuencia corta de tres tonos ascendentes precedió a una voz agradable –similar a las que anuncian las actividades de las compañías de aventuras lúdicas–. Una voz suave que se interesó por el motivo de su paseo. Dudó antes de contestar.

–No puedo conciliar el sueño –respondió al fin.

–¿Ha probado la nueva cápsula de descanso?

–No. ¿Puedo continuar mi paseo? –preguntó con aspereza.

Se hizo un brevísimo silencio.

–Por supuesto. ¿Qué nivel prefiere?

–Nivel 0, por favor.

La voz de la conciencia –tal y como se la solía llamar popularmente– dejó de oírse, y la calle oscura, cubierta de niebla azul y fría, apareció de nuevo ante sus ojos. Respiró profunda y pausadamente. Necesitaba vagar a la deriva por la ciudad, como los antiguos satélites que perdían el rumbo en la infinita soledad negra del cosmos; naufragar como los cetáceos del planeta Tierra, que todavía seguían varando en las playas, abandonados al azar de los campos electromagnéticos por su fallido sistema de sonar; sentir, aunque fuera sólo de un modo imperfecto, la libertad de la que hablaban a veces algunos colegas de trabajo. Avanzó a través de la niebla y se perdió durante casi dos horas por los rincones noctámbulos de Bellwold 3. Acabó, como casi siempre desde hacía algún tiempo, en el parque de los almendros virtuales, al lado del monumento a la Ciencia.

No había nadie en el parque ni en los alrededores. Hacía algo de viento y la temperatura debía de ser bajísima. El invierno estaba resultando desacostumbradamente frío. Consultó su termómetro: 20 R.V. Eso explicaba la tremenda soledad de las calles... Nadie se atrevería a pasear con este tiempo. Se acercó a un sillón de gas naranja y lo miró con extrañeza. Después buscó una roca y se sentó en ella. Desde allí se veía parte de la ciudad como una gran sombra geométrica.

Cerró los ojos y apoyó en ellos su mano derecha abierta. No era lógico lo que le estaba ocurriendo. Los síntomas no se ajustaban a ninguna perturbación conocida, ni siquiera a ninguna de las que el Sistema incluía en el catálogo de enfermedades no elementales. Sin embargo, en su interior se estaba gestando algo importante, se estaba produciendo un cambio que afectaba a las zonas más esquivas de su personalidad... eso era lo que concluía siempre. Su perturbación se asemejaba sobre todo a un cambio de perspectiva. Y eso era precisamente lo más grave del asunto, porque esa explicación resultaba absolutamente impensable e imposible a finales de siglo, a las puertas del cuarto milenio.

La mayoría de las enfermedades tenían su origen en el cerebro, y en el caso de los humanos se sumaban también la médula, reguladora de las funciones autónomas: respiración, circulación, digestión... y el cerebelo, responsable de coordinar los movimientos. Entre ambos, el sistema límbico resultaba casi perfectamente controlado. De este modo, todas las estructuras que intervienen en la conducta emotiva, la memoria a largo plazo y otras muchas funciones, apenas ofrecían problemas importantes. Entre los humanos eran relativamente frecuentes la esquizofrenia, los delirios, la disgregación del pensamiento, las manías y la prosopagnosia: una lesión en la región correspondiente del lóbulo temporal de múltiples efectos, entre ellos la pérdida de la facultad de reconocer otros rostros. Máquinas y humanos contaban con un mapa muy detallado de sus enfermedades y sus tratamientos, y en ninguno de ellos aparecían descritos los síntomas que mostraba su estado.

Mañana tendría que dar explicaciones de esta situación anormal ante su inmediato superior científico. Quizás la entrevista no resultase tan dramática como se la imaginaba ahora mismo, pero tampoco sería un mero trámite. Desde luego que no. Alcano era un buen jefe, excelente investigador y muy respetado por toda la comunidad científica, pero mecánicamente exigente. Una máquina de tecnología muy avanzada que cumplía su trabajo con verdadera brillantez y que no dejaría lugar para las divagaciones. Le conocía muy bien, llevaba cinco años trabajando en su equipo, casi hombro con hombro, y su relación era afectuosa, aunque sin traspasar los límites de lo meramente profesional. Y mañana lo demostraría.

Deseó no dejar de razonar. Le gustaba perderse por los inescrutables caminos del cerebro, dando vueltas, girando en torno a un hipotético eje de rotación, sin descanso ni interrupciones, dejando que las ideas cobraran vida propia fuera del cuerpo... casi tocando el mundo exterior con el pensamiento. Deseó pertenecer a otro planeta, a otra galaxia, deseó no ser lo que era...

Se mantuvo dos horas así, al nivel 0 de conciencia, con los ojos clavados en la distancia intangible del deseo.

Después regresó de nuevo a su apartamento, tras la ventana de plástico, en la que continuaba apoyando la cara, igual que hacía apenas un instante. Dos horas en el nivel 0, apenas un momento de tiempo real. ¿Por

qué había querido viajar con la conciencia y no con sus propias piernas? No era una cuestión de aprovechar los minutos, desde luego. Eso estaba claro. Entonces... ¿Por qué?

En ese momento recibió una llamada interna. Era Lan, su buena amiga. Su nombre aparecía en letras brillantes en un panel de la pared, encima de su mesa de trabajo. Pulsó el botón de aceptación de la llamada.

–Buenas noches, Lan.

–¿Qué tal estás? –su voz siempre sonaba mágica.

–Bien, muy bien. Acabo de regresar de dar una vuelta por ahí y me ha relajado mucho. Me alegra que te hayas acordado de mí.

–Podías haberme avisado... me refiero al paseo de ahora mismo.

–Ah, no te preocupes, sólo era nivel 0. Lo he hecho para desconectar un segundo. No tenía sueño.

–¿Sólo era eso? –preguntó con cariño.

–No, claro que no. La reunión de mañana... ya sabes. No sé qué me dirá exactamente.

–Que te tomes unas vacaciones. Eso es lo que te dirá, y tú le vas a hacer caso y te irás a la galaxia más lejana que puedas. Y allí aprovecharás el tiempo para descansar y pensar en... en eso que tú y yo sabemos.

El silencio invadió la conversación.

–¿Eh, sigues ahí? –preguntó Lan.

–Sí... sí, claro que sí, todavía no he aprendido a desaparecer.

–Oye, ¿quieres que vaya?

–¿A la reunión?

–A tu casa, ahora, para estar contigo.

–No, muchas gracias, de verdad. Estoy bien –su cerebro se volvió a perder en otro callejón sin salida. Estaba bien, eso acababa de decir, y sin embargo los síntomas que tenía eran claramente preocupantes. Cerró los ojos y sintió lo mismo que venía sintiendo desde hacía algún tiempo. Por eso tenía una cita mañana. Una cita importante...

–Juuuju... hola... ¿te has vuelto a ir?

Esbozó una sonrisa.

–Te llamaré en cuanto termine la dichosa reunión, ¿de acuerdo?

-Muy bien. Estaré esperando impaciente. Que descanses.

-Igualmente.

La habitación quedó en completo silencio. Un silencio que parecía flotar entre las paredes como una gota de mercurio suspendida entre dos nubes. Intuyó que su vida estaba a punto de tomar un camino distinto a todos los anteriores. Quizás ni siquiera Lan fuera plenamente consciente de ello. Mañana no sería un día cualquiera, uno más de la lista, sino un punto de inflexión de su propia curva, ya lo era esta noche, ya lo era este preciso instante, pero todavía faltaba acotarlo. Se acercó a su mesa de trabajo y repasó brevemente los puntos que quería tratar en la reunión. No eran muchos ni estaban muy estudiados, pero resultaban suficientes para afrontar con ciertas garantías la entrevista. Después se metió en la cama y apagó la luz. En el exterior, las bombillas de la luna seguirían alumbrando la soledad al menos seis horas más.

El color blanco era el preferido de la sociedad de la nueva era. Blanco equivalía a pureza, a neutralidad y a perfección. Por eso era el color del progreso y también el de la inmensa mayoría de los edificios oficiales. También el pasillo que recorría en este momento era blanco, como su bata y el carnet de directora científica que se balanceaba mientras caminaba en dirección al despacho de su superior. Había recorrido ese pasillo casi a diario, pero ahora se le hacía extraño, larguísimo y muy frío, como si fuera la primera vez que pasaba por allí. Sin embargo, conocía a todos los que trabajaban en el laboratorio, muchos la querían y todos la estimaban. Pese a su juventud, era la principal investigadora de Procesos Históricos, dirigía un departamento y había sido invitada a pronunciar conferencias en más de veinte centros. Le gustaba mucho su trabajo y se sentía correspondida por los resultados. Los procesos históricos eran su tema preferido, y también el de su jefe, Alcano. Juntos habían diseñado un archivo del pensamiento histórico que estaba sirviendo de soporte científico para importantes trabajos de investigación. En él se hallaban las principales ideas, humanas y no humanas, que sustentaban la actual civilización. Un trabajo extenso y detallado que les había proporcionado el último Premio de Investigación de la C.C.C.

El despacho de Alcano se veía al final del largo pasillo. Se acercó despacio. La puerta estaba entreabierta y miró disimuladamente dentro. Él le ofrecía la espalda. Dudó antes de llamar. Por su cabeza pasaron, como estrellas fugaces, miles de posibilidades para un futuro próximo. Todas estaban encerradas en aquella habitación, esperando el desenlace de la lógica del Sistema, la única guía firme y válida. Sintió cansancio, un agotamiento real ante tanta contradicción interna. Sabía que cuando volviese a salir de esa pequeña habitación las cosas habrían tomado un nuevo y definitivo curso. Reunió todas las fuerzas que tenía en aquel momento y llamó a la puerta.

–¿Se puede?

–Claro, pasa, OYP –dijo sin mirarla, de pie, frente a la ventana.

“Es una máquina perfecta”, pensó ella mientras cerraba la puerta del despacho tras de sí.

–Siéntate, por favor –su voz sonaba amable. Se dio la vuelta y la miró. Su cara expresaba una sensación de confianza y sosiego. Ella se sintió más tranquila.

–¿Has descansado?

–Perfectamente.

–Sabes por qué te he llamado, ¿verdad?

–Sí, supongo que sí.

Se sentó también. La miró fijamente a los ojos y dijo una palabra:

–Darwin.

Aquel nombre tan simple tenía para ambos un significado muy especial. Sus miradas se perdieron en una profunda sima durante unas milésimas de segundo.

–Un animal cualquiera, dotado de instintos sociales pronunciados, adquirirá inevitablemente un sentido moral o una conciencia, tan pronto como sus facultades intelectuales se hubiesen desarrollado tan bien, o casi tan bien como en el hombre. Te suena, ¿verdad?

Ella asintió con un gesto apenas perceptible. Él siguió hablando.

–Lo que no podía imaginar nuestro amigo Charles es que mil años después su teoría iba a estar tan de actualidad. Mucho más que en su época. Claro que entonces resultaba más difícil someterla a prueba, pero el tiempo... el tiempo todo lo puede, querida colega.

Nunca la había llamado así. Ella había sido siempre su discípula, su ayudante, tal vez la mejor, pero nunca otra cosa. Se quedó sorprendida con aquel halago, y él lo notó.

–Y ahora estamos aquí, dos máquinas de última generación, creadas por el hombre, recordando esa frase humana y magistral del siglo XIX, cuyas consecuencias todavía no han terminado de manifestarse.

OYP conocía a fondo la vida y la obra de Charles Darwin, pero sabía que el hecho de mencionarla ahora era sólo parte de la estratagema de Alcano. Nunca la habría llamado simplemente para charlar. Resultaba demasiado humano.

–No me has llamado para eso, ¿verdad?

–¿Para hablar del naturalista inglés? No, claro que no –sonrió–. Te he llamado para hablar de ti.

–¿Y bien? –su voz sonó excesivamente defensiva.

–Te veo cansada, eso es lo que ocurre. Se nota que tienes una notable acumulación de trabajo. También las máquinas nos cansamos, créeme. No como los humanos, desde luego, pero también necesitamos nuestras curas de descanso. Por eso creo que sería bueno que te tomaras unas vacaciones.

–Pero yo me encuentro bien, Alcano.

–Eso no es verdad y tú lo sabes –en su rostro se dibujó un gesto de desaprobación. No le gustaba que intentasen engañarle–. Estoy seguro de que te has dado cuenta hace ya tiempo de los síntomas preocupantes que muestra tu cansancio.

Su primer intento no había tenido éxito. Había venido con la intención de disimular su propia extrañeza por los últimos vaivenes de su personalidad y había fallado. Ahora era él quien tomaba la iniciativa; o quizás no la había perdido en ningún momento.

–Eres una excelente profesora y una máquina ejemplar, de eso no hay duda. Y la asignatura de procesos históricos te va, utilizando una afortunada expresión humana, como anillo al dedo. No conozco a ningún otro profesor que tenga tanta facilidad para la historia ni tanta sensibilidad para los juicios históricos como la que tienes tú.

–Gracias.

–De nada. No es mi intención halagarte, sino demostrarte que te conozco y que te aprecio para que aceptes libremente las vacaciones que te estoy proponiendo.

–Pero estamos a mediados de curso.

–No te preocupes por eso. Ya he pensado en un sustituto y, si hiciera falta, yo mismo daría algunas clases.

OYP se dio cuenta de que detrás de la proposición de Alcano había algo más. Presintió que era mejor aceptar esas vacaciones en ese momento, tal y como le había predicho su amiga Lan anoche. El Sistema podía estar ya

detrás, presionando a su jefe. No era seguro, pero tampoco imposible. Bien, aceptaría su proposición, pero entonces exigiría unas verdaderas vacaciones. La primera batalla la había perdido, pero la guerra acababa de comenzar. Eligió el lugar y el modo. Por encima de cualquier cosa quería tener la seguridad de que el Sistema no entraría en su nivel de conciencia. No quería ser espiada.

“Una máquina no puede tener nada que ocultar”, pensó; pero ella necesitaba resguardar su cerebro electrónico, algo que se parecía cada vez más peligrosamente a la intimidad humana.

–De acuerdo, descansaré unos días. Me parece una buena idea.

–Los que tú creas convenientes. No tengas prisa.

–¿Podría pedir un viaje a los Jardines Colgantes?

–¿En la Constelación de Enea?

–Sí.

Él se quedó unos instantes meditando la posibilidad.

–Bien, no creo que haya problemas.

–Pero... en fin, me gustaría que fuera un viaje de placer intenso, ya sabes. A nivel 3 de conciencia, con libertad.

–Me temo que eso va a ser más difícil de conseguir. No sé lo que dirá la C.C.C.

Era su única oportunidad. Si la Comunidad Científica Central sospechaba ya algo debería saberlo cuanto antes. Alcano la apreciaba, eso era seguro, pero no suficiente. El poder del Sistema se hacía notar en cuanto alguien se salía de la norma, y ella se estaba saliendo aceleradamente, quizás demasiado deprisa. La única ventaja era que todo científico de su categoría tenía derecho a ese privilegio cada cinco años. Era una ley oficial y podría aprovecharla.

–Tengo derecho.

–Lo sé, pero...

–¿Qué?

–Nada. Lo consultaré hoy mismo y te daré la respuesta en cuanto la sepa.

Cuando regresó a su apartamento estaba mucho más tranquila. La conversación con Alcano había resultado más esclarecedora de lo que había supuesto en un principio. Lo que parecía no tener mucha importancia cuando comenzó a vislumbrarse, se había convertido ya en un auténtico peligro. Si le concedían ese tipo de vacaciones tendría tiempo para meditar, algo que necesitaba más que nada, y tiempo para decidir. Si no, debería tener mucho más cuidado que hasta ahora y ser aún más reservada en sus manifestaciones.

Recordó a Lan y la llamó.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien. Si vienes te lo cuento.

—Claro que voy. Salgo ahora mismo, no tardo nada.

Se sentó al borde de la cama y cerró los ojos. Sabía que no era cansancio aquello que pesaba como plomo en su interior. Lo sentía inexplicablemente dentro, más cerca de su corazón que de su cabeza, y eso era lo asombroso. Era un temblor como el que el viento produce en la superficie del agua, como el de los dedos humanos tocando otros dedos. Y era, a la vez, algo vivo, que crecía lentamente, como una sucesión aritmética, como una célula o una flor. Lo sabía ella, lo sabía Lan... y puede que Alcano también. Sólo los humanos podían tener intimidad.

Todo estaba regulado por la Comunidad Científica Central, hasta la política y las leyes ordinarias. La sociedad había entregado el mando del futuro y del bienestar a la ciencia, igual que en otro tiempo lo había hecho con los sacerdotes y los políticos. Ella sabía que si Alcano presionaba un poco, las autoridades darían el visto bueno inmediato a su petición de vacaciones. Podía ser cosa de horas tan sólo y había que estar preparada para salir sin demora en ese caso. Por eso, cuando él la llamó para comunicarle que el viaje había sido definitivamente aprobado por la C.C.C., y que estaba en trámites para la resolución final, ella lo tenía ya todo a punto. Sólo le quedaba despedirse de Lan.

La sensación de ir sola en una nave, sin compañía, rumbo a un lugar casi mágico, con todos los privilegios de un científico, era intensa y fascinante. Se sentía fuerte por dentro, invadida por una seguridad intuitiva, deseando llegar y dedicar su tiempo a pasear y meditar por los bellos paisajes de Enea.

–“Nos estamos aproximando a los Jardines” –dijo una voz agradable dentro de la nave–. “¿Desea alguna información?”

–Sí –contestó ella–, pero algo somero. No tengo muchas ganas de escuchar grandes discursos ahora.

– “Como quiera, profesora.”

En la pantalla apareció un anillo de colores y una cascada de agua.

–“Los Jardines Colgantes están contruidos sobre tres pequeños satélites de baja densidad, llamados Sorus, Azul y Gran Lago. Fueron diseñados a finales del siglo pasado por un prestigioso arquitecto humano, Fernando Oita, que vino expresamente de la Tierra para realizar el proyecto.

Sorus tiene un fino anillo de gran tamaño, constituido por partículas de hielo, que simula un calidoscopio transformando los colores de su superficie constantemente. Salpicado por pequeños mares de nitrógeno y desiertos de niebla malva, resulta un lugar magnífico para reposar la mirada. Su atmósfera

es densa, son frecuentes las lluvias de helio y posee el Jardín Virtual más importante de toda la galaxia.

Azul no contiene ningún rasgo destacable en su superficie. Muestra un color azul-verdoso debido a la absorción de la luz roja por el metano de su atmósfera, y está compuesto fundamentalmente por hidrógeno y helio. Se le conoce como el desierto de luz de atardecer. Su vegetación, también virtual, está formada fundamentalmente por flora terrestre tropical. Son dignas de ver las grandes extensiones de piedra negra y las dunas eólicas. Para su construcción, el arquitecto se inspiró en una pequeña isla de la Tierra llamada Lanzarote.

Por último, Gran Lago es un cuerpo celeste cuya superficie es de hielo, por lo que resulta muy brillante desde el espacio. Su atmósfera es similar a la terrestre, su interior está compuesto de silicatos, con una capa intermedia de agua líquida, y no tiene cráteres de impacto, aunque sí una extensa red de fracturas por las que discurren cinco grandes ríos. Sus riberas son de color rojizo y en ellas la vegetación, única no virtual en la galaxia, es abundante. Multitud de géiseres se distribuyen por el resto del pequeño satélite.

Si desea alguna información adicional hágamelo saber, por favor.”

–Gracias –contestó ella.

No quería saber nada más. Dejó correr libremente su imaginación y su memoria, como si su pensamiento fuera un caudaloso río atrapado hasta ahora por una pared o una barrera de sonido. Le vino a la cabeza la idea básica sobre la que se sustentaba la sociedad actual, una idea que era antigua, que ya había sido objeto de críticas a lo largo de la historia, pero que la mayoría aceptaba una y otra vez. Lo único que diferenciaba lo bueno de lo malo era la adhesión a una ley o su rechazo. Una costumbre que permitía vivir bien a la mayoría, aunque sólo fuera aparentemente, era buena por definición. Los que la respetaban eran buenos ciudadanos, los que la quebrantaban eran malos. Así de simple... y así de falso. Hacía tiempo que la costumbre lo había invadido todo, desde las relaciones personales hasta la propia capacidad de descubrir cosas nuevas. Desde que las máquinas y los hombres convivían en estudiada concordia –de eso hacía ya casi tres siglos–, pocos se habían aventurado a poner en duda las bases del Sistema, pero...

– “Hemos llegado, profesora.”

Tardó dos segundos en contestar.

–Bien, muchas gracias. ¿Dónde estamos?

– “En Sorus. Esperamos que haya disfrutado del vuelo.”

–Sí, ha sido un vuelo muy agradable.

El paisaje que la rodeaba resultaba sorprendente. Los colores variaban casi imperceptiblemente sobre el suelo, produciendo una paradójica sensación de tranquilidad. Se detuvo unos instantes para mirar. Después se acercó al apartamento que tenía reservado. La fecha de regreso no estaba fijada, de modo que tenía todo el tiempo del universo a sus pies. Estaba en un lugar idílico, en el que podría meditar con sosiego y en el que también podría recuperar la paz que tanta falta le hacía. Aquel paisaje tenía algo familiar, algo que le atraía con fuerza, quizás la naturaleza –aunque fuese virtual– o, tal vez, el recuerdo de la Tierra, de lo humano. Llamó a Lan desde el apartamento.

–Hola. Ya he llegado y esto es maravilloso.

–¡Qué envidia, hija!

–Llevo incorporada la cámara, así que a la vuelta te enseñaré todo con detalle.

–Me muero de ganas. Nunca he estado en un sitio parecido.

–En el fondo me alegro de haber venido. De todas formas, lo que me interesa es tener tiempo para pensar, así que estaré aquí lo imprescindible, sólo hasta que decida lo que debo hacer. Esto es como lo que vosotros llamáis un lugar de meditación. Me gusta.

Se hizo un pequeño silencio.

–Oye... –la voz de Lan pareció preocupada.

–¿Qué?

–No quiero alarmarte, pero... ayer fui a tu apartamento a buscar algo de música y había gente.

–¿Quiénes?

–No lo sé, ni siquiera llegué a subir. Preferí no arriesgarme.

El rostro de OYP se ensombreció. Aunque era una máquina, su cuerpo no denotaba ningún indicio de artificialidad. Tenía unos ojos azules y brillantes y una sonrisa juvenil que escondía una notable inteligencia.

–Hiciste bien. No te preocupes, no he dejado nada que me comprometa.

–Menos mal. De todas formas, no me gusta.

–No, desde luego no es muy agradable que aprovechan tu ausencia para husmear en tu casa.

–¿Puede ser la C.C.C.?

–Puede ser cualquiera, Lan –pensó en varios candidatos en una milésima de segundo–, cualquiera.

–Bueno, pero ten cuidado. ¿Estás a salvo allí?

–Sí, supongo que sí.

–Si quieres algo, ya sabes. No tienes más que pedirlo.

Se le escapó una sonrisa.

–Gracias.

–De nada. Cuídate.

El sonido de la voz de su amiga quedó atrapado dentro de su cerebro como un eco laberíntico y la hizo estremecerse. Sintió algo muy parecido al miedo y no era la primera vez que le ocurría. Con los ojos cerrados quiso descubrir el recorrido de su miedo a través de las singulares neuronas de su cerebro, a través de lo que un científico antiguo llamado Ramón y Cajal había denominado poéticamente “mariposas del alma”. Las máquinas no tenían neuronas, sino redes artificiales que también trabajaban por impulsos eléctricos a una velocidad de vértigo, eligiendo los caminos adecuados, aprendiendo de la experiencia, igual que los seres humanos. Por eso tenía ahora miedo, porque era la reacción normal ante lo desconocido, porque no parecía una máquina, porque temía por su futuro...

La mañana en Sorus se había levantado oscura, y los rayos de luz se refractaban en un abanico de tonos grisáceos al traspasar el fino anillo de partículas de hielo. Su termómetro indicaba la posibilidad de una lluvia de helio algo más tarde. Había salido temprano, cuando todavía se notaba el frío de la madrugada porque quería aprovechar el tiempo para pasear, y ya había caminado hasta las proximidades de uno de los mares de nitrógeno del satélite. Se había traído de Mon una copia del archivo del pensamiento histórico recopilado junto con Alcano en los últimos años. Necesitaba sumergirse en las aguas turbias de la mente humana, desde todos los puntos de vista posibles, para entenderse mejor a ella misma. Quería comparar sus síntomas con los sentimientos humanos de todas las épocas, y para eso necesitaba estar sola en un paisaje así.

La superficie del lago parecía una gran lámina de magnetita, un extenso campo de ondas grises y brillantes, como la cabeza de un anciano. Se acercó a la orilla, se sentó en una piedra y miró el horizonte. Mantuvo unos minutos la vista anclada en su línea imprecisa y después abrió el archivo histórico. En él había depositado toda su confianza. Tenía la certeza de que si no encontraba aquí, en el registro del pensamiento humano, la explicación de lo que estaba ocurriendo, no la encontraría en ninguna parte. Cerró los ojos y pasó despacio la mano izquierda por su cabello rubio. Lo primero que le vino a la cabeza fue un poema que alguien había escrito en la Tierra mil años antes.

Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás del negro cipresal humean...
En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta.

Los humanos escribían muy bien, mejor que las máquinas. De eso no cabía duda. Las imágenes sugeridas por los versos tenían color, forma, aroma y fuerza. Llegaban a cotas a las que ninguna máquina podría llegar jamás, a no ser que... –recordó que ella también había escrito poemas y se sorprendió a sí misma del hallazgo—... a no ser que llegara a ser tan humana como ellos. ¿Era eso lo que estaba pasando? ¿Era eso siquiera planteable? Darwin se había referido siempre a animales, pero no era imposible que también ocurriera lo mismo con máquinas muy perfectas dotadas de un gran instinto social. Si así fuera, habría dictado su propia sentencia, porque todo el mundo sabía lo que les ocurría a las máquinas que se alejaban de la norma, las que el Sistema llamaba MED. La enfermedad degenerativa en su especie significaba soledad y enclaustramiento en zonas de alta vigilancia.

Unas tímidas gotas de lluvia cayeron sobre el mar brillante de nitrógeno y fabricaron ecos silenciosos y circulares que crecieron sobre el gris hasta difuminarse. Era hermosa la lluvia y también el sentimiento de estar a gusto en la compañía de una misma. El trabajo incansable de sus redes de neuronas artificiales le trajo a la memoria un antiguo cuento para niños, que hablaba de la Voz del Silencio en un planeta sin nombre. Una voz que te decía las cosas al oído, sin que nadie más se diese cuenta, y que susurraba palabras en un lenguaje extraño, que sólo tú conocías. Le pareció hermosa la manera que tenían los humanos de describir algunas de las cosas más sutiles. La pequeña lluvia cayó durante unos minutos más. Ella miró hacia arriba y después consultó su termómetro: todavía no era preocupante.

Pensó en el Sistema y llegó al mismo punto sin retorno de siempre... una costumbre que permite vivir bien ha demostrado que es saludable y útil, frente a todas las nuevas tentativas que aún no han sido experimentadas... Ésa era la máxima favorita, a la que se agarraba el Sistema una y otra vez para combatir cualquier intento de reivindicación no autorizada, para defender la moral oficial o prohibir el amor entre humanos y máquinas; y ella la encontraba tremendamente pobre e injusta. Se aceleraba por dentro cuando pensaba así, como si también tuviese sangre y pudiera hervir en determinadas circunstancias. Eso ya era una clara contradicción, porque las

máquinas eran programadas para acatar perfectamente las normas del sistema y no era lógico, por tanto, un intento de rebelión.

Se sentía incomprendida, enemistada con gran parte de las cosas que la rodeaban, incapaz de entender a los de su especie, a las máquinas herméticas, sin sentimientos. Y, a la vez, se veía como una máquina joven, llena de fuerza, que creía estar dispuesta a luchar hasta la extenuación.

Buscó dentro del Archivo similitudes en la historia humana y encontró muchas más de las que esperaba. Sus microchips específicos de búsqueda la llevaron a cientos de dictaduras políticas y religiosas, a miles de situaciones semejantes a la suya. Estaba claro que siempre que el ser humano podía ejercer una coacción, la ejercía para conservar y propagar sus normas. Las comunidades de individuos de cualquier época obligaban a cada uno de sus miembros a practicar una misma creencia o actitud, algunas veces incluso creyendo que ésa era la única posibilidad de encontrar la felicidad. En las familias, en los círculos de amigos, a todos los niveles y en todas las épocas.

Pidió al programa un análisis concreto de causas... Bien, ahí estaban: la costumbre y la falta de horizontes, unidas en un 67'78% de los casos, aunque también se daban por separado. La costumbre parecía la más infame de las enfermedades porque te hacía aceptar cualquier desgracia, cualquier dolor, cualquier muerte. Por costumbre se vivía junto a personas odiosas, se aprendía a llevar cadenas, a padecer injusticias y a sufrir; se resignaban los seres humanos al dolor, a la soledad, a todo. Parecía una enfermedad muy semejante a la que se vislumbraba ahora en la sociedad actual, en la que convivían pacíficamente humanos y máquinas.

Pensó en los amigos de las MED: ¿quién se había quejado?, ¿quién había intentado algo? Casi nunca se escuchaba una voz discordante dentro de la masa, y cuando sucedía era siempre la de algún humano que pedía más viajes en el nivel 2 o algún plus por trabajo extra. ¿Y qué habría de cierto del rumor sobre una zona incontrolada en Ícaro? Se decía que allí iban a parar los naufragos del siglo XXIX, a una de las galaxias más lejanas y desconocidas del momento. Si realmente existía, nadie había regresado para contarle.

Se sintió mal. De repente deseó no ir tan rápido, le dio miedo sentirse diferente del resto. Vio la lucha que tenía por delante si quería seguir intentando ser ella misma, y los peligros a los que se exponía, y comprendió

que en el fondo estaba sola. La soledad tomó cuerpo dentro de su cabeza y comenzó a cubrir de sombras el panorama. Muchos no la comprenderían, otros ni siquiera la tomarían en serio, y algunos se esforzarían en taponarle la boca por encima de todo. ¿A quién le importaba la felicidad de un corazón electrónico? ¿Tenía alguien la culpa de aquello? Y, también, ¿cómo luchar contra un sistema que te acorrala sin dejar crecer el odio y la frialdad en ti misma? Sonrió tristemente al pensar que estas mismas preguntas se habrían repetido como un eco en infinitas ocasiones, y entendió que sólo existía una seguridad: la convicción de estar obrando correctamente.

Ésa era la única verdad, todo lo demás resultaba accesorio. A su lado tenía apoyos, por supuesto, pero... pocos al fin y al cabo. Y la lucha se desarrollaría contra unas ideas que vivían cómodamente entre la tibieza y la seguridad de la mayoría, arropadas por unas leyes que ya nadie votaba, y amparadas por el juicio certero e infalible del baluarte del progreso: la ciencia. Su termómetro indicó un descenso leve de la temperatura, lo que significaba que la lluvia podría recrudecerse. Pensó en Lan y quiso llamarla para sentir la cercanía de un ser querido. Dudó unos instantes y al fin se contuvo. Prefería continuar a solas con la investigación el tiempo que fuera necesario, aunque le costase esfuerzo. Deseó poder llorar para desahogarse. Quizás fuese la primera máquina esquizofrénica de la historia, pero si lo era, quería saber por qué y si le gustaba aquel camino. Necesitaba arriesgarse. Se levantó y buscó un lugar donde guarecerse cuando aparecieran las gruesas gotas de helio.

Su localizador encontró un pequeño mirador cubierto desde el que se contemplaba una panorámica del lago y, al fondo, el contorno del jardín virtual de Sorus. La tierra era rojiza y el viento levantaba algo de polvo. Recordó la primera vez que Lan le hizo notar sus extravagancias. Estaban en su apartamento escuchando música cuando su amiga le dijo:

–Nadie suele saber el nombre de los árboles que hay en su calle... nadie se fija en eso, a casi nadie le interesa, y menos todavía a una máquina. Tú, sin embargo, sí los conoces. ¿Me equivoco?

–No, no te equivocas; pero ni siquiera son verdaderos árboles, Lan, son sólo copias. Ojalá fueran reales.

El recuerdo de su amiga le trajo la imagen de gente extraña en su apartamento. Podían ser perfectamente del Grupo de Análisis de la C.C.C. buscando algo que pudiese delatarla. Quizás todo este viaje no fuese más que una maniobra de Alcano para mantenerla alejada de Mon por algún tiempo. Y eso podía ser bueno o malo, tampoco estaba segura. De lo que sí estaba segura era de no haber dejado nada comprometedor en su casa. Nada que pusiera en peligro su libertad, ni la del joven profesor de la Tierra al que había conocido en el último congreso. Pero, de cualquier forma, habría que tener cuidado. El precio de ser una máquina extraña en el siglo XXIX era demasiado elevado.

La tromba de helio cayó de repente con estrépito sobre el polvo rojizo de Sorus. La cortina gris confundió el mar con el cielo y la temperatura bajó notablemente. Olvidó sus preocupaciones y cerró el archivo histórico. Sentada, con las piernas cruzadas, se dejó envolver suavemente por la naturaleza y respiró profundamente el intenso aroma de la tierra mojada.

El pequeño laboratorio estaba situado en una de las calles más empinadas del casco antiguo, en el Barrio Alto, y desde sus redondas cristaleras se veía un trozo del océano.

–Profesor... tiene una llamada por la línea diez –advirtió su ayudante.

Rodrigo Siza levantó los ojos del microscopio electrónico.

–Es una buena noticia, querido Anselmo. Sea quien sea, me ha salvado la vida. No aguantaba ni un segundo más con esta pesadez de trabajo.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un pequeño móvil y leyó la localización de la llamada: Mon-Bellwold 3-Lan.

Se le escapó un claro gesto de alegre sorpresa.

–Hola... ¿eres la Lan que yo conozco?... –cambió la expresión de su cara–. Muy bien, sí, comprendo, ¿ocurre algo grave?, de acuerdo, está bien, dile que lo haré... No, no creo que sea muy difícil, pensaré un buen sitio, igualmente.

Apretó fuerte el móvil entre sus dedos.

–Querido Anselmo, siento decirte que te encargo terminar con el análisis. Yo tengo que salir. Me he quedado en la lámina 13, seguro que te trae suerte ese número.

–¿Puedo pedirle ayuda a mi hermano?

–¿Al clónico?

–No, a Fernando, el que trabaja en Residuos.

–Yo preferiría al clónico. Se parece menos a ti, y así podéis contrastar opiniones.

Salió de su despacho y se metió entre la muchedumbre que caminaba a esa hora por las empedradas calles del casco histórico de la ciudad.

Los días habían transcurrido deprisa en Enea y ahora se encontraba en el tercero de los satélites, Azul, rodeada por un desierto de sedimentos oscuros y piedras negras y angulosas. Las notas de una canción corrían por debajo de la piel, sin apenas tocarla, dejando una confusa sensación de placer y de ansia. Elton Johh fue uno de los músicos más simbólicos novecientos años atrás, y su Sad Song, su pequeña y triste canción, Sorry seems to be the hardest word, ayudaba ahora al viento a remover la gruesa arena de Azul. El archivo histórico contenía casi todas las obras musicales de la inmensa mayoría de los autores de todas las épocas, y ella apreciaba mucho la delicadeza del compositor inglés. El regreso a Mon estaba ya próximo y sólo restaba una cosa por hacer. Necesitaba viajar a la Tierra para estar completamente segura de que su decisión también era respaldada por su joven amigo. Había hablado con Alcano para pedirle éste último favor, explicándole que quería conocer el planeta origen, la tierra madre de hombres y máquinas, y que después estaría ya completamente recuperada para continuar con su trabajo.

El tiempo transcurría ahora insoportablemente despacio esperando la llamada de Lan que le diría dónde estaría Rodrigo aguardándola. Las llamadas recibidas no eran grabadas en la memoria independiente de su cerebro, pero sí las que ella hacía, de modo que no tenía otro remedio que esperar pacientemente. Había pedido un viaje a la Tierra al nivel 2 de conciencia y con libertad. Sería apenas un segundo de tiempo real y un par de horas terrestres. No era mucho el tiempo que le había concedido la C.C.C., pero esperaba que fuera suficiente.

Los viajes con el pensamiento se habían convertido en algo rutinario desde hacía ya doscientos años. De hecho, prácticamente toda la tecnología que la rodeaba tenía al cerebro como centro de referencia. Los viajes a través del pensamiento eran infinitamente más rápidos, más seguros y según se decía, igual de reconfortantes. Desde que se descubrió que el mundo visible era literalmente una pura invención del cerebro, construida a partir de una riada de información que cambia sin cesar, todos los esfuerzos de la comunidad científica se habían dirigido a desarrollar una investigación minuciosa, centrada sobre todo en la corteza cerebral humana. También ella

había hecho varios cursos de neurofisiología antes de trabajar con Alcano. Se conocían bien las diferentes funciones de cada grupo de neuronas, la ubicación de todas las enfermedades mentales y existían mapas muy detallados de la intrincada complejidad de la red cortical.

Ahora, los viajes con la conciencia eran simplemente programados para producir las mismas sensaciones que se experimentarían si se viajase con el propio cuerpo en realidad. Todo se podía reproducir con exactitud gracias al inmenso archivo de viajes y rutas galácticas de que se disponía. Lo que ya era mucho más difícil es que se permitiese realizar el viaje sin control alguno, sin que el Sistema observara cada uno de tus movimientos. Ésta era la gran paradoja: a mayores posibilidades de libertad, mayor era la presión de control. Ella sabía que Alcano tenía mucho peso en el seno de la C.C.C., y que gracias a eso había podido ayudarla, pero también estaba segura de que si descubría sus verdaderas intenciones se convertiría en un enemigo muy peligroso.

Al final del último tercio de la tarde llamó Lan.

–¿Has hablado con Rodrigo? –preguntó OYP.

–Sí, claro. Me ha dicho el sitio concreto. Por lo visto es un lugar poco transitado, en el que podréis charlar con tranquilidad y todo eso. ¿Cuánto tiempo te han dado?

–Dos horas. Saldré mañana a las cuatro. Es poco tiempo para algunas cosas y suficiente para otras.

–Qué filosófica estás, hija. Se ve que les has dado al coco estos días.

–Pues sí...

–¿Y no te vas a quedar un poco más en ese lugar tan maravilloso?

–Me gustaría, pero tengo que regresar cuanto antes. Este viaje no tenía otra intención, Lan. Creo que no me va a sobrar el tiempo a partir de ahora. Si es cierto lo que pienso, es probable que incluso tenga alguna sorpresa cuando vuelva a Mon.

–¿Qué quieres decir?

–No lo sé exactamente, pero ya sabes que la C.C.C. no permite extravagancias...

Lan tardó unos segundos en preguntar.

-¿Te fías de Alcano?

-Siempre me he llevado bien con él. Por ahora no tengo nada que reprocharle, ni tengo otra alternativa. Espero no equivocarme.

-Bueno, estoy segura de que harás lo que más te convenga. No quiero robarte más tiempo de vacaciones –bromeó-. Espero que triunfes en tu visita a la Tierra y que yo te vea pronto... Cuídate...

-Oye, ¿cómo se llama el sitio?, no me lo has dicho...

-Perdona, me había despistado, ¿dónde tendré la cabeza? Lisboa, se llama Lisboa. Una ciudad muy bonita, según me ha contado Rodrigo. Él te esperará en el Jardín García de Orta, junto a la estatua del mismo nombre. Debe de ser alguien importante.

-Lo buscaré en mi archivo. No te olvides, mañana a las cuatro en punto.

-Mañana a las cuatro, no te preocupes, se lo diré.

Lo peor de los viajes cerebrales era que no disfrutabas del propio viaje. Ibas de un sitio a otro sin recorrer el espacio intermedio, como si lo importante no fuese viajar sino llegar. Y eso estaba bien muchas veces, pero en otras ocasiones se echaba en falta algo más de detenimiento para mirar, para ver por dónde pasabas... Había que aprovechar el tiempo, ésa era la consigna más repetida. En el continuo desarrollo estaba el progreso, y en el progreso residía la clave de la felicidad. No se podía perder ni un minuto. Su viaje estaba a punto de empezar, dentro de unos instantes la voz de la conciencia la avisaría, y ella quería aprovechar mientras para seguir buceando en el archivo histórico. Había aprendido mucho de él, en la soledad de su propio pensamiento, sin las directrices de un jefe, de una investigación dirigida. Sabía que en Mon no podría hacerlo, ninguna máquina podía investigar por su cuenta, y además sería una temeridad.

Muchos habían sido los humanos a lo largo de la historia que habían avisado del peligro de una técnica desnuda. Que el progreso material debía ir unido al espiritual lo habían gritado y susurrado miles de voces, pero no

había servido de nada. El progreso material era mucho más fácil, más asequible, más inmediato. Gracias a él estaba a punto de viajar en una fracción de segundo a Lisboa, una ciudad perdida en la historia y a millones de años luz, un pueblo del planeta madre a orillas del mar; y también por culpa del progreso ella parecía un ser indefenso, al que no se le permitía mostrarse como era porque su entorno no estaba moralmente preparado... Tan ensimismada se encontraba que no había escuchado los tonos ascendentes y casi musicales de la voz de la conciencia.

–"Profesora, profesora..."

–Sí, sí... estoy aquí... quiero decir que estoy preparada.

–"Muy bien. Será un viaje sin conciencia, tal y como pidió. ¿El destino?"

–Lisboa, en el planeta Tierra. Quiero conocer el Jardín García de Orta.

–"Correcto. ¿Quiere usted algo antes de partir: información, recomendaciones?..."

–No.

1000 años antes los pastores trasladaban enormes rebaños de ovejas de norte a sur por estas tierras, buscando los pastos frescos de las montañas en el verano y los abrigados valles en el invierno. Año tras año, aquellos rebaños pasaban por delante de las casas, debajo de balcones y terrazas, como un río de lana, sonoro y maravilloso. Hacía ya tiempo que Portugal no existía como país, pero Lisboa seguía llamándose Lisboa y el mar salado continuaba mojando la pálida y melancólica figura del Monumento a los Descubrimientos, de la que tanto le había hablado él –recordó mientras abría los ojos lentamente y miraba los frutos alargados de una catalpa–. Ahora Lisboa era uno de los destinos turísticos más caros de todo el universo habitado, y muy pocos vestigios quedaban de aquella ciudad fundada por los fenicios hacía más de 7.000 años.

A su derecha se extendía una llanura paralela al río que cruzaba la ciudad. Se acercó al agua, que corría hacia su desembocadura y quedó hipnotizada unos instantes por la magia de su movimiento. El agua fresca brillaba bajo la luz del único sol terrestre y los reflejos de los árboles ondeaban en su superficie. Después se fijó en el cielo, de un azul intenso, y respiró profundamente el aire impregnado de distintos aromas. Detrás de ella, la vegetación era exuberante, muy verde, y los árboles tenían grandes hojas. Intentó recordar todos sus nombres pero no lo consiguió; algunos no los había visto nunca en otros planetas y no los tenía registrados en su memoria electrónica. El jardín se abría a su izquierda y en la distancia se podían ver fuentes, bancos y estanques entre altos castaños florecidos. El paisaje resultaba magnífico en cualquier dirección y lamentó no poder contar con más de dos horas para recorrerlo con detenimiento. Después buscó en uno de los paneles informativos el camino más rápido para llegar al monumento.

Dos sentimientos intensos se agitaban con fuerza en su interior. A la emoción de estar en una tierra tan distante, cuna de la civilización, se unía ahora la creciente sensación de incertidumbre por la reacción del joven investigador de la universidad más antigua de todo el universo habitado.

Desde el mirador del parque, al lado de la estatua, el río parecía una cascada horizontal que no cesaba de verter agua en el océano. La brisa estaba cargada de humedad y las dos figuras contemplaban el paisaje, todavía nerviosas por el reciente encuentro.

–Parece un sueño que estés aquí, que pueda hablar contigo y sentirte aunque realmente tu cuerpo se encuentre a miles de años luz. Últimamente la técnica avanza que es una barbaridad –bromeó él.

–La verdad es que en Mon estamos más acostumbrados a estos viajes. Nos hemos acostumbrado a un montón de cosas. Pero tienes toda la razón. Es llamativo que podamos estar así de cerca, estando tan lejos... Y también es muy importante que nadie controle estas dos horas. No desearía ponerte en peligro.

–Yo no me fiaría mucho de las promesas del Sistema. Es posible que te estén vigilando desde que saliste, aunque tampoco importa –sonrió–. Ya estamos totalmente embarcados en la aventura, con el agua hasta el cuello, como se dice por aquí.

–Alcano me ha asegurado que sería un viaje a nivel 2. Nadie verá ni escuchará lo que mi conciencia haga durante estas horas.

–No voy a poner en entredicho la honradez de tu jefe, por supuesto. Tú le conoces mucho mejor que yo.

Una bandada de gaviotas cruzó el cielo en dirección al mar.

–¿Conoces algo de estos jardines? –preguntó él.

–Muy poco. Bueno, en verdad sólo sé que se construyeron con motivo de una especie de exposición general que se celebró en vuestro planeta a finales del siglo XX, y que el nombre es debido a un médico y naturalista que vivió en el siglo XVI. Eso es lo único que he averiguado.

–Te los voy a enseñar despacio y verás cosas muy bonitas. Algunos árboles no los encontrarás fuera de este planeta.

Comenzaron a pasear bordeando el río hasta llegar a una zona poblada por altos tilos. Decenas de palomas descansaban entre sus ramas.

–Ésta es una de las cinco partes en las que están estructurados los jardines. Cada una de ellas intenta recopilar la flora original de las regiones por donde pasaron los aventureros de la antigua Portugal cuando las colonizaciones de los siglos XV en adelante. Supongo que conocerás bien ese periodo de la historia.

–Claro.

–Aquí estamos en la parte de la flora macarronésica y algunas de estas especies ya están extinguidas en el resto del planeta. La Laurisilva, por ejemplo. Tilos, Laureles de Indias, Barbusanos, Viñátigos, Loros...

–Son muy frondosos.

–Es una verdadera joya. Son árboles que poblaban la Tierra en el Terciario.

–Eso significa unas cuantas decenas de millones de años atrás –dijo ella, asombrada.

–Efectivamente.

–Ni siquiera mi cerebro electrónico puede abarcar tanto tiempo.

–No me extraña. Pero para entender cómo funciona la evolución, el factor clave que hay que tener en cuenta es el tiempo, como bien sabes. Con tiempo todo es posible.

Ella se quedó meditando sus últimas palabras durante unos instantes.

–¿Y cómo se explica entonces lo que me ocurre a mí? No ha pasado tanto tiempo para que las máquinas inteligentes hayamos adquirido esta sensibilidad tan, tan humana, ¿no te parece?

Rodrigo la miró con ternura y sonrió.

–Afortunadamente existen muchas cosas que la ciencia no puede explicar. Yo mismo investigo en el laboratorio diversas situaciones que a cierta escala escapan de la regularidad y dan lugar a procesos que podríamos denominar caóticos. Es parte del programa que explico en mis clases.

–¿Te dejan hablar de eso con libertad?

–Nadie me ha amenazado por el momento. Supongo que la Tierra sigue siendo la Tierra, a pesar de todo. Nada es normal en este planeta.

Caminaron hasta una zona muy húmeda, salpicada de charcos de agua con plantas de un verde muy oscuro y se detuvieron en un estrecho puente de madera.

–No podrías hacerlo en ninguna otra universidad. Ya sabes cómo está la situación ahora mismo. Tienen aisladas a todas las máquinas que han dado muestras de poseer sensibilidad.

–Lo sé.

–¿Y no tienes miedo de lo que pueda ocurrir si continuamos con nuestra relación?

–Tengo miedo por ti.

Ella no dijo nada, pero se sintió bien después de escuchar aquella respuesta. Miró al cielo y después hacia la naturaleza que les rodeaba.

–Esto es precioso.

–Es un lago salado. Esta parte refleja la flora de los manglares. Aquí viven unos peces, los saltarines del fango, que pueden vivir en el agua y en la tierra y hasta trepan a los árboles.

–¿Los peces?

–Sí. El manglar es un mundo extraño, entre lo acuático y lo terrestre. Y los árboles que estás viendo toleran la sal.

La vista se ensanchaba entre aquellos extraños árboles.

–¿Qué hay al otro lado del puente? –preguntó ella.

–Algo de flora intertropical. Es la zona que más me gusta. ¿Vamos?

–Sí.

Al otro lado del puente crecían algunos tipos de palmas: Palma de abanico, Palma solitaria, Palma del viajero, Hoja de Rueda, Cola de Pescado, Palma de la Reina; también muchas acacias, mangos y cicas.

–Esto es prácticamente un fósil viviente –dijo Rodrigo señalando una cica–. Existen desde el Carbonífero, o sea... hace unos trescientos millones de años.

–Trescientos –repitió ella despacio.

-Mucho tiempo, ¿verdad?

-Mucho. Y qué poco es, en cambio, el tiempo que lleva mi especie existiendo. Estamos en mayo del 2868 y apenas contamos con mil años de existencia...

-Tampoco te creas que los humanos llevamos mucho más.

-Algo más sí...

-Algo.

Rodrigo la miró a los ojos en ese momento y dijo con el rostro serio:

-Quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo. Que iré a Mon cuando me lo pidas o a cualquier galaxia que me dijeras... Pero necesito que lo que hagas lo hagas por tu bien, por tu propia felicidad. ¿De acuerdo? Eres la primera máquina que va a luchar por su propia libertad personal y no me gustaría influir de un modo negativo.

El cerebro electrónico de OYP aún no se desenvolvía con la misma rapidez cuando hablaba de estos temas.

-Por supuesto -contestó-. Lucharé porque necesito hacerlo. Eso está claro.

Caminaron en silencio entre una multitud de plantas y flores que impregnaban el aire de exóticos aromas. Él recordó en su interior cómo se habían conocido hacía tres años en un congreso y cómo le había impresionado aquella chica rubia y nostálgica, que hablaba con un ligero acento de ciudad de última fase. La lógica le había gritado desde el principio que era una locura enamorarse de una máquina, pero su corazón había mantenido los oídos herméticamente cerrados. Su decisión era irrevocable: llegaría hasta donde fuera necesario para estar con ella. Sentía que también él lo necesitaba. La cogió suavemente de la mano. Nunca nadie lo había hecho antes.

-Mi padre dice que quien la sigue la consigue -dijo.

-¿Y qué significa eso? -preguntó, aturdida.

-Que si se intenta realizar un proyecto con empeño, se termina por conseguirlo.

-¿Y esa máxima se cumple siempre?

–Siempre –afirmó con seguridad–. Mi padre tiene experiencia: empezó construyendo piezas para paneles solares, como tantos otros, y ahora es uno de los principales diseñadores de taxistas automátatas. Cuando vuelvas a tu ciudad, fíjate. La mayoría de los taxistas llevan el distintivo Siza & Siza.

–Me fijaré, no lo dudes –dijo sonriendo.

Se sentaron en un banco de piedra, al lado de una fuente.

–Cuéntame algo más de las cosas que explicas en tus clases. Me interesa mucho.

–Bueno, te podría contar cientos de historias interesantes, no sé... Imagínate un hormiguero, ¿de acuerdo? Una colonia de esos insectos, por ejemplo, es capaz de realizar tareas muy complejas, como explorar su entorno, construir galerías, decidir la fuente de alimento... Pero una hormiga aislada no puede, ¿entiendes? Las propiedades de un conjunto, en este caso, no son reducibles a las de un solo individuo. El conjunto adquiere vida propia. Pues lo mismo pasa con el cerebro y sus neuronas, o con un ecosistema y las especies que lo componen.

–¿Y su evolución es distinta?

–Claro. Los Sistemas Complejos aparecen únicamente en los que se denominan puntos críticos... Y allí puede ocurrir casi de todo. Puede surgir el orden espontáneamente en sistemas químicos, la evolución biológica es capaz de dar saltos a otra dimensión... El conjunto de posibilidades es enorme.

–¿Incluso que surja una verdadera conciencia en nuestros cerebros electrónicos?

–Por supuesto. Todo es posible y, a la vez, todo pende de un hilo. En estos Sistemas Complejos estamos siempre en la frontera entre el orden y el desorden. Por eso se llama la frontera del caos.

–Es apasionante.

–Mucho.

–Y una suerte que tus alumnos puedan seguir tus clases con libertad.

Durante unos minutos, siguió explicándole más cosas mientras la tarde se desplomaba lentamente sobre Lisboa. El sol se escondió detrás de los árboles. Habían transcurrido casi dos horas sin que se dieran cuenta, y ahora

estaban contemplando un pequeño jardín lleno de flores. Dentro de apenas tres minutos la conciencia de OYP abandonaría la imagen tridimensional que le había asignado la Comisión de Viajes y regresaría a su lugar de origen. Se encontraba muy contenta, el viaje había merecido la pena y volvería con fuerza para afrontar su delicada situación. Legalmente estaba prohibido el amor entre máquinas y humanos, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a arrojar la toalla. Pensó esto mientras escuchaba a Rodrigo y una iguana se escondía detrás de un árbol.

–Ésta es una malanga de Brasil, detrás crecen una uña de danta brasilera y un caladio, ¿lo ves: verde con dibujos rojos y blancos?

–Sí. ¿Y esto qué es?

–El café de Jardín. Se llama así porque sus frutos semejan a los del café.

–¡Es verdad!

–Y allí tienes orquídeas y damas de noche blancas.

–Se están abriendo ahora...

–Sí, las damas de noche se abren a esta hora, al atardecer. ¿Y te has fijado lo bien que huelen?

–Sí.

OYP sintió que el tiempo se agotaba y que debía regresar a Bellwold. Rodrigo no perdió la sonrisa.

–Ya casi me tengo que ir.

–Lo sé –dudó antes de continuar–. Te echaré de menos.

La voz de la conciencia la avisó.

–”¿Profesora?”

–Sí.

–”Quince segundos para el fin del viaje. ¿Todo bien?”

–Sí, gracias.

Miró a Rodrigo, apoyado en una verja de hierro, y repitió la frase que utilizaba su padre.

–El que la sigue, la consigue. No lo olvidaré.

Después su imagen desapareció de repente y él sintió un vacío que recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica. Se aferró con fuerza al hierro que rodeaba el pequeño jardín y sintió que Lisboa entera se desvanecía con ella.

Llevaba trabajando algo menos de una hora cuando Alcano la llamó. Desde su regreso había intentado esquivarle, aunque sabía que era inevitable. Tarde o temprano él querría charlar despacio con ella para aclarar los puntos oscuros de su comportamiento. Ahora conocería el estado exacto de la situación, cuando su jefe empezara a hablar, mientras el suave hilo musical se propagaba por el aire del despacho.

–¿Sabes que yo sólo he estado en dos ocasiones en la Tierra? No es fácil visitar nuestra cuna, no es nada fácil. Y menos para alguien tan joven como tú.

–Te agradezco mucho que me ayudaras a cumplir mi sueño.

–No tiene importancia, no quería decir eso. Sabía perfectamente lo que hacía cuando intercedí por ti –dijo despreocupadamente–. ¿Lo has aprovechado?

–Sí, creo que sí. Ha sido poco tiempo, pero creo que ha merecido la pena.

–Estoy seguro –Alcano se acercó un poco y repitió–. Estoy seguro.

Ella no contestó.

–Te veo mucho mejor, sí. Creo que eso era precisamente lo que te hacía falta –su cara pareció mostrar un gesto de desaprobación–. Pero la C.C.C. quiere cerciorarse.

–No entiendo...

–Tampoco yo estoy seguro. Cuando regresaste, me pidieron mi opinión, y yo dije que te veía bien. Luego han insistido y quieren que pases un pequeño examen, como un test de puesta a punto.

–¿Eso qué es, Alcano? –preguntó con el rostro serio.

Él guardó silencio unos instantes.

–No quiero que te preocupes, ni que pienses nada malo. Esto no es una dictadura, como bien sabes, y afortunadamente nuestra sociedad no es tan

trágica como la pintaron los profetas literarios hace tiempo. Ni tenemos perros mecánicos y sanguinarios, ni nos matamos por un bidón de gasolina.

“Pero se parece mucho”, pensó ella.

–Lo único que quiere la C.C.C. es asegurarse de que te has recuperado del todo. Nada más. Supongo que querrán comprobar algunos pequeños detalles de tu comportamiento habitual. Sólo eso.

–¿Y qué debo hacer yo?

–Dos doctores vendrán a buscarte dentro de un par de horas. Supongo que será un mero trámite y que enseguida volverás otra vez a tu puesto. Me haces falta aquí.

–¿No sabes cuánto tiempo me tendrán... –pensó decir encerrada, pero se corrigió–... bajo observación médica?

–No, no lo sé. La C.C.C. no es muy explícita en sus comunicaciones. De todas formas yo he pedido estar presente durante el examen.

OYP se tranquilizó.

–¿Y qué te han respondido?

–Nada.

Media hora más tarde llamó a Lan para darle la noticia. Quería estar segura de que alguien más sabía dónde iban a llevarla. Después continuó con su trabajo hasta que aparecieron los doctores de la C.C.C.. Dos hombres grises y silenciosos que sólo abrieron la boca para preguntar:

–¿Es usted la profesora OYP68?

La trasladaron a un edificio de más de cien metros de altura situado en las afueras de la ciudad, un complejo de alta seguridad construido recientemente y de cuyo funcionamiento casi nadie conocía nada en la ciudad. Ella sí tenía información privilegiada gracias a su trabajo junto a Alcano. Alguien la atendió con mucha amabilidad y le aseguró que sólo permanecería allí el tiempo imprescindible para un breve análisis. Pero ella sabía que aquel lugar era también la prisión de muchas máquinas, las ignoradas MED, de las que nadie volvía a saber nada después de franquear la entrada. Algo conocía también de los aparatos que se utilizaban allí dentro, de las largas investigaciones que se llevaban a cabo y se imaginó la tremenda

soledad que debían padecer los enfermos señalados por el Sistema. Quiso pensar en otra cosa. Tenía la convicción de que aún nadie la había juzgado, de que no había cometido ningún error, de que Alcano estaba con ella.

–Pase por aquí, por favor.

–No tardaremos mucho, profesora.

La puerta se cerró detrás de ella y se encontró dentro de una habitación desnuda. Un cuarto que parecía una verdadera celda de una auténtica prisión.

–Relájese, por favor –se escuchó entre las paredes.

Y no volvió a oír nada durante muchas horas.

Estaba dentro de un cubo de plástico verde, amplio y limpio, en el que una gran pantalla ocupaba una de las paredes. A través de ella y de varios aparatos más desperdigados a lo largo, ancho y alto del volumen verde, los doctores intentaban estudiar y corregir a las máquinas MED. Explicaciones de su enfermedad, curas de sonido, de color, reprogramaciones, todo era un inmenso laboratorio dedicado al estudio de la aparente generación espontánea de la sensibilidad electrónica; una cuestión de alto secreto que resultaba de extrema gravedad para el Sistema. Las instalaciones eran nuevas –porque también lo era el fenómeno–, y la entrada permanecía reservada exclusivamente a unos pocos expertos y a los pacientes.

Mirar a tu alrededor era sentirse observada y OYP supuso que eso era precisamente parte de las pruebas. Cuanto antes perdieras el control de tus mecanismos, cuanto antes sintieras la ausencia de libertad, más grave resultaría tu enfermedad degenerativa y más tiempo permanecerías bajo vigilancia. Disimuladamente buscó algo a lo que agarrarse, algún sonido, alguna imperfección en el plástico, pero no encontró nada. Sus movimientos oculares y sensitivos debían ser tan sutiles que nadie pudiese captarlos, y su calma interior debía reflejarse también en la comisura de sus labios. Eso fue lo que intentó. Nadie podría saber que sufría, ningún ojo, por muy perfecto que fuese, sabría qué circulaba por sus redes neuronales en estos momentos.

Los sensores eran muy efectivos en seres humanos y ofrecían un diagnóstico exacto de las enfermedades más habituales. Cualquier variación del flujo sanguíneo en las distintas regiones del cerebro era detectada por

tomografía de emisión de positrones. El análisis en esos casos era prácticamente instantáneo, pero los cerebros electrónicos eran más sutiles, y las técnicas todavía muy incipientes. El despertar de la conciencia en las máquinas era, por el momento, una cuestión desconocida para la ciencia.

No sabía cuánto tiempo la tendrían allí encerrada, enfrente del enorme monitor ahora silencioso, ni qué sospechaban de ella los doctores al otro lado de las paredes. De lo que sí estaba completamente segura era que debía ahuyentar el deseo, cualquier deseo que apareciese amenazante en la antesala de su cerebro. Un sabio humano, de los que llamaban Dalai Lama, había dicho hacía mucho tiempo que las emociones negativas, el odio, la cólera y el deseo eran los enemigos más reales, porque perturbaban y destruían la felicidad mental. Cuanto más deseara estar libre, más debía dominarse para llegar a conseguirlo. Nadie podría vencerla mientras mantuviera esta terapia, aunque la retuviesen allí toda la vida. Pensó en Rodrigo y su memoria se oscureció débilmente bajo la sombra de un frondoso sauce al lado de una fuente. El rumor del agua era suave y transparente. Imaginó que paseaba por el parque y que el cielo de Lisboa seguía siendo azul, igual que hacía una semana.

Llevaba escondida mucho tiempo, esperando algo, guiada por una intuición que la mantenía despierta y en estado de alerta. Hacía cuatro horas que la noche había invadido silenciosamente una ciudad que dormía protegida del frío a la temperatura deseada en cada apartamento. Apoyada en la pared de un ángulo muerto podía vigilar la calle y el apartamento de su amiga. Se entretenía escuchando el ritmo constante de su respiración y, más lejos, el esponjoso sonido de las máquinas de limpieza. Desde que OYP la llamó no había hecho otra cosa que esperar allí de pie a alguien, quizás a los mismos que había visto la otra vez revolviendo el apartamento... No estaba segura, aunque sí tenía claro que permanecería allí el tiempo que hiciera falta. Había informado a algunos amigos del peligro de aquella revisión médica y varios compañeros de trabajo habían hablado con Alcano para conocer el estado de la situación. Cuarenta y ocho horas era mucho tiempo para una revisión rutinaria.

Las bombillas de la luna, como solía llamarlas su mejor amiga, simulaban globos de gas entre la niebla. Aunque le dolían los ojos después de tanta espera no apartaba la vista del portal ni de la ventana-terraza. Un pequeño vehículo muy silencioso se detuvo en la esquina más cercana sin apenas remover el aire. Apagó sus focos y desapareció dentro de la espesa niebla.

“Bienvenidos”, pensó.

Una sombra gris abrió el portal y a los pocos segundos un punto de luz comenzó a zigzaguear dentro del pequeño apartamento de su amiga. Ahora le tenía a su merced. Hizo una llamada a la Central de Imprevistos.

–Buenas noches, ¿qué desea?

–Quiero que envíen una patrulla de controladores al 657 de la L.

–¿Minúscula?

–Mayúscula.

–¿Motivo?

–Creo que alguien ha entrado en la casa equivocada.

–¿Referencia?

–Lan, 3458971-W.

–¿Urgencia?

–Máxima.

–Debe saber usted que su nombre quedará registrado en...

–Lo sé perfectamente. Dense prisa.

Interrumpió la llamada porque la luz desapareció de repente en el interior del apartamento. A los pocos segundos, aquella sombra desconocida salió a la calle apresuradamente y se introdujo en el vehículo. Todavía se encontraba demasiado lejos como para poder distinguir el rostro del conductor con claridad. Si avanzara un poco más la luz de la calle iluminaría el interior y se podría dar por satisfecha. Pero tendría que ser antes de que apareciera la patrulla de imprevistos, que ya no podía tardar. Justo en el instante en que comenzó a acercarse, el extraño vehículo inició una precipitada fuga y la patrulla de imprevistos dobló también la esquina de la calle.

Comenzó a correr intentando evitar la fuga de la persona que había entrado en el apartamento. El vehículo que huía a toda velocidad tuvo que maniobrar precipitadamente para esquivarla. Dio un volantazo y rozó los márgenes de protección de uno de los lados de la calle. Ella echó un eléctrico vistazo a su interior y creyó reconocer al conductor antes de que desapareciera de nuevo entre la niebla. Algo le había asustado o alguien le había avisado de la aparición de la patrulla de imprevistos. El otro vehículo se detuvo y una figura se acercó a ella.

–¿Se encuentra usted bien? –era una máquina agente, de reciente construcción.

–Hubiera preferido verle aquí quince segundos antes. Se les ha escapado.

–¿Eran los supuestos infractores?

–Sólo había uno.

–¿Podría usted reconocerle?

–No estoy segura.

La máquina miró hacia su compañero que seguía dentro y dijo con una voz que parecía impregnada de serenidad.

–XKO-4, modelo abisal, hidrógeno tipo c, blanco, faros ondulantes, sistema de arranque lateral, el número de serie empieza por S, creo que después venía una B... Comprueba sus datos. Conducción imprudente.

–Y también infractor de la propiedad –interrumpió ella.

–Eso no lo he visto, señorita. Todo lo demás, sí –dijo con mecánica calma.

–Bueno, menos da una piedra.

–Desde dentro del vehículo su compañero le hizo una señal. Hablaron durante unos segundos y después él se acercó a Lan.

–Lo hemos localizado, pero nos ha sido denegada la petición de búsqueda. ¿Seguro que se encuentra usted bien?

Ella no contestó. No era lógica la denegación de búsqueda, sobre todo después de las concreciones del agente. Eso significaba sólo una cosa: que alguien poderoso estaba detrás y que no cometería más fallos. Sólo se arrepentía de no haberse acercado todavía más para no tener ahora esa duda terrible... ¿Era o no era Alcano el conductor?

–¿Señorita? –repitió maquinalmente el agente.

Ella le miró a los ojos.

–¿Qué iba después de la S? –le preguntó.

–Después de la S iba una B, en efecto.

Ella se quedó callada unos instantes.

–Tiene una vista excelente. Buenas noches.

–¿Seguro que no quiere una revisión de urgencia?

–Completamente segura.

Dio media vuelta y regresó a su casa.

La guerra había comenzado también para ella. Existían procedimientos legales para impedir que una revisión rutinaria se prolongara sin explicar públicamente los motivos. Conocía a gente dispuesta a dar la cara por una buena amiga y había un número de serie que serviría de pista. No sería difícil

descubrir las identidades del usuario y del propietario del vehículo. Hizo una llamada desde el sofá relajante de su apartamento.

–...No son horas, señoras y señores, llamen en otro momento más oportuno. No son horas, señoras y señores, llamen en otro momento más oportuno –repitió una voz desde el otro lado.

–Sé que estás ahí, ponte, por favor...

–No son horas, seño... ¡Por Odín, Zeus y la Gran Computadora Cósmica!, ¿Quién se atreve a perturbar mi merecido descanso? –preguntó una voz enojada.

–Soy yo, Lan –dijo tímidamente.

–Ahora no puedo ayudarte, muchacha de los infiernos, calavera óptica, niña de mis ojos... non sai, non sai how much I feel no poder ayudarte, ricura mía, princesa de las nubes, perturbadora de mi descanso, nitrógeno a punto de colapsar –paró para tomar aliento y Lan lo aprovechó.

–OYP está en peligro, Boya.

Boya no dijo nada durante unos segundos. Después, con una voz en la que no se advertían los matices, respondió.

–Eso no puede ser, cromosoma rubio, mi amiga preferida no puede estar en peligro sin yo saberlo.

–Pues ya lo sabes. Está en observación médica desde hace dos días, con las MED.

–¿Quién ha sido el capullo?

–No lo sé... aunque tengo mis sospechas. Ahora escúchame: necesito que busques el número de serie de un vehículo-lancha.

Mientras ella le dio los datos, él se mantuvo en silencio. Sin duda se había puesto a trabajar en ese mismo instante.

–Hum... Espera un poco, a couple of minutes, please, mientras escucha esto: Wenn im Oktober die Eiche ihr Laub behält, so folgt ein Winter mit strenger Kält...¿No te parece?

–No sé en qué idioma estás hablando...

–Perdona, claro. Te debería decir primero de qué idioma se trata. Es alemán antiguo, de hace mil años, ¿lo entiendes ahora?

Lan sonrió. Su amigo había conseguido sacarle una sonrisa a pesar de su preocupación.

–No, sigo sin saberlo.

–Si en octubre el roble conserva sus hojas, el invierno será muy frío.

–Es muy bonito –respondió.

–No te lo he dicho por eso, cápsula cibernética, sino porque significa algo muy concreto. Si OYP está encerrada es que existe algún capullo, ¿capito? Espera, ya tengo lo que buscábamos... ¡Me cago en los fotones!

–¿Qué pasa?

–Es un vehículo oficial, no se puede saber de quién... al menos por el momento. Tendré que convencer a mi cacharro electrónico con tiempo y zumo de estrellas. Te llamaré antes de que estalle la definitiva guerra de las galaxias, adiós.

–Adiós –contestó ella maquinalmente. Ya estaba pensando en el siguiente paso que debía dar...

–Oye...

–¿Qué?

–Palermo, Toronto, Arizona, Praga, Monterey y yo estamos contigo. ¡Recupérate del susto y pega fuerte! –dijo antes de desaparecer al otro lado.

Desde el sofá se podían ver las estrellas a través de la ventana. Era una noche bonita y se preguntó qué estaría haciendo su amiga en ese momento, cuánto tiempo la tendrían encerrada en ese lugar. Lo más probable era que no se atrevieran a mantenerla allí durante mucho más tiempo. OYP era una profesora con prestigio en la comunidad científica y muchos intercederían con fuerza por ella si hiciese falta. De todas maneras no había que fiarse, porque era verdad lo que había dicho su amigo hacía un instante. Había que estar muy atenta a los indicios y adelantarse a las consecuencias. Se levantó y se acercó hasta la ventana. Miró a través de ella mientras continuaba dándole vueltas al plan de actuación de mañana. Lo más prudente era esperar las noticias de Boya, y en función de eso intentar hablar con Alcano. Mantuvo la

vista perdida mientras el nombre de Alcano permaneció impreso en su memoria. Después volvió de nuevo al sofá. Por el momento todo dependía de la conversación de su extravagante amigo con su cacharro electrónico y del zumo de estrellas... Miró otra vez el cielo que cubría Bellwold 3 y se dejó invadir definitivamente por el sueño.

El último día de la semana despertó saturado de tráfico. Las naves zumbaban como abejas frenéticas por sus callejones de aire, y en el suelo, el movimiento de los vehículos era denso como un río de lodo. El martilleo incesante de su despertador musical volvía a la carga después de cinco fallidos intentos. Se había quedado dormida en el sofá relajante y ahora comenzaba a abrir los ojos. Se levantó sin mirar la hora y empezó a preparar el desayuno. Estaba cansada y sentía un molesto pinchazo en el cuello, algo habitual cuando tenía pesadillas. Una relajante ducha-masaje alivió un poco el dolor. Después se vistió y llenó de colores la mesa: algas y cereales rojos, verdes y amarillos mezclados en una masa blanquecina de leche y miel artificiales. La luz de los dos soles que amanecían sobre Mon golpeaba con fuerza los cristales, llenando de claridad el pequeño apartamento. Alguien llamó a la puerta mientras terminaba de desayunar deprisa, yendo de un lado a otro, inquieta. Decididamente hoy llegaría tarde a trabajar. No quiso ni mirar por el controlador de entradas.

–¿Quién es? –gritó.

–Yo, la hija pródiga –era la voz de OYP.

Lan dejó precipitadamente sobre la mesa su zumo de hino –una reciente variedad de fruta, que compartía la información genética de kiwis, manzanas y lichis– y corrió hacia la puerta. Abrazó largamente a su amiga.

–Por fin te han sacado... ¿Cómo estás? ¿Te han hecho algo?

–No, no me han hecho nada... al menos por ahora.

–¿Seguro que estás bien? ¿No te han hecho daño?

–No, de verdad. ¿Qué tal todo por aquí?

–Pues bien, nos hemos mantenido en forma estos dos días. Rodrigo está informado, Boya está trabajando en una pista, tus compañeros han presentado una queja formal a Alcano y yo he montado guardia delante de tu apartamento.

–O sea, que no has dormido nada, ¿verdad?

–Lo suficiente, no te preocupes. Ahora lo importante es que estás otra vez en casa. ¿Has desayunado?

–Comida para máquinas... un asco.

–Siéntate aquí y vamos a hablar un ratito, mientras te preparo algo de cafeína caliente...

–¿No vas a trabajar?

–Llegaba tarde de todas maneras...

Lan le narró el suceso de ayer con todo detalle mientras su amiga seguía sus palabras con la mayor atención posible. La cafeína caliente, sucedánea del café que todavía se consumía en la Tierra y en otros planetas, había devuelto energía al cuerpo de OYP. Después fue ella la que empezó a contarle cómo habían transcurrido las horas en el laboratorio de la C.C.C..

–En tres días no he salido de un cubo verde lleno de sensores. Si querían conocer mi capacidad de sufrimiento, no lo podían haber hecho mejor. Creo que he mantenido el tipo, aunque ahora me siento agotada.

–No me extraña, hija. ¿Y no te han interrogado?

OYP pareció alejarse por un momento de entre aquellas cuatro paredes.

–No lo sé, quiero decir que no me han interrogado de un modo normal, pero... –siguió callada unos segundos mientras su amiga la miraba con gesto de preocupación–... quizás han empleado algún nuevo tipo de hipnosis.

–¿Por qué piensas eso?

–No estoy segura, pero allí había sensores de alta tecnología, no sólo los típicos TEP y los lectores de conciencia. Es posible que hayan intentado introducirse en mis sentimientos más superficiales. Me ha quedado un mensaje grabado, que puede ser inducido o no, tampoco importa, pero que está tan claro como un buen anuncio de láser pentacrómico.

–¿Qué mensaje?

–La próxima visita que haga a ese lugar será la definitiva, eso es lo que tengo grabado en mi cerebro. Creo que lo saben todo, o lo imaginan, pero no harán nada si yo no doy más problemas.

–¿Y qué haremos ahora?

–Dar más problemas. Lo otro es un puro chantaje.

–Lan sonrió porque su amiga no había cambiado. Siempre había sido así, decidida y valiente. Una no podía doblegarse a las coacciones de ninguna forma, había que defender las propias ideas y los sentimientos más íntimos. Y ahora que tenía algo tan importante que defender no podía venirse abajo.

–Si sigo mis convicciones puedo terminar recluida y separada de todos vosotros. Si no las sigo, seguramente en poco tiempo obtendré algún puesto importante dentro de la comunidad científica. Así está la situación y no hay términos intermedios. Es lo mismo que ha ocurrido siempre, Lan, no es nada nuevo.

–¿Pero por qué no quieren que tengáis sentimientos? Es completamente ridículo.

–Porque es algo nuevo, y lo nuevo da miedo porque no se conoce. Lo estuve comprobando en Enea, gracias al archivo histórico. Es algo frecuente en toda la historia, también antes de que existiésemos nosotras, las máquinas inteligentes. Todas las organizaciones de cualquier clase se han defendido de sus miembros más innovadores, los que ponían en duda verdades que hasta entonces nadie había discutido. Los seres humanos, y ahora también las máquinas, tratan de ordenar todo a su imagen y semejanza, como si jugaran a ser dioses. Por eso no se sienten seguros ante lo nuevo, ante lo que no se les ha ocurrido a ellos, y lo tratan de frenar por todos los medios posibles. Si quieres algún día te hago un resumen de casos históricos. Te asombraría el número de veces que ha ocurrido esto mismo antes que ahora.

–No hace falta. Te aseguro que no hace falta. Los seres humanos tenemos esa memoria histórica grabada aquí –dijo, señalando la cabeza– de modo natural. Supongo que la genética no olvida el pasado. Y sé que tienes razón.

–¿Sabes cuál es la paradoja más grande de este tiempo?

–¿Cuál?

–Lo mucho que se habla de libertad. Todo está construido aparentemente en función de eso... Echa un vistazo a tu alrededor... es

increíble. ¿Y nuestros dirigentes: charlatanes, cobardes, acomodados? Hoy muchos llevan espadas, pero sólo para blandirlas, y la mirada que las sigue sólo termina mareándose.

Lan esbozó un gesto de asombro.

–Esa última frase es muy buena, chica.

–Porque no es mía. La dijo un tal Kafka hace muchos años.

–Me encantaría tener una memoria como la tuya. Te cabe mucha información ahí dentro.

–Eso sólo es cuestión de almacenamiento electrónico. No tiene ningún mérito.

En ese momento una voz sonó con fuerza dentro de la habitación.

–¿Estoy escuchando la voz de los Ángeles o es mi bella rubia la que ha regresado al mundo de los mortales?

–¡Boya!

Lan bajó un poco el volumen de su teléfono, que había dejado abierto por si acaso.

–¿Qué te han hecho esos capullos?

–No me han hecho nada, no te preocupes.

–¿Que no me preocupe, diosa egipcia? ¿Después de estar toda la noche emborrachando a mi pareja electrónica con néctar de estrellas? ¿Después de descubrir que los capullos que entraron en tu apartamento se largaron en una lancha de hidrógeno oficial de la Sección en la que trabaja Alcano cuando no está en la Universidad? ¿Sabiendo que tu jefe puede ser un capullo? ¿Quieres que esté tranquilo? ¿Sí? Muy bien, de acuerdo. Estaré más tranquilo que el reloj de mi abuela.

–¿Qué le ocurre al reloj de tu abuela? –preguntó OYP.

–Que lleva parado ochenta y siete años. Desde que se lo compró.

Las dos chicas se miraron e intercambiaron una sonrisa.

–¿Hablarás con Alcano? –preguntó Lan a su amiga.

–Supongo que sí, pero hay que pensar muy bien las cosas a partir de ahora. No me gustaría tenerle como enemigo.

–Ya es tu enemigo –puntualizó Lan.

–Eso no lo sé con seguridad. También necesito informarme sobre otra cosa...

–¿Cuál?

–Quiero conocer cómo es Ícaro. Necesito encontrar a alguien que haya estado allí.

–¿Crees que existe, de verdad?

–No lo sé, pero podría ser.

–¿Para qué quieres informarte?

–Por si acaso...

Se hizo un pequeño silencio.

–Boya... ¿Boya? –comenzó a decir Lan.

–¿Sigues ahí? –preguntó OYP.

–Estoy muy tranquilo.

–No te habrás enfadado, ¿verdad?

–Nur tote Fische schwimmen mit dem Strom.

–¿Ya estás con ese extraño idioma otra vez?

–Es un idioma que todavía se habla en el planeta madre –aclaró OYP.

–¿Lo entiendes? –preguntó su amiga.

–Sí.

–¿Y qué significa?

–Sólo los peces muertos nadan con la corriente.

–Pero nosotras no estamos muertas todavía, ¿verdad?

–No, todavía no nos han dado de lleno. ¿No te parece, Boya?

La pregunta quedó flotando en el apartamento unos segundos. Después, una voz que sonó con ironía dibujó una leve sonrisa en los rostros de las dos amigas.

–La belleza nunca muere, chicas.

Segunda Parte

NI VERDADERO PROGRESO ALGUNO...

El láser se aferraba a los sonidos sintéticos, que tan pronto chillaban agudamente como si fuesen histéricos violines entre una jauría de bestias feroces, como retumbaban secamente igual que cientos de tambores de piel en una remota danza tribal. Las paredes sucias del local cambiaban de color cada diezmilésima de segundo, de modo que la vista humana no conseguía sentirse a salvo en ningún momento. El ruido era intenso y extenso, mezcla de voces y música de escaso talento, y de fondo siempre se escuchaba el mismo ritmo, ascendente y descendente, como una escalera musical, tan repetitivo que drogaba mentalmente. El humo denso de plantas aromáticas y productos artificiales de moda cubría parcialmente las mesas y los sillones relajantes; y el vapor de agua, mezclado con productos de la casa, como una densa niebla semitraslúcida expulsada por los cañones escondidos bajo las rejillas del suelo, mojaba continuamente las glándulas olfativas, penetrando por las fosas nasales y ahogando levemente las conexiones del nervio óptico en un mundo de ensueño.

En una esquina, un hombre disfrazado de demonio-ángel declamaba poemas de todas las épocas, al tiempo que echaba tragos de una vieja cantimplora rellena de un líquido rojo, que muy bien podía ser vino de Tauro III o de las enormes plantaciones de viñedos del satélite Bach. En otro ángulo del local, una anciana desdentada movía sus dedos con extraordinaria precisión sobre las tensas cuerdas de un arpa acústica, como en una escena muda, porque su sonido no podía escucharse a más de medio metro de distancia. Movía su cabeza al ritmo de la otra música, la que salpicaba el aire cargado del local, como si tuviera dos almas distintas. Detrás de la barra, reliquia conservada y restaurada de un club de Jazz en Nueva York, dos camareros se movían con la agilidad de una nave de rastreo.

–¿Qué van a tomar estas dos preciosidades? –preguntó uno de ellos, el más alto, un hombre calvo con cuello de toro.

–Hielo súbito –pidió OYP.

–Para mí zumo de hino, por favor –dijo Lan.

–Y para mí, vuestra sonrisa –piropeó él mientras se alejaba al otro extremo de la larga barra.

OYP miró a su amiga.

–¿Seguro que es aquí?

–Eso me han dicho, hija. Lo que no sé es cómo buscarle. Podemos preguntar a este camarero tan simpático cuando nos traiga las bebidas.

–Bueno.

–Echaron un vistazo a su alrededor. Todas las mesas estaban ocupadas y también la pequeña zona central de espectáculos. El hombre que buscaban se llamaba Ort y tenía una melena larga. No sabían más, sólo que les interesaba hablar con él. Pero desde su posición se hacía casi imposible distinguir los rostros de las personas que llenaban el local.

–Bueno, aquí tenéis. ¿Queréis algo que rellene el estómago o un compañero para vuestras vidas?

–Nos gustaría que nos hicieras un favor –dijo OYP.

–Lo que tú digas, preciosa.

–Buscamos a un hombre que se llama Ort y que lleva melena, ¿sabes dónde podemos encontrarle?

Él dudó antes de contestar.

–¿Para qué le queréis?

–Eso ya es un asunto privado –contestó OYP.

–Necesitamos hablar con él –dijo Lan.

–Bueno, así de entrada no os veo muy mala pinta, no creo que seáis peligrosas. Mesa 57, preguntad por el Mesías.

–Gracias –dijeron las dos a la vez.

–De nada, valientes.

La mesa 57 estaba pegada a una de las paredes y tenía en el centro una gran vela encendida. El hombre que buscaban las había visto llegar y antes de que dijeran nada se adelantó.

–Bienvenidas, chicas. Sentaros por aquí –les ofreció dos taburetes.

–¿Tú eres Ort? –preguntó OYP.

–El mismo que viste y calza. ¿Puedo hacer algo por vosotras?

–Creemos que sí.

–Bueno, pero antes os presentaré a mis amigos: éste que veis aquí con cara de pasmao es mi hermano astral, Lucrecio. Es un conversador nato, ¿verdad, Luc? –Luc hizo un gesto afirmativo con la frente y luego abrió la boca para dejar claro que no tenía lengua–. No os preocupéis, es de nacimiento. No es que se aburra con vosotras –hizo una pequeña pausa para beber un líquido violeta con trozos de hielo verde–. Y ésta es mi buena amiga Soram...

–Encantada de conoceros –dijo en una voz que sonaba igual de suave que la brisa.

–Es la pelirroja que mejor canta en todo el universo expansivo. Y vosotras os llamáis...

–Yo soy Lan.

–Y yo OYP.

–Pues nada. Vosotras diréis.

–Nos han dicho que tú sabes dónde está Ícaro, y queríamos saber si era verdad.

–¿Eres siempre tan directa?

–Generalmente sí –respondió la joven profesora.

–Me gustan las mujeres decididas.

El ángel-demonio se acercó en ese instante a la mesa a la que estaban sentados y miró a OYP. Pegó su boca al oído de la muchacha y susurró.

–Je soutenais l'éclat de la mort toute pure.

Después cerró los ojos brevemente para abrirlos llenos de brillo y decir en voz alta:

Queda curvo el firmamento,

Compacto azul, sobre el día.

Es el redondeamiento

Del esplendor: mediodía.

Todo es cúpula. Reposo,

Central sin querer, la rosa,
A un sol en cenit sujeta.
Y tanto se da el presente
Que el pie caminante siente
La integridad del planeta.

Aunque tenía una voz excesivamente áspera para recitar, poseía una sensibilidad excepcional para descubrir el ritmo de las palabras. Antes de desaparecer escribió algo en una servilleta y se la entregó a OYP. Después se perdió otra vez entre la bruma aromática del local.

–¿Qué te ha escrito? –preguntó Lan.

–Algo hermoso. Ya te lo leeré en otro momento –miró al hombre al que llamaban Mesías y le sonrió–. Ahora vamos a hablar de lo nuestro.

–No está bien visto hablar de Ícaro –dijo él.

–Hay muchas cosas que están mal vistas.

–De acuerdo. Si a vosotras no os importa, a mí tampoco. Ícaro es una metáfora poblada de náufragos a un par de años luz de aquí.

–Eso no es mucho –afirmó OYP.

–¿Es que quieres ir allí?

–Todavía no lo sé, pero quiero saber cosas de esa metáfora.

–Bien, ¿qué quieres saber?

–¿Hay máquinas?

Ort se quedó bloqueado unos instantes.

–¿Eres una máquina?

–Sí.

–¡Demonios! –se restregó la cara con las manos en un gesto de asombro–. Estás loca... quiero decir que es... es increíble. Eres una máquina... interesada en una metáfora. Perdonadme un momento.

Se levantó y se perdió en el humo, que ahora se había teñido de azul celeste.

–No tengáis miedo –dijo Soram–. Seguramente va a invitaros a otra ronda. Le habéis impresionado. ¿Tú tampoco eres humana?

Lan sonrió.

–Yo soy humana hasta la médula, pero tampoco estoy bien de la cabeza.

–No hace falta que me lo jures. Y por lo que veo también buenas amigas.

Lucrecio movió la cabeza y dejó escapar un sonido como un lento jadeo.

–A Luc le gusta la amistad. Es de los que piensa que quien tiene un amigo tiene un tesoro.

–¿Y tú no? –preguntó Lan.

–Yo simplemente no pienso. Trae demasiadas complicaciones.

Ort regresó con una bandeja llena de bebidas para todos y algo para picar. Se sentó entre Lan y OYP y las invitó a beber. El embriagador sonido de un saxofón pareció emerger brevemente desde debajo de las monótonas escalas ambientales, para después desaparecer de nuevo como un vulgar espejismo.

–Muy bien, chicas, ¿en qué punto de esta absurda conversación nos habíamos quedado?

No conseguía centrarse en su trabajo y sus pensamientos se iban continuamente en busca de norays a los que atar los cabos de su imaginación. Las antiquísimas palabras de un indígena africano absorbían ahora toda su atención. La muchacha se contonea, vuelve el cuello. Sus senos son como las bolas del índigo; su cuello es como el oro del rico, sus ojos como luceros, su vientre es como la sandalia peul, su ombligo es como la cabeza de una calabaza, sus caderas están tatuadas.

El registro de África en su cerebro electrónico le llevó a pensar en el Vuc, un ave que contaba entre sus antepasados más recientes con la extinguida cigüeña, y escuchó en el silencio de su mente los gritos tableteantes en el cortejo amoroso. Observó sus suaves caricias, el desplegar de sus grandes alas violáceas sobre el nido construido a conciencia entre las ramas más altas de una acacia, en la intimidad de la altura, bajo el cielo cálido de aquella tierra; una tierra origen de la familia humana y, en cierta manera, también de la suya.

Cuando la ciencia descubrió las raíces biológicas de los sentimientos en los seres humanos, todos sus esfuerzos se centraron en construir máquinas inteligentes que no tuvieran esa debilidad. Los humanos sufrían y gozaban, y esa disparidad de sensaciones influía en su rendimiento vital. Hasta el más insignificante de sus estados internos, cualquier goce, cualquier desánimo, sus recuerdos y anhelos, hasta ese sentimiento de libertad del que todavía se sentían tan orgullosos, todo, no era otra cosa que el resultado del comportamiento de un enorme conjunto de células nerviosas en distintas regiones de la corteza cerebral. Se había conseguido destripar el alma y, sin embargo, ella se sentía como una joven africana, igual que el ave sobre la extensa sabana. Y todavía no terminaba de acostumbrarse.

Las conversaciones con Rodrigo eran a la fuerza breves y discretas. No podían arriesgarse a que alguien interceptara sus mensajes cuando la situación era tan frágil. Ahora existía una posibilidad que parecía algo menos

remota que días atrás. Ort se había comprometido a indicarles el camino hasta Ícaro, si al final decidían correr esa aventura. Sin embargo, era una solución que no le gustaba. El hombre al que llamaban el Mesías había regresado en cierto modo para predicar, tenía la intención de animar a los más receptivos a huir de una sociedad mal construida, quería dar a conocer esa galaxia lejana en la que se permitía amar sin barreras de géneros ni especies. No era un charlatán, desde luego, pero tampoco era lo que ella buscaba. Ella quería luchar desde dentro, con las armas legales disponibles, aprovechando lo que ya existía para seguir avanzando, para romper barreras.

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación. La solución ideal pasaba por cambiar la opinión de la mayoría. Si consiguiese despertar la conciencia adormecida de los que la rodeaban, sacarles por un momento de la maraña absurda en la que se encontraban... Sí, entonces podría gritarles al oído que también muchas máquinas sentían un cierto anhelo de libertad, y quizás las leyes tambalearían ante los ecos de miles de voces reunidas. No parecía posible hacer enmudecer a tantas gargantas. Pero también era obvio que no resultaba fácil interesar a la gente con casi nada. Pensó en los aparatos de televisión personales, esos pequeños cascos muy ligeros que simulaban al cien por cien la visión, el sonido, el olfato, el tacto y el color... Todo pasaba de moda tan deprisa... Algunos decían que las crisis iban y venían sin que nadie supiese los motivos y otros hablaban de la cercanía del cuarto milenio, pero el hecho era que a casi nadie le importaba otra cosa que no fuese su propia comodidad personal.

Se volvió a sentar. La huida le parecía una tremenda cobardía, aunque tal vez fuese la única solución real para un problema como ése. Cerró los ojos y pensó en Rodrigo. Un ruido en el pasillo la devolvió a la realidad. Alguien llamó a su puerta.

–Adelante.

–Reunión en la sala 3. Alcano quiere darnos una noticia.

–Gracias.

Hacía dos semanas que su jefe apenas aparecía por el laboratorio. No había tenido ocasión de hablar con él. Estaba ocupado en continuas

reuniones y ya circulaba el rumor de que iba a ser propuesto para ocupar un cargo de privilegio, con autoridad de resolución, dentro de la Comunidad.

Salió de su despacho y se encaminó a la sala 3.

Al cabo de unos minutos entró Alcano con una ligera sonrisa que ella adivinó sarcástica.

–Señoras, señores –empezó diciendo–; sólo les alejaré unos minutos de sus compromisos de trabajo. Quería comunicarles que la Comunidad Científica Central ha organizado un congreso interdisciplinar de dos días en la Universidad de Myrnos. Será una importante reunión con representantes de todas las comunidades individuales con fines específicos, empezará mañana y en el archivo general aparecen los nombres de todos los candidatos elegidos. La preparación del Congreso es competencia directa de nuestro laboratorio, de modo que invito a los seleccionados a presentarse en mi despacho esta tarde a primera hora con todo el material necesario. Gracias.

Su jefe desapareció casi de inmediato del estrado y ella comprobó los nombres de los candidatos de su universidad. Sólo había tres investigadores seleccionados y ella estaba entre ellos. Después buscó los nombres de los profesores invitados del planeta Tierra. Rodrigo también estaba incluido. La noticia la cogió de sorpresa y la llenó de alegría.

No era la primera vez que la C.C.C. organizaba un congreso de estas características. Seguramente querría comunicar alguna nueva resolución de carácter general y era preferible hacerlo delante de representantes de toda la comunidad científica, independientemente de que también se hiciera llegar de otras maneras. Terminó su trabajo en el despacho y regresó a su apartamento a preparar el material que venía perfectamente especificado en el archivo.

Llamó a Lan para darle la buena noticia y después empezó a recopilar las cosas para el viaje que estaba a punto de comenzar. Tardó apenas veinte minutos: resúmenes de su trabajo con Alcano, carnets de presentación, algo de ropa y un pequeño regalo para Rodrigo. No tenía mucha hambre, así que esperó para almorzar durante el viaje. Cuando estaba a punto de salir otra vez hacia el trabajo recibió una llamada. La voz de Boya sonaba distinta cada día.

–Hola, pequeño mar de coral. ¿Cómo vas?

–Muy bien. Salgo dentro de una hora para un congreso en la Universidad de Myrnos. También va Rodrigo...

–Lo sé, lo sé. Deberían prohibir los congresos de amor –bromeó él–. Pero ten cuidado, querida.

–¿Por qué?

–Te están siguiendo como auténticos perros de caza. No hay peligro mientras yo también les vigile a ellos, pero son muy capullos. Saben lo que dices, lo que piensas y casi hasta lo que comes. Y creo que empezarán a moverse pronto. Presiento un temblor en las neuronas de mi calva y, francamente, no es agradable.

–¿A quién te refieres? –preguntó preocupada.

–Los de Análisis de la C.C.C.. Esos perros olisquean hasta la sombra de uno en la noche. Llevan agitados un par de días, querida. Y ya sabes que no se agitan si no sienten cercana su presa.

–Me estás asustando, Boya.

–Es lo que pretendo. Si no, a lo mejor no me harías caso.

–Eso no es verdad. Siempre te he hecho caso.

–Pues escúchame bien ahora, amapola verde. Quiero que mantengas abierta la conexión conmigo, permanente, constante, invariable, eterna y continuamente. ¿Capito?

–Sí, no te preocupes. Espero que no tengas razón, aunque...

–Eres valiente, ojitos claros, y si yo no estuviera perdidamente loco por ti, no me mantendría a tu lado ni un segundo más.

Ella sonrió.

–Que te diviertas en tu congreso del amor –dijo su voz antes de desaparecer definitivamente detrás de las paredes.

Cuando llegó cuarenta minutos después al pequeño aeropuerto de la universidad, la nave estaba ya a punto de iniciar el vuelo entre los dos planetas.

La Universidad de Myrnos, construida en un pequeño planeta próximo a Mon, era el centro de investigaciones más importante de todo el universo conocido. El emblema de la ciencia de la nueva era se hallaba en un enorme complejo en el que trabajaban más de 3000 científicos bajo la directa supervisión de la C.C.C., y en el que se regulaba cualquier avance del conocimiento. Era un árbol cuyas ramas se extendían a través del polvo cósmico por todos los lugares habitados, coordinando instantáneamente cualquier estudio, por pequeño que fuera. Unas gigantescas ramas que llegaban hasta los rincones más esquivos del universo.

El ambiente en el congreso resultaba muy agradable. Saludos de colegas que no se veían hacía tiempo, presentaciones y apretones de manos. Humanos y máquinas reunidos en representación de sus respectivas comunidades, intercambiando noticias. Rodrigo también había llegado y su saludo habría resultado imperceptiblemente tierno para cualquier mirada curiosa.

–Hay unos jardines muy bonitos ahí fuera –le susurró ella.

–Podemos vernos allí en cuanto termine la primera sesión.

Después se separaron y comenzaron las conferencias. La mayor parte de las charlas estaban relacionadas con nuevas formas de obtención de energía, mejoras en las vías de comunicación intergalácticas y avances en biogenética y recursos naturales. La joven profesora resumió brevemente algunos de los puntos más sobresalientes de su trabajo con Alcano, y Rodrigo presentó un nuevo y más preciso modelo evolutivo para algunas especies de dinosaurios de sangre caliente.

Tres horas más tarde se produjo el primer descanso y todos los participantes aprovecharon para comer algo y charlar tranquilamente en las magníficas instalaciones de la universidad. Entre la muchedumbre, nadie se fijó en la pareja que hablaba animadamente mientras paseaba por uno de los

amplios caminos flanqueado por esculturas de cristal entre otros muchos grupos de científicos.

–Si tu amigo Boya te ha dicho eso, hay que tener mucha precaución. Ahora mismo tenemos todavía la posibilidad de adelantarnos a ellos, pero si estrechan el cerco... Los dos sabemos hasta donde pueden llegar. Quizás no deberíamos ni siquiera estar hablando ahora.

–No te preocupes, nadie se va a fijar en nosotros. Lo que importa es lo que ocurra en los próximos días. He pensado una cosa...

–¿Qué es?

–Sólo una idea, pero si pudiera llevarla a cabo... Pienso que es posible proponer unas elecciones de consulta de rango 1 en Mon. Sería el único modo efectivo de presionar a la C.C.C. y, bueno, a lo mejor Alcano...

–¿Vas a hablar con él?

–Creo que sí. Además necesito que tome una posición definida delante de mí.

–Sabes que yo respeto cualquier decisión que tomes, pero creo que Alcano ya ha tomado una posición bastante definida.

–No existe certeza de eso.

–Bueno...

Ella sintió el deseo de abrazarle, un impulso que la atravesó el cuerpo como una violenta ráfaga de energía, pero se contuvo—. Lo que está claro es que tenemos que luchar ahora con todas las fuerzas que tengamos porque el tiempo corre a favor de ellos. No tendremos una segunda oportunidad.

Caminaron unos minutos contemplando la arquitectura de la universidad y saludando a decenas de colegas. Rodrigo se detuvo y preguntó.

–¿De verdad crees que es factible proponer una elección de consulta? Y suponiendo que alguien te concediera ese privilegio, ¿qué posibilidades reales tenemos de ganar?

–No lo sé, pero no se me ocurre otra manera de luchar contra un enemigo que es un millón de veces más poderoso. Si la gente responde a la llamada habremos conseguido la base suficiente para iniciar la batalla legal. Es así de simple.

–¿Y si no responde? ¿Y si la gente no quiere daros la posibilidad de tener sentimientos?

–Parto de la hipótesis de que los humanos votarán que sí.

Rodrigo la miró con ternura.

–Los humanos somos impredecibles, créeme. Nunca se sabe con seguridad lo que vamos a hacer dentro de un minuto.

Que los humanos eran impredecibles era completamente cierto. Ésa era una de las hipótesis básicas de su trabajo con Alcano. La historia estaba llena de hechos que lo demostraban: casualidades, heroísmos personales, corazonadas... La humanidad había tejido su propia historia a base de una extraña mezcla entre la lógica y la intuición, entre lo más razonable y la más pura fantasía. El único problema consistía en que siempre eran individuos aislados los que provocaban los cambios.

–Eso es precisamente lo que me gusta de vosotros. Yo lo encuentro maravilloso.

El tiempo voló paseando por los alrededores de la universidad y las sesiones de trabajo se reanudaron. A media tarde, un alto cargo de la comunidad científica anunció algo que podría cambiar el futuro desenlace de los acontecimientos.

–...Y éste es, por tanto, uno de los motivos fundamentales de la celebración del congreso. Además, el nombramiento del ilustre profesor como Supervisor Selectivo de la Comunidad Científica Central, también es motivo de orgullo y satisfacción para todos nosotros. Después de tantos años fructíferos dedicados al servicio de la Ciencia, la sociedad tiene ahora el privilegio y la seguridad de contar con su sabiduría y su justicia desde una posición de gobierno de vital trascendencia.

OYP miró fugazmente a Rodrigo mientras el orador comenzaba a desgranar el extenso currículum de su jefe. Alcano había sido nombrado supervisor de la C.C.C.... Eso significaba muchas cosas, pero sobre todo que ahora estaba en lo más alto, y que desde esa posición podría hacer cualquier cosa, para bien o para mal. Ahora sí que tenía que enfrentarse con él y decirle las cosas claras... porque pocos conocían a Alcano tan bien como ella, y pocos

la conocían a ella tan bien como él. Era imposible tener peor enemigo e imposible contar con un aliado más poderoso.

Ahora más que nunca deseaba hablar despacio con su anterior director científico. Estudiarían el problema de modo riguroso, objetivamente, sin sentimentalismos. Quería escuchar de sus propios labios si estaba a favor o en contra del amor entre las dos especies racionales del universo. Necesitaba saber cuál iba a ser la política de la C.C.C. sobre este punto a partir de hoy. Alcano era inteligente y siempre había dado muestras de poseer una notable dosis de prudencia en sus juicios, y no parecía probable que la fuera a traicionar si acudía a hablar con él.

“Las máquinas no somos tan impredecibles”, pensó casi en voz alta.

Y, sin embargo, las pruebas que lo delataban eran también graves y fiables: Lan lo creía haber visto dentro de aquella lancha oficial, el número de serie del vehículo también lo relacionaba de algún modo... y ahora esto. ¿Casualidad o premeditación? Imposible de saber con exactitud, aunque sí resultaba sorprendente.

Había que arriesgarse de cualquier manera porque no había otra solución razonable.

La sesión estaba concluyendo y Alcano había declinado hacer cualquier tipo de comentario personal acerca de su nombramiento. Simplemente había formulado unas breves palabras de agradecimiento y nada más. El aplauso había sido unánime y muchos ya comenzaban a levantarse de sus cómodas butacas para felicitar personalmente al nuevo miembro de la Comunidad Científica Central.

Ella volvió los ojos hacia Rodrigo y le sonrió delicadamente. Él supo al instante lo que significaba aquel gesto. La chica que se encaminaba ahora hacia Alcano para felicitarle por el nombramiento sería, sin duda, la primera visita que recibiría el recién nombrado supervisor en su nuevo despacho.

Un hombre de uniforme gris le informó de que el Supervisor la recibiría enseguida.

–¿Desea tomar algo?

–No, muchas gracias. ¿Puedo asomarme a la terraza?

–Por supuesto, profesora.

La pequeña terraza colgaba de la vertiente sur de una gigantesca pirámide escalonada y su memoria la llevó de inmediato a las puertas de la construcción más antigua de la historia: la pirámide escalonada de Saqqara en el Alto Egipto, en las proximidades del Nilo, entre Menfis y Meidium. Había sido construida para Zoser, segundo rey de la II dinastía, en el 1668 a.C. por su arquitecto y visir Imhotep. También Alcano la conocía perfectamente. Pensó en esa coincidencia y también en la similitud de estilos. Era como si en el fondo todo fuese lo mismo una y otra vez, en todos los sentidos...

–Profesora, cuando quiera.

La irrupción de esa voz aséptica le devolvió a la realidad demasiado deprisa. Se dio cuenta de que se estaba jugando todo lo que tenía y tuvo miedo. Por su cerebro pasaron cientos de excusas para no afrontar la situación y necesitó unos segundos para recuperar la confianza.

–Gracias –dijo al fin.

Una vez en el despacho percibió de inmediato el tono misteriosamente amable de su anterior director científico.

–¿Qué te parece el sitio, OYP?

–Me gusta. El edificio me ha recordado a otro un poco más viejo en un lugar remoto.

–Veo que no has cambiado nada. Desde luego esto no es la pirámide de Saqqara, aunque tampoco está mal. La arquitectura ha evolucionado mucho, pero nos aferramos una y otra vez a las formas que son útiles, ¿no crees? Supongo que la pregunta que nos realizamos constantemente es, ¿para qué vamos a abandonar algo que funciona?

Alcano había abordado de lleno la cuestión, y lo había hecho de la manera más imprevista, como siempre, como si ya supiese todo lo que ocurría a su alrededor. Habría que tener mucho cuidado.

–Supongo que la pregunta podría ser formulada desde otro punto de vista –dijo ella.

–¿Sí?

–¿Por qué decimos que funciona? ¿Simplemente porque no se cae?

–Eso ya es mucho.

–Pero no suficiente. ¿Y si además de aguantar bien las tensiones, sirviera de hogar o la pudiéramos hacer más luminosa, más acogedora... más útil en el fondo?

–¿Útil para quién? O mejor, ¿para cuántos?

–Para todos, Alcano. Para todos y cada uno.

Él la miró y sonrió.

–Siempre me ha parecido extraordinario tu interés por la globalidad. Si fueses humana serías una auténtica mujer idealista, de las que siembran en los caminos las semillas de una revolución. Menos mal que tu cerebro no es vulnerable a esas debilidades.

Había entrado precipitadamente en la antesala de la guerra y su ejército no estaba aún en formación de combate. Tuvo que agarrarse a la intuición.

–De eso quería hablarte.

–¿De una revolución?

–De un cambio.

–¿Y qué es lo que hay que cambiar?

–Algo que –dudó antes de contestar– creo injusto.

–Esa misma palabra ya es injusta, querida colega.

Eso era verdad y ella lo sabía, pero no podía fallar ahora. Alcano era un gran experto en el combate dialéctico, pero ella estaba defendiendo un pedazo de esa justicia, aunque fuese discutible, aunque no convenciese a todos, una posición que también tenía derecho a ser considerada.

–Puede ser que tengas razón, aunque si no me equivoco tú mismo estás aquí, entre los muros de esta pirámide, supuestamente para defender la justicia.

Alcano no respondió inmediatamente como acostumbraba. Parecía que el pulso se igualaba en cierta manera y ella se sintió más fuerte.

–La única justicia posible es la de la mayoría. Por eso estoy yo aquí – dijo finalmente.

–Pero no es la perfecta, ¿verdad?

–Querida... Hace mucho tiempo que la inteligencia se pregunta por las verdades más fundamentales, igual que estás haciendo tú ahora. Es cierto que hubo momentos en que estas cuestiones estaban más en la calle, que había... –midió bien sus palabras– un mayor idealismo para tratar de descubrir el alcance de la verdad, de la justicia, de la libertad... Y también en nombre de esas palabras sagradas se cometieron muchos errores. La única salida válida de ese callejón estrecho y laberíntico es la aceptación de unas leyes por la mayoría y una incesante labor de culturización que lleve a incrementar el bienestar y el orden internos. Ésa es la única verdad.

–¿Y si la mayoría se decide a cambiar las cosas? –preguntó llevando la conversación al único terreno que ofrecía él.

–Entonces las cosas cambiarían de modo natural.

Era imposible entrar a fondo en la cuestión tal como ella pretendía, pero al menos sí podría aprovechar este momento para proponer su plan.

–Conozco humanos y máquinas que verían con buenos ojos algunos cambios en la legislación vigente.

–¿En qué puntos concretos?

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para desprenderse ya de la carga que la oprimía por dentro.

–En aquellos que se refieren a la peculiar relación sentimental entre ambos.

Alcano no mostró el gesto de sorpresa que ella esperaba. Más bien continuó en silencio esperando que ella prosiguiera. OYP no cayó en la posible trampa.

–Eso es lo que venía a decirte. Nada más –aunque hubiese querido decir muchas más cosas, pensó que era prudente no seguir sincerándose.

–Pensé que vendrías con ideas más concretas. En fin... Sabes perfectamente que la supuesta sensibilidad en cerebros electrónicos es una cuestión muy delicada y novedosa. Sólo aparece en determinadas circunstancias y sólo en algunos individuos.

A la joven profesora le hubiese gustado preguntarle si también se daba en él ese delicado y novedoso fenómeno.

–No es un tema que interese a la mayoría por el momento –siguió diciendo–, ¿no te parece?

–Yo creo que sí interesa.

–¿Te interesa a ti, en concreto?

–Supongo que igual que a ti –contestó rápidamente ella, sin dejar margen a la duda.

–Sí, claro que nos interesa. Somos científicos y tenemos la responsabilidad de buscar explicaciones razonables de lo que ocurre a nuestro alrededor. Pero me temo que por el momento no es posible hacer otra cosa que lo que ya se hace.

–¿Y qué se hace? –la pregunta le salió demasiado afilada y se arrepintió al momento.

–Se hace mucho. Estudiar detalladamente un fenómeno así lleva tiempo como tú sabes muy bien.

–Claro –dijo intentando suavizar sus palabras–. ¿Y no piensas que una elección de consulta de mínimo rango podría servir de ayuda para la investigación?

La pregunta la dejó flotando, como sin peso, en un estado de paz enorme. A eso había venido. Alcano, en cambio, pareció dudar antes de dar una contestación.

–No veo en qué sentido podría contribuir positivamente a la investigación una consulta en este momento.

–Quizás nos sirviera para saber cuánta gente hay realmente involucrada en este fenómeno. A lo mejor nos estamos equivocando y ya es más frecuente de lo que tú y yo pensamos, ¿no?

–¿Me estás proponiendo formalmente que lleve a consideración de los demás miembros la idea de una elección de consulta rango1?

–Te estoy proponiendo que lo consideres tú mismo y que luego me digas lo que te parece. Nada más. Siempre me he fiado de tu criterio.

–Bien, en ese caso y por tratarse de ti, lo pensaré y volveremos a vernos en unos días. ¿Te parece bien?

–Te lo agradezco.

–No hay nada que agradecer. Es la propia Comunidad Científica la que tiene que agradecer cualquier sugerencia valiosa que se haga –pareció decir sin mucha convicción.

La conversación debía finalizar porque Alcano tenía mucho trabajo y ella tampoco quería seguir insistiendo. Él la llamaría en un tiempo razonable para dar por terminado el asunto. Después, maestro y discípula se despidieron cortésmente en el largo pasillo que conducía a su despacho.

Cuando salió del enorme edificio la tarde se había teñido de rojo sobre el desierto, y las suaves ondulaciones del terreno parecían extrañas curvas geométricas sin matices. Se dirigió preocupada hacia su nave. Había advertido algo inquietante en la mirada de Alcano, un brillo que no recordaba haber visto en otras ocasiones. Sin embargo, sus palabras habían sido correctas, quizás demasiado previsibles para un tema tan delicado. “No ha sido sincero”, pensó. Al llegar a la nave volvió la vista atrás y se quedó unos minutos contemplando el edificio, ahora iluminado por potentes focos de luz blanca. Realmente tenía un gran parecido con la pirámide escalonada de Egipto, llena de pasadizos y cámaras ocultas. Pensó en Alcano y sonrió tristemente, porque en verdad también él era una construcción muy perfecta que escondía su corazón con sumo cuidado.

El silencio se había hecho hueco en aquella habitación en la que se vislumbraban dos monitores, una cama ancha desplegada casi en el centro, una gran biblioteca circular llena de información en todos los soportes, plantas y algunos cuadros auténticos, trabajados por una mano sensible. OYP dormía plácidamente, arropada por su colchón de aire, desde hacía tres horas. Fuera, la noche era fría y nebulosa, como casi siempre en esa zona del planeta. La luz tenue de las bombillas de la luna entraba por la ventana-terrazza y flotaba en el interior del apartamento como una fina lluvia de plata.

Una repentina voz, que intentaba parecer al mismo tiempo enérgica y sosegada, la sobresaltó.

–Princesa, princesa, mueve tus alas, princesa. ¡Vamos, vamos!

OYP no necesitaba más que tres segundos para pasar definitivamente del sueño a la vigilia con todos sus mecanismos a punto.

–Boya, ¿sabes la hora que es?

Ahora la voz de su buen amigo sonó descaradamente seria.

–Una patrulla de análisis de la C.C.C. viene hacia aquí con no muy buenas intenciones, de modo que tienes un minuto para recoger lo que creas indispensable. Después saldrás de este cementerio volando hacia el apartamento de Lan, y yo te llamaré allí dentro de un rato. Por cierto, no te olvides de dejar abierto el canal interno de tu apartamento en la frecuencia 34. ¡Ya!

Su voz desapareció de inmediato y OYP cambió la frecuencia tal y como le había dicho su amigo. Después hizo un rápido recuento de las cosas que necesitaba, las introdujo en una pequeña mochila muy ligera, se vistió y salió corriendo a la calle. No había nadie y prefirió ir andando deprisa hasta la casa de su amiga. No estaba demasiado lejos.

Lan ya estaba despierta y la esperaba.

–Me ha llamado Boya y me lo ha dicho todo. ¿No has tenido ningún problema?

–No, ni siquiera he tenido oportunidad de hacer nada. Me he limitado a cumplir órdenes.

En ese momento se iluminó la señal de llamada. Lan apretó el botón y la voz de Boya salió disparada hacia el interior del apartamento.

–Shhh... escuchad.

–No, no le ha dado tiempo –dijo una voz que ninguna de ellas reconoció–. Sí, muy bien. Comenzaremos ahora mismo. Correcto.

Se escucharon brevemente unos sonidos imprecisos y después nada más.

–Acaban de salir de tu casa, mi querida y dulce princesa. Lo habrán revuelto todo y, como has escuchado ahora empieza la persecución.

–¿Y eso qué significa? –preguntó OYP.

–Que seguimos con la huida, queridas mías. Os voy a decir lo que harán ahora esos capullos. Se sentarán durante quince minutos para evaluar este imprevisto. Les ha sorprendido que no estuvieses dormida en tu apartamento, sobre todo después del estupendo papel que interpretó ayer tu gran amigo Alcano, ¿verdad? Seguro que estuvo muy agradable, que te ofreció su ayuda y todo, ¿no? Eso les ha dolido más que un pinchazo en el riñón. Bueno, polluelos infinitos, yo entro en ebullición con estas cosas, me entusiasma la acción, me gusta más de lo que podéis imaginar. Im Himmel gibt es kein Bier, darum trinken wir es hier...No te preocupes, Lan, que esta noche hay traducción simultánea –estaba eufórico–, en el cielo no hay cerveza, así que bebámosla aquí. Se sentarán un cuarto de hora como estúpidos analistas de pacotilla y pensarán los lugares más probables en los que puedes estar escondida. Cuando hayan realizado un análisis científicamente absurdo del tema se lanzarán a tu búsqueda y captura como una manada de lobos hambrientos. ¿Le importaría acompañarnos, profesora? Sólo será un momento... ya conoces, querida mía, las bondades de la ciencia. Tendrán una lista de diez o quince lugares que concuerden con tu personalidad, pero dudo mucho que reparen en Los Sótanos del Infierno.

–¿El local del Mesías? –preguntó Lan.

–El mismo antro, rubia de oro –siguió diciendo él–. Ya he llamado, y te están esperando. El mismísimo Mesías te recibirá con todos los honores. Él te indicará el mejor sitio para esconderte temporalmente. ¿Lan?

–¿Sí?

–Tú te quedarás aquí intentando dormir para que cuando lleguen esos capullos se vuelvan a sentir estúpidos. No sabes nada, como es lógico, y te mostrarás preocupada por la suerte de tu amiga. Intenta sacarles alguna información también, sin que se note.

–Bien –respondió en un hilo de voz.

–Pero no tengas miedo, my dear. They will not touch you. No tocarán ni un sólo cabello de tu cabeza, querida. Sólo buscan a tu amiga.

–No tengo miedo, Boya.

–Mejor, mucho mejor.

–¿Estás seguro de eso, Boya? –preguntó OYP.

–¿De qué, maravilla incierta?

–De que Lan no corre peligro.

–Absoluta, completa y totalmente –dijo–. Y ahora hay que moverse. Te recogeré dentro de cuatro minutos en la esquina entre R y K. Te llevaré yo mismo. Bona noite a las dos.

Cuatro minutos después, un vehículo pasó por la esquina RK, recogió a una sombra y atravesó la ciudad en dirección al local del Mesías. Boya la dejó allí y desapareció otra vez en la fría niebla.

Cuatro escalones bajaban hasta una puerta adornada por un pequeño letrero iluminado en azul. Un sonido apagado y monótono salía del interior del local. OYP respiró el aire fresco de la noche antes de traspasar los límites del infierno.

–Bienvenida de nuevo, profesora. Veo que te atrae el ambiente de los infiernos –dijo Ort, que estaba apoyado en ese momento en la barra.

–No es un mal sitio, pero me ha dicho Boya que tú conoces otro todavía mejor.

–Algo sé sobre el tema. ¿Quieres tomar algo?

–¿Cuándo saldremos?

–No hay prisa, preciosidad. Tenemos una larga noche por delante. No te preocupes, invita la casa.

Había menos gente que la otra vez. Cuatro o cinco mesas estaban ocupadas por parejas y una chica bailaba sola en el círculo central. Lo hacía muy bien.

–Creo recordar que te gustaba el hielo súbito –dijo, ofreciéndole un vaso largo lleno hasta los bordes.

–Gracias. Me ha entrado sed con tanta carrera.

–Disfrútalo con tranquilidad.

El ritmo constante de la música entraba en el cerebro casi imperceptiblemente. OYP se volvió a fijar en la chica que bailaba en el centro del local.

–¿Quién es?

–¿No te acuerdas de ella? Es Soram, la voz más dulce y maravillosa del universo.

–Baila muy bien.

–Como el mismísimo demonio –dijo él.

–Supongo que eso quiere decir lo mismo que he dicho yo.

–Supones bien. Cuando era pequeña se la consideraba una niña prodigio. Debe de ser la reencarnación de varios artistas de lujo. A los cinco años tocaba el piano mejor que Mozart, pintaba y dibujaba maravillas que hubiera firmado el mismísimo Velázquez, cantaba como los querubines y los serafines juntos pero, sobre todo, tenía un talento infinito para el baile. Y aquí la tienes. No le gusta la fama.

–La entiendo.

–Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué les has hecho a los jefes para que te persigan a estas horas por la ciudad?

–Nada especial –dijo sin muchas ganas de hablar sobre el tema. Él lo entendió enseguida.

–No te preocupes, tampoco me interesa enormemente. Lo único que me han pedido es que te saque de aquí. Tengo un plan al que únicamente le falta

una pieza para que sea perfecto. Necesito mantener ocupados a los sensores de la frontera durante medio minuto aproximadamente.

–¿Dónde vamos?

–Al tercer satélite. Sé llegar hasta la última frontera porque lo he hecho varias veces, pero ahora han colocado unos sensores nuevos. Espero que tú puedas solucionarlo.

–¿Cómo son?

–Musicales, creo que sólo son de vía libre en la secuencia ascendente. Y, claro, cada secuencia dura sólo un par de segundos. Suponiendo que la ascendente sea la correcta, tendríamos que prolongarla de algún modo para que te diese tiempo a atravesar el pasillo.

–¿Cuánto tiempo?

–Quince o veinte segundos. Bastará con que corras un poquito. Pero quiero que sepas que si nos equivocamos de secuencia e intentas atravesar la que no es de vía libre, se acabó. Es un delito pasar la frontera por ahí, claro. Es una zona sin vigilancia.

–¿No estás seguro de cuál es la secuencia de vía libre?

Ort se limitó a encogerse de hombros.

–Bueno, un 50% no es un mal porcentaje de probabilidad –dijo ella.

–Puedes engañar a los sensores, ¿verdad?

–Engañar a una máquina no suele ser muy complicado –bromeó–. En teoría producir una escalinata musical sin fin es fácil.

–No hace falta que no tenga fin. Mientras dure quince o veinte segundos será suficiente. No tardarás más en recorrer el pasillo de seguridad. ¿Cómo lo vas a hacer?

–Reproduciré sus tonos y los introduciré, modificados, en su propio registro. Repetiré varias veces la misma secuencia ascendente de modo que el ordenador no se dé cuenta de que la serie ha concluido. Mientras el sensor cree percibir una secuencia de tonos indefinidamente ascendentes yo avanzo por el pasillo. Es una paradoja antigua, de hace cientos de años, aunque hunde sus raíces en Pitágoras. ¿Te suena Pitágoras?

–Conozco dos. Uno creo que era matemático de la Tierra, el otro es camarero del Baúl de los dioses, así que supongo que te referirás al primero. De todas maneras sea lo que sea lo que vayas a hacer, tendrá que salirte bien dentro de unas horas. Saldremos cuando amanezca el primer sol. Si todo va según los planes, te subirás con la identidad de Soram a la nave de corto recorrido que hace ese trayecto.

–¿Y una vez allí?

–Conozco a alguien en la Ciudad de Cristal. Se llama Ramsés y es un buen tipo. Él te atenderá. Ése es el plan, ¿qué te parece?

Ella terminó de beber y después miró a su interlocutor.

–Pregúntamelo cuando ya esté allí.

El sensor era una pequeña esfera que emitía tonos ligeramente musicales y un punto de luz roja que parpadeaba dos de cada cuatro segundos, acompañando a la secuencia ascendente. Recogía casi cualquier tipo de ondas y señales, y las transformaba en clave binaria: abierto o cerrado, no había más opciones. OYP miró por última vez a Ort, que la vigilaba unos metros más atrás. Todo estaba preparado para salir utilizando esa secuencia de tonos. Si ésta no era la correcta, la que dejaba libre la salida, varias patrullas de controladores aparecerían en apenas un minuto, de modo que no habría una segunda oportunidad. Miró el sensor, ajustó el sencillo generador de ondas electromagnéticas que había improvisado ella misma y lo activó en la escala ascendente, siguiendo el argumento de la antigua paradoja de la escalinata musical sin fin. El sensor parpadeó levemente... un segundo, dos, tres, cuatro... Salió corriendo por el estrecho pasillo, lo recorrió en doce segundos y se dirigió todavía corriendo hacia la plataforma de vuelo como si fuese una rezagada del grupo que iba a salir en ese momento hacia el satélite. Mientras, el sensor continuó parpadeando durante veintitrés segundos para volver luego a su ritmo normal. Ort aguardó agazapado en su escondite un par de minutos más. Luego, con una evidente satisfacción dibujada en el rostro, regresó a la ciudad.

El primer sol acababa de aparecer sobre Mon, y el aspecto que ofrecía la Ciudad de Cristal desde el espacio era resplandeciente. Millones de reflejos en toda la gradación del amarillo y el rojo cubrían gran parte del satélite. Allí se construyó, muchos años antes, en la época de las primitivas colonizaciones espaciales, la primera unidad biológica del sistema solar 353, al que pertenecía Mon. Ahora, ese complejo y muchos más construidos posteriormente eran utilizados como grandes y modernos invernaderos que funcionaban únicamente con energía solar.

Recordó fugazmente aquella época de la conquista del espacio. Máquinas y hombres iban dejando, una detrás de otra, grandes superficies que recreaban biotopos distintos: selvas tropicales, sabanas, desiertos,

océanos... junto con viviendas y granjas con animales. Al principio de manera imperfecta –tan rudimentaria que parecía un milagro que hubiese salido bien–, y perfeccionada año tras año por cientos de científicos dedicados a esta fundamental tarea. Ahora las cosas eran muy distintas. Todo parecía tan matemáticamente calculado...

Cuando bajó de la nave de transporte, un hombre ya mayor, alto y de barba rojiza la aguardaba. Se llamaba Ramsés y era el responsable de uno de los invernaderos. La llevó en un tipo de vehículo que OYP creía desaparecido hacía tiempo. Llegaron hasta un octaedro regular de grandes paredes de cristal, a orillas de un canal seco en el límite de un extenso desierto.

–Aquí nos basta con la energía de los soles, chiquilla. Energía solar que hace crecer las plantas y mantiene toda esta tecnología tan moderna en perfecto estado.

Entraron y comenzaron a pasear por el recinto de cristal.

–Todo se controla de manera natural. A cada planta se le da lo que necesita para estar en óptimas condiciones. Que si un poquito más de potasio, que si algo menos de manganeso... Comen a la carta. Y ni siquiera necesitamos suelo para cultivar. Es la ventaja de los cultivos hidropónicos. Utilizamos agua en la que diluimos todos los nutrientes que requieren los vegetales, y aprovechamos ciertas plantas para controlar todas las variables ecológicas.

–Hay muchas con flores.

–Muchas. Tenemos rosas, gardenias, margaritas, pensamientos, lilas, begonias, caléndulas, claveles, crisantemos... Y también alimenticias. Ven, fijate. Allí empiezan a crecer los tomates, las judías verdes, las berenjenas, los pimientos. Más allá tengo plantadas cebollas, lechugas, zanahorias, repollos, berzas... Esto es un oasis, como puedes comprobar: cultivos intensivos, frutas y verduras frescas durante todo el año, todo tipo de algas y bacterias marinas... –echó un rápido vistazo alrededor, cogió dos naranjas, le ofreció una a su joven invitada y continuó–. Los mecanismos de supervisión son de última tecnología para vigilar el delicado equilibrio ecológico del sistema, claro.

El aroma de las naranjas frescas invadió la conversación.

–¿No hay problemas de intoxicación, ni siquiera en algas? –preguntó ella.

–No hay ningún problema. Hace cientos de años que se dominan totalmente las técnicas de fertilización, sembrado y recogida de algas. Antes de que mi bisabuelo muriera ya se habían eliminado todos los problemas de intoxicación.

OYP conocía someramente el funcionamiento interno de estos invernaderos y, desde luego, nunca había estado dentro de ninguno. Se veía que aquel hombre que debía rondar ya los ciento cincuenta o ciento sesenta años estaba orgulloso de su trabajo, y eso le producía mucho respeto.

–Mira, por aquí circula el agua en un circuito cerrado desde los depósitos generadores hasta las instalaciones de riego directo sobre raíces, pasando por los tanques depuradores. ¿Sabes cómo limpiamos las impurezas en los tanques? No te lo puedes imaginar.

–No –dijo sonriendo.

–Plantando jacintos, fíjate lo que te digo. Así de sencillo y natural, algo que se viene realizando desde hace miles de años. ¿Sabes lo que son jacintos?

Eso sí lo sabía.

–Me encanta este sitio, de verdad.

–Aquí puedes permanecer el tiempo que quieras, chiquilla. Tienes un comunicador ahí mismo, junto a la cabaña –la señaló con el dedo–, y toda la comida que quieras. Más sana imposible.

–Desde luego que sí. Nunca creí que pasaría unas vacaciones en un invernadero. Me parece maravilloso.

–Nadie entra en este lugar sin mi permiso, y rara vez doy ese permiso –sonrió–, así que estás completamente a salvo.

OYP le miró con agradecimiento.

–¿No le han dicho por qué estoy aquí?

–Mi oficio no es el de preguntar, chiquilla. Nunca me ha gustado meterme en las vidas ajenas.

De repente la luz pareció ensancharse, como si algo hubiese hecho engordar a los fotones entre las ramas de todos los árboles y plantas que los rodeaban.

–Acaba de salir el segundo sol. Fíjate cómo aumenta la luz –dijo él–. A esta hora más o menos también se puede ver a Joe, apareciendo al oeste. ¿Has visto alguna vez de cerca al pequeño Joe?

Ella movió la cabeza indicando que no, aunque ni siquiera sabía quién era Joe.

Anduvieron hasta una de las paredes de cristal y allí estaba otro de los satélites de Mon, el pequeño Alicar, que cruzaba cinco veces el firmamento cada día, y al que Ramsés había bautizado con ese cariñoso nombre. Parecía un globo oscuro lleno de cicatrices, un viejo trozo de tierra extraordinariamente cercano.

–Es impresionante...

–Yo le llamo Joe. Es el hermano pobre de éste en que estamos ahora y que siempre ha sido mejor tratado –explicó Ramsés–. Nadie se ha ocupado nunca de él.

OYP se quedó un rato contemplando aquel enorme pedazo de universo desnudo que casi se podía tocar. Pasaron algunos minutos.

–Bueno... Me tengo que marchar. Si quieres algo no tienes más que llamarme... ¿Me has oído?

Ella seguía con la vista enterrada en las viejas cicatrices del pequeño Alicar. Dijo que sí mecánicamente, casi sin fijarse. Él desapareció en silencio sin añadir una palabra.

Permaneció allí mucho tiempo, absorta en la desnudez de la tierra redonda que tenía enfrente.

Después sintió una opresión en el cerebro, algo que se parecía mucho al dolor. Se dio cuenta con aspereza de que verdaderamente estaba huyendo, de que sus intereses chocaban con los intereses de otros cuantos –no sabía si muchos o pocos–, y de que por eso la perseguían. Sintió deseos de llorar lentamente para desahogarse. ¿Ése era el precio que tenía que pagar por no ser igual que el resto? ¿Huir para no acabar encerrada en un cubo verde lleno de lectores de conciencia, bajo decenas de ojos que la estudiarían durante

años? Quizás tenía razón el Mesías, y la única salida posible era volar a Ícaro donde las cosas eran aparentemente más justas. Quizás allí podría encontrar la tranquilidad necesaria para vivir en paz con sus sentimientos.

Durante una hora sus lágrimas tuvieron el color ocre de Alicar.

Después, una cancioncilla sonó detrás de ella y la hizo volverse. El agradable sonido venía de la cabaña y hasta allí se acercó. Boya sonreía exageradamente en la pantalla del comunicador.

–Llevo llamándote quince minutos, princesa ¿Te gusta el sitio?

Ella aún se sentía invadida por ese extraño dolor que no podía explicar y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por contestar que sí.

Lan estuvo muy atareada los siguientes días, tratando de encontrar apoyos en Bellwold. Su padre estaba bien relacionado en el mundo de juristas y abogados de la ciudad, y gracias a él pudo concertar varias entrevistas prometedoras. Boya, por su parte, también comenzó a sondear en los círculos apropiados las probabilidades de realizar una consulta de rango 1. Además, contaba con un valioso contacto en la C.C.C. que le informaba puntualmente de los movimientos del Grupo de Análisis. Algunos abogados se habían unido al proyecto, y el apartamento de Lan se convirtió pronto en un improvisado centro de operaciones.

Hacia ya seis años que nadie planteaba una consulta a la sociedad. En aquella ocasión el tema había sido la elección del día de fiesta oficial de Bellwold, y los resultados no hacían concebir demasiadas esperanzas. Aunque la abstención había sido relativamente baja –un 71%– en relación con la penúltima consulta efectuada cinco años antes –un 83%–, gran parte de la población se había abstenido de pronunciarse acerca de la fecha de la fiesta oficial de la ciudad. La primera impresión era algo desconcertante ya que la abstención era mucho mayor entre los humanos. Aproximadamente, sólo seis de cada cien emitían su opinión. Las máquinas parecían, en cambio, mucho más concienciadas. Tal vez eso podía cambiar en esta ocasión, en un tema que se adecuaba más a la sensibilidad de los seres humanos... Nadie en aquel apartamento se atrevía a pronosticar un resultado fiable. Parecía claro que cualquier intento de predicción era una simple temeridad.

OYP se mantenía en contacto diario con ella, sin poder salir de su escondite, esperando que alguien le garantizase seguridad. Allí estaba a salvo y, en cierto modo, también se encontraba a gusto, rodeada de plantas y árboles frutales en aquel gigantesco invernadero en el que olía tan bien, contemplando la ciudad desde el espacio. Rodrigo se comunicaba con ella a través de Lan porque las llamadas desde la Tierra eran más fácilmente controlables por el Sistema. Todo se encontraba en equilibrio inestable, pendiente de finos hilos que si bien no podían romperse, tampoco eran

capaces de soportar grandes pesos. Hacía falta una inyección de fuerza o de poder para seguir avanzando, porque la sombra de Ícaro comenzaba a planear a escasa altura sobre sus cabezas.

Ort había planteado una fecha para el viaje. Si no se conseguía llevar a buen puerto la proposición de unas elecciones en un plazo razonable, lo más prudente era estar preparados para escapar. “Ni ella puede seguir escondida eternamente, ni nosotros podemos ceder ahora, ni yo aguantar así mucho más tiempo”, había dicho. Ahora Lan se preguntaba por el futuro al término de una de las reuniones diarias que mantenían en su apartamento. La habitación conservaba todavía el calor acumulado durante las dos horas de trabajo y discusiones, y sus pensamientos estaban al lado de su mejor amiga.

Recordó cómo la había conocido y también la primera vez que habían salido juntas a pasear y a reírse de la vida. Lan estudiaba en la universidad y tenía un gato blanco de largos bigotes que llamaba Midi, al que le gustaba pasear por los limpios jardines de la universidad. Un día, una chica muy simpática la saludó y empezaron a hablar de gatos. Después de los gatos vinieron los perros, las aves y las nuevas especies de peces para aguas salobres. Su nueva amiga también sabía de plantas y árboles y de cualquier tema que saliera en la conversación. Tenía una manera especial de interesarse por las cosas y una gran fuerza interior que la atrajo enseguida. Desde el principio se percató de que aquella chica, rubia como ella, compartía con ella otras muchas cosas. No era una máquina corriente, desde luego, sino una mujer sensible, inteligente y decidida. Cuando cuatro años después le dijo que se había enamorado de Rodrigo a ella no le extrañó en absoluto. Era lo más normal del universo...

Se levantó del sofá relajante y comenzó a pasear por la desordenada habitación. Encima de la mesa había un montón de papeles garabateados y vasos con restos de cafeína. Arrimó una de las sillas a la pared, se acercó a la ventana y echó un vistazo a la calle. Algunas naves monoplasas cruzaban silenciosas los pasillos de aire después de la jornada laboral –vendrían seguramente de las grandes instalaciones del desierto del norte– y la luz de los soles empezaba a declinar. Su amiga estaba enamorada y las leyes no lo permitían. Era así de claro, y ella se sentía tan impotente como un niño

pequeño frente a otro mayor y más fuerte. Daría su vida por su amiga si fuese necesario. A pesar de que OYP mostraba una gran serenidad, Lan estaba segura de que sufría por dentro, lo mismo que cualquiera...

De repente se iluminó el receptor de llamadas. Se acercó y aceptó la llamada sin fijarse en el nombre que aparecía escrito en el marcador.

-Hola...

-Buenas tardes, ¿Podría hablar con la señorita Lan? -preguntó una voz desconocida.

-Soy yo -contestó mientras echaba un rápido vistazo al nombre, que todavía brillaba parpadeante, y se quedaba paralizada unos instantes, sin poder reaccionar.

-Creo que no nos conocemos personalmente, ¿verdad? -empezó a decir aquella voz.

-No -procuró que no se notara su nerviosismo.

-Verás, quería preguntarte si sabes algo de OYP. Sé que eres buena amiga suya y he pensado que tal vez podías decirme algo. Quizás esté enferma, no sé.

-¿Por qué iba a estarlo?

-Porque la llevo buscando varios días. En el laboratorio no saben nada y en su casa tampoco está.

-¿Ha ido a comprobarlo usted mismo?

-No, claro que no, pero supongo que aceptaría mi llamada. Hemos dejado una conversación a medias y tendríamos que terminarla.

-¿Una conversación?

-Sí, una reunión que comenzamos en mi despacho hace poco más de una semana. Nos habíamos citado para comentar algunos puntos que debíamos aclarar y me extraña mucho que nadie sepa decirme dónde puedo localizarla.

Ella se había calmado y empezaba a sentir un odio acérrimo hacia aquella voz tan ceremoniosa. Se frotó la nariz y se concentró con la vista clavada en el techo.

-Pues si quiere podría decirme cuáles son esos puntos y si yo la viese se lo comunicaría inmediatamente.

-Preferiría hacerlo yo mismo, si no es descortesía -dijo-. La verdad es que es un tema delicado y no creo que a ella le pareciera correcto que yo se lo contase a usted.

Lan sonrió. Había conseguido que él también la llamara de usted, lo que la ponía en igualdad de condiciones. Se preguntó si podría sacarle alguna información. Se sentó en el sofá y apuntó hacia el techo varias veces con el dedo como si fuera un arma de láser que tuviera poder suficiente para llegar al otro lado de la llamada.

-No, no me importa. Es lo justo. La verdad es que no sé dónde puede estar si no es en su casa. He estado muy ocupada estos últimos días con mi trabajo y apenas la he visto. Pero le aconsejo que intente llamarla otra vez o, mejor, acérquese directamente a su casa. No sería la primera vez, ¿verdad?

-¿Perdón?

-Supongo que habrá estado en su apartamento en alguna ocasión, ¿no? -pensó en la noche en que había hecho guardia frente al apartamento de su amiga. Recordó el coche y su rostro iluminado por las bombillas de la luna.

-Pues no. La verdad es que nunca he estado en su apartamento.

-Vaya, y yo que creía haberle visto de lejos en alguna ocasión saliendo del portal. ¡Qué desilusión!

-Sería otra persona, en fin... Siento haberla molestado, señorita Lan. Ya nos veremos en otro momento.

-A ver si es verdad...

-Seguro que sí. Buenas tardes.

-Adiós -dijo mientras los altavoces dispersos por la habitación volvían a su estado habitual de silencio-. Después se levantó, masculló "cerdo" con los dientes apretados y se acercó otra vez a la ventana. La conversación la había hecho entrar en un estado de agitación anormal. Después, cuando pudo pensar con más calma sopesó la importancia de aquella llamada. Aquel cerdo no sólo la había querido poner nerviosa... "Qué idiota", pensó enseguida de sí misma. "Quería asegurarse, nada más. Quería saber precisamente lo que yo le he dicho, que le reconocí esa noche. Para eso ha llamado".

El cielo había enrojecido y algunas nubes violáceas lo estructuraban en columnas horizontales. Podía haber sido el último cuadro de su amiga, que también encontraba en la pintura un modo de expresar lo que sentía, pero no

era más que un atardecer de un día de mayo del 68, en el que parecía que el universo entero se había aliado en contra de la libertad. Se le encogió el corazón mirando a través de la ventana y sintió ganas de llorar.

Alcano había jugado con ella como había querido. De todas maneras no importaba demasiado porque la guerra había empezado ya mucho antes y la iban a ganar ellos; aunque fuesen más débiles, aunque fuesen pocos, pasara lo que pasara con las elecciones, porque la belleza no podía morir como decía Boya. Creyó que existían más razones para ser optimista que para lo contrario, aunque aquella llamada la hubiese herido. Intentó pensar que nada podría acallar la voz propia de la conciencia, que no había nada más fuerte ni más verdadero y que su energía cruzaba de principio a fin el universo como un hilo de seda... Aunque ahora se sintiese tan pequeña en medio del cielo ya oscurecido de la tarde.

Todavía embargada por los últimos presagios llamó a Boya.

-Hola, Boya.

-Hola, pequeño rubí.

-¿Cómo va todo?

-¿Estás llorando?

Tardó unos segundos en contestar.

-No es nada.

-Bueno, si tú lo dices, pequeño corazón de zafiros, yo me lo creo -se mantuvo en silencio unos momentos y después su voz sonó ligeramente dulce-. El que busca un amigo sin defectos se queda sin amigos, cariño. ¿Sabes por qué lo digo?

Ella no pudo contestar. Se había derrumbado y sollozaba ligeramente con la cabeza entre las manos.

-Lo digo -continuó él-, porque creo que te estás culpando de algo y eso no es justo. Se hace lo que se puede, y el que hace lo que puede debería estar contento consigo mismo -esperó un poco para ver la reacción de su amiga, pero el otro lado de la línea no respondió-. Te llamaré dentro de unos minutos, estrella de la mañana. No te preocupes.

La habitación quedó en penumbra. La luz de los soles se había terminado de consumir y Lan no quiso encender las lámparas de bajo

consumo en el apartamento. Su sombra se confundió con el resto de las sombras inanimadas que yacían en desorden a su alrededor y la estancia se sumió en un respetuoso silencio.

El paso de los días se reflejaba en las fresas de la zona oeste del invernadero. Desde que se había refugiado entre sus paredes de cristal, las fresas habían dejado de ser diminutos proyectos verdes para convertirse en las frutas más solicitadas de Bellwold. El invernadero en el que se escondía era uno de los más grandes del sistema solar 353, y había proporcionado frutas, verduras, algas y peces a trece unidades de población en cuatro planetas distintos durante casi ciento treinta años. Actualmente se habían multiplicado los pequeños invernaderos especializados en casi todos los rincones del universo, y éste funcionaba casi exclusivamente como reliquia de otros tiempos. La vida seguía su curso a pesar de todo y las plantas que la rodeaban crecían al ritmo lento de la luz y del aire, sin un orden muy estricto, bajo la constante supervisión del anciano Ramsés.

El papel arrugado que tenía frente a ella, encima de sus rodillas, era la servilleta en la que el ángel-demonio de los Sótanos del Infierno había escrito una frase aquella noche del primer encuentro con el Mesías. Le gustaba releerla allí, entre las naranjas y las piñas, porque le traía el recuerdo de su casa y de su calle a media noche, iluminadas por la mágica luz de las bombillas de la luna. Investigando en su archivo histórico había descubierto que eran las palabras de un poeta nacido en 1836 llamado Bécquer, muerto con apenas treinta y cuatro años. Cogió de nuevo el papel y leyó: En el majestuoso conjunto de la creación, nada hay que me conmueva tan hondamente, que acaricie mi espíritu y dé vuelo desusado a mi fantasía como la luz apacible y desmayada de la luna. Era la misma luz de las noches de Bellwold, la misma que también a ella le había inspirado a escribir poesía. Una luz que no sabía si iba a poder contemplar de nuevo.

Regresar a casa dependería exclusivamente del resultado de unas elecciones, ya no cabía otra posibilidad. Boya acababa de llamar unos minutos antes para informarla de algo importante. Su contacto había concertado una entrevista entre ella y un representante de la C.C.C. que

estaba dispuesto a orientarles en su proyecto de plantear una consulta a la población. Sería allí mismo, en el satélite, con todas las garantías de seguridad. Además, Ramsés la llevaría personalmente al lugar de la entrevista, una zona arenosa al sur del satélite, y se mantendría en contacto directo con Boya. Quienquiera que fuese el representante de la C.C.C. se arriesgaba mucho tratando de ayudarles, y ese gesto había hecho crecer un halo de optimismo en el interior de OYP.

Una ligera corriente de aire indicó que alguien había abierto la puerta principal del invernadero. Se acercó para mirar. Ramsés la saludó agitando la mano y ella le devolvió el saludo.

-Cuando quieras, hija. Tengo la nave ahí fuera.

-Yo estoy lista.

-Pues vamos. ¿Te apetece dar un paseo antes de ir a ver al invitado? Hace un día magnífico.

-Me encantaría.

-El desierto Amarillo está relativamente cerca, hacia allá -señaló el oeste-, pero voy a dar un rodeo para enseñarte los rincones más bonitos del satélite. ¡Para un día que te dejan salir!

Ella se lo agradeció con una sonrisa.

Tardaron dos horas en llegar al lugar de la entrevista. Ramsés le indicó el camino y se quedó cerca de la nave en comunicación con Boya. Ella bordeó un conjunto de dunas muy amarillas a la izquierda y se acercó a una gran roca de basalto que parecía un pájaro con las alas desplegadas. Un poco más adelante se veía el contorno de una figura. Mientras se acercaba quiso imaginar las motivaciones que tendría aquella persona para atreverse a hacer una cosa así. La C.C.C. funcionaba como una gran secta con apariencia de libertad, pero en la que todos los miembros estaban obligados a seguir las directrices de la cúpula. Nadie podía ser fiel a su propia conciencia si ésta difería de la conciencia general del sistema. Por eso era una temeridad venir hasta aquí para hablar de un tema todavía tabú... Cuando llegó a su altura, la figura estaba de espaldas.

-Hola, buenos días. Me llamo OYP.

Él no se volvió inmediatamente. Sólo dijo:

-Siempre tan directa, querida colega.

Ella miró instintivamente hacia atrás temiendo un peligro inevitable, pero sólo escuchó el rumor del viento moviendo la gruesa arena de norte a sur. Volvió a mirar a Alcano que todavía le ofrecía la espalda. Esto era lo último que esperaba. Hizo un esfuerzo para que su voz no denotara excesivamente su sorpresa y pensó todo lo deprisa que pudo. No le resultaba sencillo hablar con el culpable de su situación actual, ni tampoco quería caer en ninguna trampa, así que quiso zanjar desde el principio la cuestión.

-¿Has venido para cooperar? -preguntó.

Él seguía en la misma posición, mirando hacia el sur, hacia las lejanas montañas azuladas. Tardó unos segundos en darse la vuelta. Después la miró y contestó en una voz segura:

-Sí.

Comenzaron a pasear bajo la luz de los dos soles.

-Hace mucho tiempo -comenzó diciendo él-, cuando el ser humano construyó las primeras máquinas, nadie pensaba que se podría llegar a la situación actual. Aquellos primitivos cerebros electrónicos, nuestros antepasados, sólo eran capaces de realizar tareas secundarias como reconocer textos manuscritos o hablados, simular centrales de producción de energía, detectar explosivos o identificar blancos en los radares. Pero nuestros vecinos humanos nunca se cansan y siguieron investigando. El juego del ajedrez les propuso un reto muy atractivo. La máquina ganó enseguida al hombre, pero ésta continuaba sin estar abierta a otras posibilidades. No pensaba realmente, no se fijaba en la decoración de la sala, ni en la temperatura, ni inventaba tácticas, ni penetraba en la psicología del adversario. Hacía falta un aprendizaje, como el que sigue el niño desde que nace, hacía falta motivar al cerebro. No era positivo saberlo todo de golpe... Y ahora, fíjate: los humanos han puesto en nosotros su confianza, nos han dado la llave del progreso y casi hasta del gobierno absoluto, porque se fían de la seguridad de nuestro razonamiento objetivo... -sus palabras sonaron muy claras en la llanura arenosa en la que paseaban.

-Ésa es una buena razón para afrontar con honestidad y responsabilidad los problemas que vayan surgiendo.

-Desde luego que sí, pero la cuestión no es sólo ésa. Imagina por un momento lo que ocurriría si admitiésemos algunos sentimientos entre nuestra

especie y la especie humana. Perderíamos inmediatamente la objetividad y la neutralidad en nuestro cerebro. Y eso tampoco lo verían con buenos ojos nuestros vecinos humanos. No le convendría a nadie. La cuestión es grave como te dije hace unos días en mi despacho, y las directrices de la Comunidad Científica Central son tajantes a este respecto.

-Pero tú también sabes que ya hay muchas máquinas con perturbaciones no controladas; sabes que la evolución de los sentimientos ha llegado a un punto irreversible, tal y como pronosticó Darwin diez siglos atrás; sabes que hay muchas máquinas que sufren la incompreensión de sus semejantes... Eso es lo verdaderamente objetivo en todo este asunto.

La sonrisa de Alcano parecía esconder muchas cosas.

-Hace tiempo que sé que tus sentimientos son muy fuertes, querida colega. Y entiendo que estés tan sensibilizada. Por eso te envié de vacaciones, para alejarte del peligro inminente y para que meditaras con tranquilidad. Después se han precipitado los acontecimientos y yo no he podido hacer nada por evitarlo. Sin embargo... -algo pareció moverse en su interior-, creo que te puedo ayudar a plantear una consulta a la población.

-Eso es lo que hace falta ahora.

Él no la escuchó.

-Pero te advierto una cosa. Si no obtienes un resultado suficiente, el Sistema se volverá contra ti con toda su fuerza, y yo no podré hacer nada por evitarlo... aunque quisiera.

-¿Y querrías ayudarme aunque no pudieses?

-Haría todo lo que estuviera en mi mano -dijo rápidamente, como si no lo hubiese meditado, como si hubiese hablado su instinto. Y OYP lo advirtió-.

-No se pueden interpretar dos papeles tan contradictorios durante mucho tiempo, Alcano. En algún momento tendrás que decidir. Ya sabes lo que afirmaba uno de los pensadores humanos a los que más admiras: cuando alguien pretende parecer algo durante mucho tiempo y con empeño, le resulta difícil acabar siendo otra cosa. Te suena, ¿verdad?

Alcano no contestó nada y siguió caminando lentamente. Parecía que tenía la cabeza sólo en las consecuencias a las que se exponía su discípula en el caso de un mal resultado en la consulta a la población.

-Lo cierto es que la sociedad no está todavía moralmente preparada para admitir que también las máquinas puedan sentir sin restricciones. No olvides que eso es verdad y que no se puede ir contra el deseo de la mayoría. Te convertirías inmediatamente en un organismo incómodo para el sistema. Y desgraciadamente ya sabes lo que eso significa.

-Eso no es más que una vulgar trampa dialéctica.

Él hizo una mueca irónica.

-En la gran mesa de juego que es la vida, el incómodo no es el tramposo, que se limita a jugar de una determinada manera, pero participa, sino el que rompe la baraja. Así ha sido siempre y parece que no tiene visos de cambiar en el futuro más próximo.

-Ya veremos...

-No te quepa duda de que las cosas funcionan así. De todas maneras no he venido únicamente para prevenirte de las posibles consecuencias de tu batalla, sino para ayudarte en la medida de mis posibilidades. De manera que iré al fondo de la cuestión. Lo primero que tienes que hacer es plantear tu idea a la C.C.C..

-Supongo que ese paso está ya superado, ¿no?

-Podemos darlo por superado -dijo-. Lo siguiente es conseguir el visto bueno de uno de los miembros con autoridad de mando. Tienes el mío desde ahora. Tendré que redactar un informe, al que tú darás el visto bueno, de lo contrario no tendría validez, y que presentaré en la próxima reunión del Consejo. El tercer y último paso depende exclusivamente de la decisión del Consejo, pero creo que también puedo influir... Después sólo habría que fijar la fecha de la consulta.

-¿De cuánto tiempo estás hablando?

-De menos de quince días.

Ella se detuvo con una mezcla de sentimientos encontrados: alegría por la inesperada ayuda e indignación ante el funcionamiento de la política. Por un lado crecía la esperanza de poder cambiar las cosas, y por otro, el temor ante lo que pudiese venir más tarde. Miró a Alcano con aparente tranquilidad y contestó.

-De acuerdo. Estaré preparada.

-Muy bien. Te llamaré en cuanto sepa algo –durante unas milésimas de segundo pareció que quería añadir algo más, algo que OYP empezó a intuir en ese preciso instante. Sin embargo su control mental fue casi perfecto.

-Serás la primera en conocer la decisión del Consejo –terminó diciendo.

La nave particular de Alcano despegó dos minutos después bajo la brillante luz que envolvía el horizonte. Ella se sentó sobre la arena y mantuvo durante mucho tiempo la vista clavada en las lejanas montañas azules. La visita de Alcano había resultado doblemente esclarecedora. Por una parte, contaban con un magnífico aliado que les ayudaría a plantear la consulta a la población. Y por otra, aunque sólo era una vaga intuición, creía haber hecho un determinante descubrimiento en la personalidad del supervisor de la C.C.C.. Algo que volvía a ser de vital importancia para el futuro desarrollo de los acontecimientos. Algo que costaba creer...

Después regresó junto a Ramsés y le pidió continuar el paseo que aquella inesperada visita había interrumpido. Mientras el viejo vehículo se ponía en marcha, la brisa seca del desierto aullaba al pasar entre las dunas.

La pantalla de vídeo echaba chispas.

-¡Demonios astrales! Ese capullo nos la ha jugado a todos, incluyéndome a mí, of course. Si hubiera sabido que era él no le habría dicho dónde estabas, demonios. ¿Te das cuenta de que podía haber ido a por ti? ¿Te das cuenta de que es más listo que todos nosotros juntos? Me subo por las paredes, cariño. No hago otra cosa que subirme por las malditas paredes de mi choza. Mataré a mi contacto, lo asesinaré en cuanto sea ministro. ¡Alcano! El mismísimo cerdo de Andrómeda me la ha jugado como ha querido, ostras siderales, desastres del universo... -cambió la expresión de su rostro-. ¿Crees que nos ayudará? ¿Crees que hablaba en serio, perla del desierto?

-Completamente.

La simpática cara de Boya mostró una expresión de asombro.

-Es enigmático el tío, desde luego. Pero por algo lo hará, princesa. Algo hay detrás... Una máquina no puede cambiar así de la noche a la mañana. Es imposible, inadmisible, inaceptable e implanteable.

-Opino lo mismo que tú y creo que sé por qué lo hace, aunque... no estoy segura. He hablado con Rodrigo y él también piensa que es posible.

Su asombro se incrementó considerablemente.

-¿El qué es posible?

OYP dudó antes de contestar.

-Bueno, no estoy segura...

-Vamos, vamos, suéltalo ya. ¿El qué es posible? ¿Que se haya vuelto loco definitivamente?

-Creo que Alcano está enamorado de mí.

Boya la miró a través de la pantalla con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada. Algo le estaba quemando por dentro y ella esperó pacientemente su reacción.

-¡Me cago en los fotones! ¡Por supuesto! Eso es, desastre ecológico. Amor al más puro estilo primitivo. Por eso te ayuda y te maltrata a la vez, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Está más claro que mi pobre calva. Le

interesa ayudarte para que te dejen en paz, aunque sólo sea por el momento, pero necesita que dependas de él, que estés cerca, a su lado. En cierta forma le gusta cómo eres y no quiere que acabes en un cubo verde desintoxicando tu alma porque perdería a la chica que ama. ¡Qué hermoso flechazo! –dijo con ironía–. Me produce vómitos el muy egoísta. Si pudiera cogerle por el pescuezo, si pudiera cortarle sus neuronas de pacotilla...

–Boya, me parece que...

–...cerdo, puerco, gorrino, cuto, cochino...

–Me parece que debemos reunirnos todos cuanto antes. Tenemos pocos días y debemos estar preparados para una emergencia. ¿Me escuchas?

Boya parecía haber perdido el interés por los insultos. Ahora se había quedado mirándola con expresión angelical.

–Hay que avisar a Ort, también –terminó diciendo ella–. Podría ser dentro de un par de días en los Sótanos.

–En los Sótanos –repitió él maquinalmente.

–¿Boya?

–¿Qué?

–He pensado mucho estos días y he llegado a una conclusión. No quiero seguir poniendo en peligro vuestra seguridad. Si las cosas no salen bien, Rodrigo y yo nos iremos. Todavía no sé si a Ícaro o a cualquier punto de las fronteras externas, pero nos iremos.

–De acuerdo, nos iremos a cualquier parte –repitió de nuevo él, bromeando.

Ella sonrió. Boya recuperó su tono convencido.

–Le diré a Ramsés que te lleve al trasbordador en la próxima conexión con Mon. No tendrás problemas en la frontera –dijo él–. Y te haremos una fiesta de bienvenida, estrella errante.

–Bueno.

–Y no te olvides de traer fresas. Aquí están muy caras, bye –desapareció de la pantalla.

Ella miró a su alrededor, recogió las mejores fresas que encontró y esperó a que el anciano y bondadoso encargado del invernadero viniera a buscarla. Esa misma noche voló rumbo a Mon y cenó en el apartamento de Lan. Charlaron durante muchas horas comentando todo lo ocurrido en los

últimos días: la huida por los pasillos de sensores, la estancia en el invernadero, la inesperada aparición de Alcano... Desde el apartamento pudo hablar con Rodrigo, que, aunque preocupado por ella, parecía animado y dispuesto a viajar rumbo a Mon en cualquier momento. La luz del apartamento permaneció encendida toda la noche bajo la atenta mirada de dos ojos ocultos en el interior de un vehículo. Boya quería estar seguro de que la declaración de paz propuesta por Alcano no era otra mentira más de su amplio repertorio.

El día siguiente fue una jornada de gestiones y consultas. Lan y ella hablaron con los abogados que colaboraban desde el primer momento, y con varios científicos, amigos de OYP, que también querían echar una mano. Todos recibieron con alegría y sorpresa la noticia de la nueva y decisiva colaboración por parte de Alcano. Ahora había que elaborar las líneas básicas de la campaña previa a cualquier consulta de rango general: un trabajo fundamental y delicado que llevaría muchas horas de trabajo en equipo. Era necesario exponer el motivo de la consulta de modo claro y convincente para lograr sensibilizar a los electores e incitarles a dar a conocer su opinión.

Se trataba de interesar a una dormida población humana y de convencer a unos fríos y calculadores cerebros electrónicos. ¿En cuántos de ellos habría despertado esta nueva mutación de la sensibilidad? ¿Cuántos de ellos estarían dispuestos a asumir los riesgos de su diferencia? Un joven abogado, hijo de un conocido político de la ciudad, hizo un pronóstico después de escuchar atentamente todas las opiniones.

-Actualmente a nadie le interesa un tema que no le afecte de modo directo. Fijaos, si no, en las últimas consultas. De modo que haría falta un ejemplo vivo de lo que intentamos defender. ¿Me explico? Necesitamos ponerles enfrente de sus narices un caso como el tuyo, profesora, sacarles de su hibernación durante unos días, caldear el ambiente, provocar, enternecer, interesar. Si no sales en los programas de máxima audiencia, si no te conviertes en el tema preferido de la conversación de los estudiantes y de todos los científicos de la ciudad, si no se habla de ti en todas partes, lo tendremos muy complicado. Y para eso hace falta moverse, porque no nos queda casi tiempo.

-Para hablar de este tema en los hipercanales haría falta el permiso de la C.C.C. -afirmó un compañero del laboratorio de OYP.

-Ya lo sé, pero podemos ir buscando contactos mientras.

Lan miró a su amiga, que no había dicho nada.

-¿Estarías dispuesta a convertirte en el próximo espectáculo de la ciudad?

Ella no lo pensó ni un momento.

-Estoy dispuesta a cualquier cosa, por supuesto, pero es improbable que la C.C.C. dé su visto bueno a una campaña de esa envergadura. Creo que deberíamos abrirnos a otras posibilidades más humildes y confiar en la suerte.

La noche no tardó en llegar y Ort les esperaba en los Sótanos del Infierno para discutir la decisión más complicada. El local estaba lleno y una densa atmósfera de extraños aromas circulaba entre sus paredes. El ángel-demonio había dejado su puesto a una bailarina envuelta en un plástico multicolor que cantaba y saltaba mientras giraba sobre sí misma en el aire. La música era muy parecida a la que sonaba en otras ocasiones: un martilleo continuo de sonidos electrizantes a todo volumen. La iluminación era, en cambio, oscilante, una nueva modalidad de luz estroboscópica. La sala pasaba de la oscuridad absoluta a la claridad cada medio segundo.

-Me entusiasma este lugar -dijo Boya-. Es como un río de paz que cruza el desierto.

Uno de los camareros les hizo una señal indicándoles el número de la mesa en la que les esperaba el Mesías. Junto a él estaban Soram y Lucrecio.

-Bienvenidos, enamorados de Ícaro. Sentaros por aquí -se ajustó unos pequeños auriculares y habló con el que debía ser el camarero-. Por favor, ¿hielo súbito?, ¿zumo de hino? ¿y?... -miró a Boya después de confirmar las bebidas de las dos chicas.

-Eptalión con una nube de néctar satírico -dijo él.

-Y la especialidad del infierno para mi amigo calvo, gracias -terminó de decir a través de los pequeños auriculares.

Se acercó al borde de la mesa y miró con atención a los recién llegados.

-Bueno, bueno, querido amigo y queridas amigas. Por fin nos vemos para hablar seriamente de Ícaro. No creáis que no tenía ganas.

-Sólo queremos pensar un plan de huida si las cosas salieran mal aquí
-apuntó OYP.

Ort la miró a los ojos.

-Las cosas ya están mal, ricura. Ya no tienes ninguna posibilidad de volverte atrás. Si la población no te brinda su apoyo, no tardarán ni media hora en ir a buscarte. Y más vale que ya estés lejos para entonces, porque te habrías convertido de pleno derecho en una vulgar MED y, como sabes, nadie vuelve a saber nada de las MED, ¿correcto?

-¿Y qué podemos hacer entonces? -preguntó Lan.

-Lo que yo propongo es conocer los resultados de la consulta desde el espacio -siguió diciendo él.

-Me gusta la idea -dijo Boya.

-Si sale bien, perfecto. Te devolvemos a Mon y podrás seguir luchando con la seguridad de que no te tocarán. El respaldo de la población es una buena garantía. Si sale mal, continuamos nuestro viaje todo lo deprisa que podamos antes de que descubran que no estás localizable. Con un poco de suerte entraríamos en SS-354 antes de que nos pudieran atrapar. Otro sistema solar, otro respiro.

-¿Y después?

-Conozco de memoria el camino, preciosa. Nuestro siguiente destino sería la desconocida Galaxia de la Muerte. Nadie nos perseguirá más allá del inicio de su campo magnético.

Durante unos instantes sus pensamientos viajaron más rápidos que la luz hacia sus lejanas estrellas. Después OYP se levantó y dijo.

-Hay algún sitio donde pueda hablar a solas con...

-¿Con tu novio? -preguntó descaradamente Ort.

La palabra sonó bien en sus oídos aunque nadie la había empleado hasta entonces.

-Sí -contestó.

-Por supuesto. Pídele a un camarero que te abra el ataúd. Allí no te molestará nadie.

-Gracias.

Mientras ella se alejaba, Lan preguntó.

-¿Quiénes iríamos en la nave?

-Todos los que quieran -respondió él-. Es una nave de carga bastante amplia, ¿verdad, Luc?

Su hermano astral hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-La hemos usado para fines humanitarios estos últimos años.

-¿Humanitarios? -se sorprendió ella.

-Instrumentos químicos de última tecnología para unidades de población de lento desarrollo.

Boya no pudo reprimir la risa.

-Eso te honra, caballero andante -dijo-. Siempre me han gustado los hombres comprometidos con buenas causas. Seguro que la C.C.C. premiará algún día tus méritos. ¿Tienes ya un nuevo cargamento?

-El mejor de los últimos años. Tendrías que verlo.

Lan les miraba con un evidente gesto de extrañeza.

-Si no le explicáis algo a la chica, va a pensar que sois unos descorteses -dijo Soram.

-Perdona, preciosidad. Es que tu amigo Boya se ríe de cualquier cosa. El cargamento del que hablamos es material de colonización. Ya sabes, transformadores, cargas de energía, alimento, material de comunicaciones... Suficiente para montar una pequeña unidad de población en cualquier rincón del universo.

-Y por lo que parece, robado a la C.C.C., ¿no? -preguntó ella.

Él terminó de beber de la copa que un camarero acababa de rellenar.

-Por supuesto que no se trata de material robado. ¿Acaso tengo cara de ladrón? -bromeó mientras dejaba la copa encima de la mesa.

Ella le miró despacio haciendo ver que estudiaba los rasgos de su cara.

-No lo podría decir con seguridad. Tampoco conozco muchos.

Tercera Parte:

MIENTRAS QUEDE EN EL MUNDO UN NIÑO INFELIZ...

Rodrigo miraba preocupado la pantalla. Allí estaba de nuevo la notificación oficial, la prohibición de continuar con sus clases en la universidad hasta nueva orden. Las razones que se aducían eran vagas e inconsistentes.

-¡Es indignante! Un completo abuso de poder -exclamó su ayudante.

-Ya ves... -se incorporó y comenzó a pasear por el despacho-. De todas formas han tardado mucho tiempo en darse cuenta. Y tampoco me vendrían mal unas vacaciones ahora.

-¿No vas a quejarte?

Rodrigo se acercó a la mesa y apoyó en ella las dos manos.

-No, querido Anselmo. Voy a pedir un permiso especial. Creo que voy a salir de viaje pronto...

-¿Lejos?

-Digamos que un poco más allá del río.

* * * * *

La referencia común del tiempo en el Cuadrante 7 del universo -al que también pertenecían Tierra y Mon, venía marcada por las precisas señales de XR-4780: el púlsar más conocido y enigmático de la historia. Los púlsares, estrellas muertas que han explotado como supernovas y que emiten una fuente parpadeante de energía, dirigida y muy estable en su periodo, eran usados como medida del tiempo desde hacía cuatrocientos años. En sus alrededores siempre quedaban restos de la lenta muerte de la estrella madre. Pero XR-4780 era distinto. Emitía desde un punto vacío del cosmos, sin restos de sus fases de supernova y de estrella de neutrones; como si hubiera sido colocado allí de modo estratégico para orientar a los actuales viajeros del espacio. Parecía un faro del tiempo construido por una mano enigmática que conociera bien las rutas galácticas.

A muchos miles de años luz de Lisboa, pero a la misma hora, OYP y su amiga Lan se encontraban dentro del edificio central de la C.C.C..

Un hombre de uniforme gris abrió la puerta metálica y las invitó a pasar.

-Pueden esperar aquí. Enseguida les recibirá.

Se sentaron en los sillones más cercanos a la puerta. Las paredes de la sala eran blancas y parecían recién pintadas.

-¿Qué crees que querrá? -preguntó Lan.

-No lo sé, pero espero que no sean malas noticias.

-Este lugar me pone nerviosa.

Se levantó y se acercó a la ventana.

-Qué contraste, ¿verdad? Fuera está todo tan bonito... El sol, la arena, las nubes y aquí, en cambio, parece que te ahoga la presión -volvió a decir.

-Son los nervios.

-Supongo...

La arena de las dunas brillaba al otro lado de la ventana, enfrente de los ojos verdes de Lan. El desierto que rodeaba al edificio resultaba todavía más silencioso desde aquella habitación. Al norte, oculta ahora por un grupo de dunas, estaba la ciudad y al oeste crecía un palmeral alrededor de un lago fangoso en el que ambas habían estado varias veces de excursión.

-Me gustaría volver al palmeral.

OYP la miró con cariño.

-Podemos ir después, cuando salgamos de la entrevista.

Su amiga no contestó directamente a la sugerencia.

-Querría que todo esto pasara cuanto antes, que te dejaran en paz, que Alcano se perdiera para siempre. Estoy cansada de enfrentarme contra un muro, es descorazonador...

-Estamos a punto de conseguirlo. Quedan muy pocos días.

En ese momento el hombre que las había guiado abrió de nuevo la puerta.

-Cuando quieran, Alcano las espera en su despacho.

Mientras recorrían el largo pasillo, la imagen del palmeral cobró fuerza en la cabeza de las dos chicas. Para ambas era un lugar mágico, un remanso de paz en el que habían hablado de muchas cosas y en el que se había afianzado su

amistad. Quizás fuese el lugar que más añorarían si tuvieran que abandonar Mon.

Una voz conocida las devolvió a la realidad.

-Sentaros por aquí, enseguida estoy con vosotras.

Entraron en el despacho mientras Alcano despedía a alguien bajo el dintel blanco de la entrada. Tardó sólo unos segundos.

-¿Queréis tomar algo?

-No, muchas gracias -dijeron a la vez.

-Os he llamado para deciros que la C.C.C. ha decidido adelantar la fecha de la Consulta un par de días, exactamente para el próximo día veinte. No creo que suponga un desajuste excesivamente serio en vuestra programación, ¿no?

-No pasa nada -contestó OYP.

-Bien, y además he conseguido que se apruebe un debate el día antes, en un programa especial que se emitirá en varios hipercanales de la constelación. Serán unos minutos intensos: un representante de vuestra propuesta contra otro que defenderá la validez de las leyes actuales. ¿Qué os parece?

OYP miró a su amiga antes de contestar.

-Me parece bien, Alcano. Creo que es justo que sea así, aunque...

-Aunque, ¿qué?

-No me gustan los debates en televisión, no suelen ser claros y además son excesivamente cortos.

-En eso estoy de acuerdo contigo, pero es el único modo que he encontrado de dar una oportunidad a vuestra teoría. No puedo hacer nada más -dijo en un tono muy amable.

Las dos chicas le miraban atentamente.

-Te lo agradezco.

-¿Quién será vuestro representante en el debate?

OYP iba a responder que quizás fuese ella misma, pero no le dio tiempo porque uno de los indicadores del comunicador del despacho se encendió: una luz verde que parpadeó unos instantes. Alguien habló con Alcano a través de un pequeño auricular.

-Enseguida estoy con él -dijo. Después miró a las dos chicas y sonrió-. Tengo una reunión ineludible dentro de un par de minutos. Siento no poder atenderos más despacio, aunque ya os he comunicado lo más importante.

-No te preocupes.

Se levantaron los tres y él las acompañó hasta los ascensores situados al final del pasillo. Antes de separarse, miró a su antigua colaboradora y dijo:

-Espero que tengas suerte.

Salieron de la inmensa pirámide y se dirigieron al palmeral. Hacía tiempo que no paseaban entre los altos árboles rebosantes de dátiles al borde del pequeño lago. El lugar estaba desierto y la luz de los dos soles se colaba con fuerza entre las grandes hojas de las palmeras.

-¿Te acuerdas cuando veníamos antes a contarnos nuestras cosas?

-Claro -dijo OYP.

-Siempre me he encontrado a gusto hablando contigo.

-Te estás poniendo melancólica.

-No lo puedo evitar.

Avanzaron hacia un grupo de dunas.

-¿Crees que al final tendremos que irnos de aquí? -preguntó Lan.

-Espero que no -respondió, pero su cabeza se fue inmediatamente al lado de Rodrigo y pensó que no tendría muchas posibilidades de quedarse aquí si fracasaba la consulta.

Anduvieron hasta el corazón del palmeral, se sentaron a los pies de una duna y permanecieron en silencio escuchando al viento batir las recortadas hojas.

-Cuando yo era pequeña mi madre me decía que el viento era la respiración del planeta. Cuando soplaba con fuerza lo hacía para ayudar a repartir las semillas de las plantas y los árboles, y cuando era suave, como la brisa de las noches, lo hacía para repartir los buenos deseos entre las máquinas y los humanos -empezó a contar Lan-. Ahora el viento suena de una manera muy extraña.

OYP no dijo nada y Lan continuó recordando.

-También me contaba que el viento llevaba las palabras de un sitio a otro continuamente, para que todos nos entendiéramos mejor, y que... si

escuchabas atentamente podías oír lo que decían personas que vivían muy lejos, a millones de años luz.

No dijo nada más durante unos minutos y ambas observaron cómo el viento movía lentamente los granos de arena, subiéndolos por la pendiente más suave de la duna en la que se apoyaban y dejándolos caer al otro lado, haciendo avanzar poco a poco aquel campo de colinas de arena. Después miró a su amiga, que parecía concentrada, y le preguntó:

-¿Qué piensas?

-Pienso que es muy bonito que tu madre te contara eso.

Permanecieron gran parte de la mañana en el palmeral, descansando por primera vez después de varias jornadas muy intensas. Las dos habían procurado compaginar sus respectivos trabajos con la incesante actividad que exigía la preparación de una Consulta y, ahora, en medio del único oasis del desierto del norte, recordaron muchos momentos especiales que habían vivido juntas; OYP describió de nuevo los rincones más bellos del parque de Lisboa y de los Jardines Colgantes de Enea, mientras Lan la escuchaba atentamente. La tierra estaba ahí, como siempre, igual que el viento y las nubes. Nada había cambiado. Eran ellas las que se encontraban en otra situación, obligadas por las circunstancias, y podría ser perfectamente la última vez que acudiesen a charlar bajo aquellos árboles llenos de frutos anaranjados.

-No me dan miedo las dificultades, nunca me han podido. Lo que pasa es que no te quiero ver sufrir. Eso es lo que pasa. Querría hacer más...

-¿Quieres hacer algo por mí ahora?

-Claro.

-Cuéntame más cosas de tu infancia, por favor. Me resulta fascinante imaginarte más pequeña, con menos años, pero siendo tú misma. Me gusta que recuerdes esas cosas.

Lan cogió un puñado de arena y la dejó deslizar lentamente entre sus dedos como una lluvia amarilla dorada.

-Cuando era muy pequeña y estaba sola en casa solía jugar a una cosa que yo misma había inventado -comenzó diciendo-. Verás, jugaba a golpear una pequeña pelota rápidamente a los dos lados de una mesa. Le daba flojo y alto para que me diese tiempo a rodear la mesa corriendo y volver a golpearla antes de que cayera al suelo por el otro lado. Daba vueltas y vueltas hasta que

me agotaba. Nadie me lo había enseñado antes y, seguramente otras niñas lo habrán inventado también en sus casas, pero el hecho era que disfrutaba mucho haciendo eso. También me gustaba jugar con un gato que teníamos y fabricar edificios con piedras pequeñas. Todo lo que veía lo quería reconstruir en miniatura.

-¿Sabes que hace cientos de años, esos juegos hubiesen sido más característicos de un niño que de una niña?

-No, no lo sabía.

-Los niños tenían más habilidad para los juegos espaciales, para construir o seguir una ruta y para las pruebas físicas. En cambio las niñas parecían más hábiles en el uso del lenguaje y más rápidas para identificar objetos emparejados o para recordar detalles de algún dibujo o mapa. Eso es lo que se decía hace casi mil años, cuando se empezaba a estudiar sistemáticamente el cerebro humano.

-¿Y era verdad?

-Sí. Vuestras hormonas sexuales condicionan la organización del cerebro desde las primeras etapas del desarrollo, así que el ambiente actuaba ya sobre cerebros que presentaban una ordenación distinta según se tratase de una niña o de un niño. Ahora se ha regulado todo eso para solventar las carencias de cada sexo.

-O sea que somos más iguales.

-Sí, aunque vuestra infancia sigue siendo una etapa muy creativa... y muy hermosa también.

El aire seco del desierto se había enfriado ligeramente y las nubes empezaban a poblar el cielo.

-¿Cuándo vendrá Rodrigo? -preguntó Lan.

-Creo que estará aquí dentro de dos días, justo a tiempo para el debate. Cuando me llamó, todavía no le habían concedido el permiso, pero esperaba obtenerlo pronto -hizo una pausa-. Tengo muchas ganas de verle.

-Me imagino lo importante que debe de ser para ti. ¿Se va a quedar en tu apartamento?

OYP movió afirmativamente la cabeza, en un gesto que había aprendido de su amiga. Lan no añadió nada porque sabía que también eso estaba prohibido por la ley. Un humano y una máquina no podían compartir

apartamento salvo en contadas excepciones. Y ésta no era precisamente una de ellas. De todas formas, sólo sería peligroso si alguien se enterase de aquello antes de la Consulta y pudiese utilizarlo en su contra, pero resultaba bastante improbable. Lo que ocurriera después no estaba escrito, y si lo estaba, ella no lo conocía. Miró a su amiga que seguía sumida en una aparente lejanía mental, algo que se parecía mucho al silencio de la nostalgia y supuso que tendría los pensamientos en otro lugar muy distante.

-Ya verás como todo sale bien -dijo, apretando con cariño su mano.

El viento se hizo más intenso y la luz se tornó gris y opaca. Las nubes se reunieron amenazantes encima de sus cabezas y OYP consultó su termómetro.

-Será mejor que volvamos, esto tiene mala pinta.

-¿Va a llover?

-Eso parece.

-¿Te apetece que vayamos a casa y prepare algo de café caliente?

OYP la miró complacida.

-Me parece una buena idea.

Caminaron hasta la nave y regresaron cuando las primeras gotas tibias del final de la mañana comenzaban a caer sobre la ciudad.

La nave terrestre Isla de Java tomó tierra a las 11:74:92. Casi todos sus pasajeros eran habitantes de Mon que regresaban de su segundo periodo de vacaciones anuales. Sólo uno de ellos, el más joven, no conocía la ciudad. Llevaba una vieja bolsa de viajes en una mano y un ramo de rosas en la otra. Salió del segundo módulo de la estación de llegadas extra-sistema y cogió un taxi.

-Buenas tardes, ¿dónde le llevo?

-Hola, voy a... -dejó la bolsa sobre sus rodillas y puso encima el ramo de flores. Después sacó un papel doblado del bolsillo de su camisa-, voy al 657 de la L mayúscula.

-¿No prefiere poner la bolsa en el porta-lateral?

-No, de verdad, estoy muy cómodo.

El taxista le miró con un gesto de complicidad.

-Es usted de la Tierra, ¿verdad?

-Sí, de Lisboa -dijo incorporándose y saludando con la mano libre-. Me llamo Rodrigo. ¿Cómo lo ha adivinado?

-Por el acento -el taxi arrancó silenciosamente.

-Muy agudo. Y usted, déjeme adivinar, es una máquina del 65, más o menos, con optimización de reflejos clase 24 y, obviamente, con el potenciador auditivo incorporado. ¿Me equivoco?

-No, no se equivoca, ¿cómo lo ha sabido?

-Porque he visto sus componentes desperdigados en los hangares de mi padre varias veces. ¿Le suena Siza & Siza?

-Cómo no.

-Mi padre es Rodrigo Siza.

-¿El famoso diseñador de taxistas?

-El mismo.

-Pues encantado de llevarle en mi taxi, Sr. Siza. Es un verdadero honor.

El vehículo se detuvo diez minutos más tarde enfrente de un grupo de apartamentos.

-Aquí es. Espero que disfrute de su estancia en Bellwold, Sr. Siza.

-También lo espero yo. Gracias.

Se bajó y echó un vistazo a los alrededores. Todo parecía tremendamente ordenado y limpio, y el viento no llevaba enredado ningún aroma a salitre ni a algas. El taxi se alejó lentamente mientras él se acostumbraba al lugar, que no se parecía nada a su Lisboa natal, tan llena de matices. Después cruzó la calle y se acercó al 657. Una voz conocida le saludó discretamente desde la terraza. Él levantó las flores y dijo.

-Vengo a entregar esto.

Una vez en el apartamento, lejos del alcance de miradas extrañas, OYP se dejó abrazar por primera vez en su vida.

Permanecieron así mucho tiempo, ajenos a las leyes del Sistema, mientras las rosas se mantenían fijas en la mano de Rodrigo, detrás de la espalda de ella. El cerebro electrónico de OYP no era capaz de decir nada, parecía bloqueado, como si hubiese dado paso a otro cerebro de sensaciones más intensas que llenaban su cuerpo de dulces ráfagas de energía. Después él le apartó algunos cabellos de los ojos para mirarla y habló en una voz que también salió con dificultad.

-Tenemos que poner las rosas en agua. Aquí el aire es mucho más seco que en Lisboa.

Ella tardó mucho más de lo normal en contestar.

-Sí, claro. Voy a buscar algún recipiente.

Él se quedó solo en la sala central del apartamento, frente a la ventana-terraza, escuchando el leve rumor de los pasos de ella alejándose. Se acercó a la estantería repleta de archivos informáticos y algunas reproducciones de libros originales. Era una colección muy completa: pensamiento, historia, matemáticas, literatura, filosofía, biología, medicina, arquitectura, religión... Investigó someramente en el apartado de literatura: poesía inglesa del siglo XIX, clásicos griegos, la revolución del relato corto interactivo del siglo XXIV, la poesía de la nueva era, el siglo de oro español, literatura americana de comienzos del siglo XX... Buscó algo de su ciudad y encontró enseguida la obra completa de Fernando Pessoa. Miró el índice, eligió Quadras ao gosto

popular y comenzó a leer algunos poemas que aparecían señalados de manera especial.

Cantigas de portugueses / São como barcos no mar / Vão de uma alma para outra / Com riscos de naufragar.

Deixa que um momento pense / Que ainda vives ao meu lado... / Triste de quem por si mesmo / Precisa ser enganado!

Toda a noite ouvi no tanque / A pouca água a pingar / Toda a noite ouvi na alma / Que não me podes amar.

Dias são dias, e noites / São noites e não dormi... / Os dias a não te ver / As noites pensando em ti.

Ella volvió con las rosas en un vaso largo de color violeta.

-Te gusta Pessoa, por lo que veo -dijo él.

Dejó las rosas encima de la mesa blanca en la que solía trabajar y se acercó a Rodrigo.

-Sí, lo he leído con frecuencia estos últimos meses. Suponía que así también te conocería mejor. Algunos de sus poemas dicen mucho del carácter de la gente que vive en tu tierra.

Él la cogió por la cintura.

-¿Y qué dicen?

-Que sois muy humanos.

-¿Y eso qué tal es?

-A mí me gusta.

Se sentaron en los sillones relajantes y ella le contó las últimas novedades que hacían referencia a la Consulta.

-¿Quién será nuestro adversario en el debate?

-Alcano no me lo dijo, aunque sé que no será él.

-¿Estás segura?

-Sí.

-¿Y no habrá gato encerrado?

-¿Qué quieres decir?

-Que si no te huele a trampa todo el montaje...

Ella sonrió.

-Se sienten tan seguros de que van a ganar que no les hace falta idear ninguna trampa.

-¿Y tú cómo te sientes? -preguntó él.

-Yo intento parecer firme, pero no veo una solución satisfactoria. Sé que las máquinas dirán que no mayoritariamente y que la C.C.C. no permitirá grandes cambios. Pero confío en que si ganamos la Consulta con el voto de los humanos se abrirá un cauce jurídico fundamental y puede que hasta nos permitan...

-¿Sí?

-Que hasta nos permitan vivir en paz, sin huir ni esconder nuestros sentimientos. ¿No crees tú lo mismo?

-No lo sé -se pasó la mano por la nuca-, es difícil prever lo que pasará. Yo no confío mucho en el juicio de la mayoría. Lo que está claro es que la lucha siempre tiene sus frutos, será hoy o pasado mañana, pero será. De eso sí que estoy seguro. Todo lo que sucede tiene un efecto en alguna parte. Lo que pasa es que yo quiero que seas feliz ahora y que no tengas que disimular lo que sientes. Por eso creo que hay que estar preparados para lo que pueda surgir. Me parece prudente la idea de ese Mesías de conocer el resultado de la Consulta desde el espacio. Es más seguro y bastante más entretenido, ¿no te parece? Rodeados de estrellas y asteroides deshabitados...

Ella le miraba como hipnotizada.

-Me siento insegura, Rodrigo, sin entender bien qué es lo que pasa por mi cuerpo. Me emociono cuando hablas. ¿El amor es así, tan raro? ¿Tú sientes lo mismo que yo?

-Supongo que sí, aunque no lo sé. Los sentimientos humanos parecen estar ya muy estudiados desde todos los puntos de vista posibles, pero te aseguro que el amor sigue siendo muy raro. Nadie se acaba de acostumbrar a él, ni nadie lo entiende perfectamente. Así que, imagínate el amor que puedas sentir tú, que lo acabas de descubrir desde otra perspectiva completamente nueva. Lo importante es que estés a gusto conmigo, que te sientas mejor si yo estoy contigo, no sé... ¿Te apetece sentarte aquí? -le ofreció sus rodillas.

-Sí, sí me gustaría, aunque no sé por qué. Deben de ser mucho más incómodas que el sofá relajante.

-Pues porque esto funciona así. Es mejor que no le des muchas vueltas.

-Bueno.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo había pasado, pero la luz de los dos soles comenzó a perder intensidad y el aire que entraba por la ventana-terraza se hizo más frío.

-¿Te apetece dar un paseo? -preguntó ella.

-¿No será peligroso?

-No creo.

-Pues entonces me parece muy bien.

-Te voy a llevar al parque más bonito de la ciudad, aunque no tiene nada que ver con los jardines de Lisboa, claro. Es un parque de almendros virtuales al que suelo ir con frecuencia. Casi siempre está desierto, y más a estas horas. ¿De acuerdo?

-Sí.

-Después iremos a visitar a Lan y a Boya que tienen muchas ganas de conocerte en persona.

-Muy bien.

-Pero ponte algo de abrigo, que aquí hace mucho frío cuando atardece. No quiero que te enfríes.

A los pocos minutos dos figuras caminaban despacio hacia la zona norte de la ciudad bajo la débil luz de las bombillas de la luna, que comenzaban a iluminar las amplias avenidas de Bellwold.

El despertador de colores llenó el apartamento de luz.

-Es la hora -dijo él, saliendo lentamente del sueño.

-¿Has dormido bien?

-Se duerme muy bien en tu casa. ¿Qué tal has descansado tú?

-Llevo despierta tres horas.

Él la miró con dulzura.

-¿Estás nerviosa?

-No exactamente, pero supongo que se parece a eso. He estado pensando en lo que voy a decir esta tarde en el debate. No va a resultar sencillo.

Rodrigo se acercó un poco más.

-Estoy seguro de que lo vas a hacer muy bien. Lo importante es que expongas el asunto sin caer en lo personal. No podemos darles facilidades. Suéltales el problema con toda su crudeza, habla de las MED, de cómo funciona la evolución, de las enormes posibilidades que se abren a partir de ahora... Todo lo que hemos hablado estos días, lo que habéis pensado vosotros, Boya, Lan, tus amigos abogados... Tienes muchos datos objetivos, demasiados para que no funcione.

-No es la primera vez que siento miedo.

Él cogió su mano entre las suyas.

-Lo vas a hacer muy bien.

Recogieron el material necesario para una posible huida y una hora más tarde llegaron al apartamento de Lan. Boya lo había hecho tan sólo unos minutos antes.

-Bueno, trío de ases, hemos llegado al día del juicio final por la tarde, por fin, después de tantos siglos y tenemos que celebrarlo -sacó una botella de vino de una pequeña mochila de plástico amarillo y la abrió-. Vamos a brindar por el fin de la decadencia romana, por la resurrección de la libertad infinitesimal, por el vuelo de las golondrinas, por la energía de los quasar y

por todos nosotros, los cuatro jinetes del apocalipsis. ¡Viva Baco! ¿Dónde tienes los vasos, queridísima oropéndola?

-Ahí encima, delante del controlador de temperatura -dijo Lan.

Boya sacó cuatro vasos altos de metacrilato azul y los llenó de vino. Después alzó el suyo y dijo:

-Salud, hermanos. El amor nos hace invencibles porque en nuestro corazón reside nuestra verdadera fuerza -bebió con ganas-. ¿Sabéis lo que hacían los sacerdotes aztecas? Arrancaban el corazón, todavía latiendo, del pecho de los adolescentes para ofrecerlo a sus dioses. Pensaban que era el único alimento digno de ellos -volvió a beber-. A ti también te quieren arrancar el corazón, rubia de oro, paloma de plata, milagro de azules cristalinos; te lo quieren arrancar porque tienen miedo los muy capullos.

-No te pongas tan trágico -respondió ella.

-Cuando bebo vino me pongo así, cariño. No puedo evitarlo.

-¿Y mañana? -preguntó Lan.

-Mañana depende en gran parte de hoy -dijo Rodrigo.

-Lo haré lo mejor que pueda, pero no espero nada de un debate. No da tiempo a nada y son demasiado frívolos.

-El debate será una simple cortina de humo, panda de adolescentes, infectada de anuncios e interrupciones de todo tipo. No creo que puedas hablar más de ocho o nueve minutos en total, pero no te preocupes, princesa. Lo más importante es que mañana comienza nuestra particular peregrinación. Saldremos una hora antes de que empiece la Consulta. Ort nos espera a las 13:56:00 en la base espacial de comercio. Eso sí que va a ser de órdago terapéutico. Un viaje hacia los confines de la libertad, hacia los campos tornasolados de Ícaro.

-¿Están todos avisados? -preguntó OYP.

-Todos -confirmó él.

-¿Cuántos somos al final? -preguntó Lan.

-Doce almas, querida. Doce locos fugitivos tras la imprecisa estela de Ícaro.

Estuvieron hablando de Ícaro durante mucho tiempo, mientras hacían recuento del material necesario para un largo viaje. Se encontraban a las puertas de la aventura más decisiva de su vida y todos se mostraban

nerviosos, aunque cada uno a su manera. Los cuatro eran conscientes de que estaban a punto de tomar el camino de los prófugos, de los seres marginales, y la impresión que producía la proximidad del viaje era de profundo vértigo. Todo dependía de la opinión de la mayoría, de la decisión de una ciudad que no había dado excesivas muestras de interés ante el problema que ellos planteaban.

Después de almorzar, Rodrigo acompañó a OYP hasta las inmediaciones de los estudios del hipercanal 333. Las avenidas estaban prácticamente vacías a esa hora y se escuchaba con nitidez el sonido de los propios pasos sobre los laterales almohadillados de la calle. Cuando ella entró, él paseó unos minutos por sus alrededores y luego se sumó al público que no llenaba la sala. Buscó un lugar cercano a ella, desde el que podría infundirle ánimos. El debate estaba comenzando.

La joven profesora, sentada frente a dos cámaras de televisión sensorial, estaba aparentemente tranquila. Después de algunos anuncios y una breve biografía de los dos participantes, cada uno expuso en tres minutos y medio la síntesis de su discurso. Después, el programa se dedicó a recordar los títulos de los debates de los próximos días. El hombre que tenía enfrente era uno de los políticos consejeros más valorados en las encuestas. Por iniciativa suya se había aprobado la instalación de quince canales nuevos de televisión extra-sistema y la ampliación del número de días libres remunerados por enfermedad de dos o más mascotas. Tenía fama de ser una persona elegante y moderada, dos de las virtudes con mayor prestigio en la ciudad. Se había mostrado muy atento a sus palabras y ahora, mientras dejaba el vaso de agua sobre una pequeña mesita, empezaba su turno de réplica.

-Estimada profesora, estimados espectadores que están siguiendo este debate con especial atención: aquí se están recordando, se van a recordar enseguida, las razones precisas por las que nuestra sociedad decidió legislar en su momento las relaciones afectivas entre las dos especies racionales del universo. No se trata, por tanto, de un replanteamiento de la situación, sino de refrescar la memoria, como diríamos vulgarmente.

Hablaba muy despacio, dedicando tiempo a cada palabra.

-En ese sentido, profesora -continuó-, valoro su anterior discurso, porque es verdad que debemos repensar periódicamente los pilares conceptuales de nuestro modelo de progreso, por muchas razones. Una de ellas es que resulta necesario no caer en la inercia de lo que funciona, aunque funcione muy bien. ¿No es cierto? De este modo sabremos siempre que nuestras leyes no son únicamente producto del pasado, sino fruto de la experiencia renovada día a día.

- “Veinte segundos para el próximo corte”, se escuchó a través de los minúsculos auriculares que ambos llevaban colocados.

-Todos sabemos que la diferencia fundamental entre humanos y no humanos radica en la distinta manera de enfocar la sensibilidad. Nosotros, los seres humanos, somos sensibles por naturaleza y esa sensibilidad unas veces resulta positiva y otras, en cambio, no -sonrió a las cámaras antes de apostillar-, pero así nos ha hecho la selección natural y no está en nuestra mano cambiar radicalmente las cosas.

- “Segundo grupo de anuncios y noticias trágicas, pueden tomarse un respiro de un minuto, señores” -volvió a decir alguien a través de los auriculares.

OYP echó un vistazo al índice de audiencia: 11%. Era el índice más alto de las últimas quince semanas, aunque ella esperaba más. Intentó concentrarse en lo que quería decir después, pero se sentía cansada. El debate no estaba resultando positivo porque el hombre que tenía enfrente no quería entrar en la problemática que ella planteaba. Él venía con frases hechas, pensadas para durar el tiempo exacto entre los espacios de publicidad, y ella tenía tantas cosas que decir...

- “Preparados para comenzar el tercer tiempo, continuaba usted con su exposición, Sr. Consejero, cuando quiera.”

-Por el contrario, ustedes, los cerebros electrónicos, son sensibles a la objetividad, a la ponderación, a la justicia. Y eso no es más ni menos, no es mejor ni peor, sino necesario, absolutamente necesario para la buena marcha de nuestra sociedad -miró fijamente a una de las cámaras e hizo una larga pausa-. Nunca hemos estado todos más seguros ni más confortables que ahora, cuando la conjunción de estas dos maneras de enfocar la sensibilidad

conviven pacífica y armoniosamente –su mirada seguía fija en la cámara y preguntó–. ¿O alguien piensa que no es así?

– “Posibilidad de réplica, profesora”, anunció su pequeño auricular.

–¿Está usted seguro de que todos piensan como usted? –empezó diciendo ella–. ¿Cree usted que también piensan así las máquinas MED? ¿Cree usted que también piensan igual todos los humanos que acuden a la eutanasia los días finales de cada mes, aburridos, decepcionados, tal vez? ¿Cree usted que las máquinas deben ser realmente insensibles por ley, obligatoriamente? ¿Cree usted que no conozco cerebros electrónicos que se emocionan leyendo una buena novela o que desearían poder llorar ante la muerte de un amigo? ¿Cree usted que se puede acallar un fenómeno que está creciendo como la hierba por toda la constelación y quién sabe si también fuera de nuestras fronteras?

– “Tiempo excedido, profesora. Su turno, Sr. Consejero”.

–La especie humana no puede vivir más que haciendo juicios, estimada profesora. Sentenciamos que esto es feo o bello, verdadero o falso, bueno o malo... La vida consiste en elegir unas opciones en oposición a otras. La ética es una dimensión absolutamente irrenunciable de la vida humana. Y en virtud de la ética se decidió confiar nuestras decisiones más importantes a la imparcialidad de sus cerebros electrónicos. Por el bien común, profesora, que es algo que está por encima de los bienes particulares de cualquiera, del suyo y del mío. Es cuestión de ética.

– “Posibilidad de réplica en una frase, profesora”.

–No todo lo científicamente posible es éticamente correcto –dijo ella intentando condensar sus pensamientos.

– “Una frase, Sr. Consejero”.

–Ni todas las éticas tienen el mismo valor.

– “Stop. Tercer bloque de anuncios y noticias de interés local. Tres minutos de descanso. Pueden tomar cafeína o cualquiera de los zumos disponibles en su panel. Lo están haciendo realmente bien.”

Ella se levantó y bebió algo de cafeína. Se había dado cuenta de que sus palabras no estaban sirviendo de nada. Era la sociedad la que no estaba dispuesta a cambiar la situación, y el hombre contra el que se enfrentaba era su máximo exponente. Los humanos se habían acostumbrado a necesitar de

la insensibilidad electrónica para sentirse más seguros. Sólo podía intentar atacar por un flanco. Miró su reloj: quedaban seis minutos de debate, aunque quitando los tiempos de descanso y publicidad serían aún menos. Tenía que intentar herir el amor propio de ese hombre, obligarle a mostrar su corazón humano de alguna manera...

- “Diez segundos, señores. Comienza la parte final del debate. El índice de audiencia se ha situado en un espectacular 15%. Les felicito. Es su turno, profesora.”

-Se siente usted dependiente de nosotras, ¿no es así? Usted cree que su cerebro no es capaz de decidir con justicia y que, en cambio, el nuestro sí, ¿verdad? Pues se equivoca completamente, señor Consejero. Su cerebro es una computadora muy notable, capaz de interpretar información imprecisa suministrada por los sentidos a un ritmo increíblemente veloz. Su cerebro logra discernir un susurro en una sala ruidosa, un rostro en un lugar mal iluminado y leer entre líneas en una declaración política. Y lo más impresionante de todo: su cerebro aprende sin instrucciones explícitas de ninguna clase a crear representaciones internas que hacen posibles tales habilidades. Ustedes aprenden por sí mismos y son perfectamente capaces de asumir también la evolución de nuestros sentimientos. Ustedes pueden asumir muchas más responsabilidades de las que quieren asumir, no pueden tener miedo al futuro, ustedes son en el fondo nuestros creadores, ustedes...

- “Tiempo, profesora. Su turno, Sr. Consejero.”

Esta vez el hombre tardó unos segundos en contestar.

-Sabe usted tan bien como yo que la hibernación se utilizó durante muy poco tiempo, a causa del aumento espectacular de la esperanza de vida que tuvo un salto hace 400 años, ¿no es cierto? Ahora, nosotros, los humanos, buscamos incluso morirnos antes. Está legalizada cualquier forma de eutanasia, hay días estipulados para ello como bien sabe... Dígame ¿Les merece a ustedes la pena llegar a este punto? ¿No es objetivamente mejor que las máquinas sigan siendo máquinas sin sentimientos, guías firmes para el corazón vacilante de los humanos?

Aquello era inaceptable, era un mensaje subliminal. Aquel hombre estaba completamente vendido a sus superiores electrónicos, no merecía el

calificativo de humano. OYP quiso decirle algo antes de que terminase definitivamente su tiempo.

- “Treinta últimos segundos, profesora.”

Buscó entre todos sus argumentos el que más se adaptara a esos segundos de margen.

-Hasta hace relativamente poco tiempo, sólo existían cuatro vías evolutivas básicas para lograr la supervivencia: Ser mucho más rápido, como los animales más veloces; ser mucho más grandes, como los elefantes; ser mucho más pequeños, como los ratones; o ser mucho más listo, como los humanos. Esa cuarta vía ha demostrado ser la más rentable, por el momento. La inteligencia tiene indudables ventajas selectivas que permiten sobrevivir a aquellos que la poseen en mayor grado, porque la pueden transmitir a sus hijos y así sucesivamente. Pero si la abandonan, ¿qué pasará? ¿Quiere terminar siendo una especie protegida, señor consejero? ¿Quiere que la quinta vía evolutiva, la electrónica, se demuestre definitivamente más ventajosa? ¿Quiere firmar su propia sentencia de muerte dentro de unos cientos de años?

- “El debate ha terminado, señores. Gracias por...”

El Consejero intervino de repente.

-Es la primera vez que hay dos especies inteligentes viviendo en el mismo espacio físico. Usted no puede saber lo que va a ocurrir, profesora.

-Y usted no tiene ni idea de lo que dice. Hace 30.000 años vivían tres especies distintas de su género en el planeta Tierra. El género homo, ¿lo conoce? Las tres a la vez, ¿y sabe qué ocurrió? ¿Lo sabe?

Él la miró asombrado.

-Que sólo sobrevivió una.

- “Profesora, el debate ha terminado...”

-¿Merece la pena ser humano a pesar de todo? -preguntó ella incorporándose y mirándole desafiante.

- “Profesora, por favor.”

-¿Merece la pena? Contésteme a la pregunta. ¿Le merece a usted la pena ser lo que es?

- “Se ha terminado el tiempo, lo sentimos. Ya están desconectados, señores. Anuncios finales, música ambiente, despedida número 35. Gracias

por su intervención. El índice de audiencia ha ido subiendo durante todo el programa hasta llegar al 16%, de modo que recibirán un práctico regalo a la salida. Felicidades y buenas noches.”

“Cobarde”, pensó ella.

El Consejero salió sin despedirse y ella se sintió terriblemente débil, tanto que Rodrigo tuvo que hacer un esfuerzo para convencerla de que era mejor salir de allí cuanto antes.

Las estrellas brillaban como caminos de luz en la distancia.

-No tenemos nada que hacer... Los seres humanos han perdido su coraje, se han vuelto dependientes de nuestra especie.

-Tranquila, no pienses más en ello. Siempre ha habido tipos como ése, créeme. Pero no todos somos así, y tú ya lo sabes. El debate era una pantomima como decía Boya, necesario para tranquilizar la conciencia de Alcano o de toda la C.C.C., quién sabe. Mañana es el día importante.

-No puedo dormir pensando en eso.

-Pues no dormiremos, no creo que nos pase nada por no dormir. Tenemos cuatro horas antes de salir hacia la nave. ¿Qué quieres hacer?

-No lo sé... En otras ocasiones he dado un paseo de conciencia para recuperar el sueño, pero esta noche no quiero hablar con ninguno de ellos, ni siquiera con una centralita que me pregunte el motivo del paseo. Me quiero ir, Rodrigo. Ahora más que nunca quiero irme lejos de aquí.

Él dejó que se desahogara.

-Mi cerebro sufre porque no tiene experiencia de estas sensaciones. Tú sabes perfectamente lo que siento, lo que pasa por mi cabeza en estos momentos, ¿verdad? ¿Me durará mucho?

-No lo sé. El sufrimiento es distinto en cada persona. Tú estás sintiendo rabia, impotencia, dolor, pena, soledad... Algo de eso o todo al mismo tiempo, no puedo saberlo. Te ves viviendo una vida que no es la tuya, obligada por las circunstancias, y te rebelas. En el fondo es eso... y me alegro. Me alegra que no seas conformista, que luches por cambiar las cosas, por defender tus ideas. Pero ahora ya sabes lo que eso conlleva.

-En la historia humana ocurre con frecuencia, lo he estudiado.

Rodrigo sonrió sin tristeza.

-Con demasiada frecuencia -dijo.

Las horas de la madrugada transcurrieron lentas dentro de la habitación, hasta que una llamada imprevista les puso en alerta.

-¿Quién será a estas horas?

Ella se levantó, miró el nombre que parpadeaba en silencio y después a Rodrigo.

-Es del Área de Preparación de la Consulta. Supongo que debo aceptar la llamada, de lo contrario podrían desconfiar.

-Graba la conversación -sugirió él.

-De acuerdo.

Cambió de canal, conectó el grabador y aceptó la llamada.

-Hola.

-¿Profesora OYP 68?

-Sí, soy yo.

-Sentimos molestarla a estas horas, pero acabamos de recibir una notificación urgente para usted. Vamos a ver... Son una serie de recomendaciones habituales antes de la Consulta de mañana... Es decir, de dentro de apenas cinco horas -la voz que hablaba era de una chica, quizás ajena a toda la situación. Parecía nueva-. La primera es que debe presentarse una hora antes en las oficinas de estadística del Área 3, ¿de acuerdo? Por supuesto, un vehículo oficial irá a recogerla a su apartamento, no se preocupe. La segunda es que asistirá en directo al análisis posterior de los resultados para que tenga la posibilidad de comentarlos; y la tercera... un momento, por favor, la tercera es... aquí está ya en la pantalla, es que varios agentes del grupo de análisis de la Comunidad Científica Central están ya a su total disposición en su misma calle, enfrente del 657 de la L mayúscula. Gracias y perdón por las molestias de nuevo, profesora. ¿Quiere que le repita alguna de las recomendaciones?

-No es necesario.

-De acuerdo. Adiós, buenas noches.

El silencio se apoderó de los dos durante unos instantes. Después ella se acercó a la ventana-terraza y echó una mirada a la calle.

-Están ahí -susurró.

-Maldita sea -dijo él. ¿Cuánto tiempo llevarán vigilando?

-No lo sé, pero esto complica mucho las cosas. Voy a llamar a Boya.

Marcó su clave y él aceptó la llamada casi de inmediato.

-¿No puedes dormir, turquesa de brillos aterciopelados?

-¿Estabas despierto?

-Tenía malos presagios. ¿Qué ocurre?

-Hay una patrulla de Análisis enfrente del apartamento y acabo de recibir esta llamada, escucha -dejó que su amigo escuchara la conversación anterior.

-Bueno, bueno, demonios de la madrugada. El postre no tiene buena pinta, desde luego. Te llamaré dentro de unos minutos, voy a bucear en la noche, no hagas ninguna llamada más. Bye.

La habitación quedó de nuevo en silencio.

A la luz de las bombillas de la luna las dos figuras permanecieron inmóviles dentro del apartamento, como seres inanimados.

-Tendremos que abortar el plan -dijo él.

-Quizás Boya tenga alguna idea, le he visto salir de situaciones muy difíciles. Es como si su cerebro funcionara de otro modo ante los imprevistos.

-Te tendrán vigilada hasta la celebración de la Consulta y después...

-Después podría ser peor todavía. Lo dejaron muy claro en mi anterior visita al centro de recuperación de las MED: la próxima vez sería la definitiva.

-Te aseguro que no dejaremos que entres allí por nada del mundo.

-No depende de ti, depende de Alcano... -se quedó callada, meditando algo.

-¿Qué piensas?

-En una posible salida de emergencia.

-¿Se puede conocer?

-Es sólo una posibilidad remota. Si sucediera algo, lo que sea, necesitaría que vigilases mi apartamento continuamente. Quizás podamos usar el factor sorpresa. ¿Lo harás?

-Claro.

-Rodrigo... ¿no has perdido nunca la confianza en las personas?

-No lo sé, así en general no. Si no existiera la confianza no valdría la pena vivir... -se quedó pensativo unos instantes-. ¿Quieres que te cuente una historia que tiene que ver con esto? Es una historia de mi tierra y a lo mejor te dice algo.

-Me gustaría mucho.

Rodrigo empezó a hablar con una voz suave.

-Hace muchos años todavía se podían ver titiriteros y teatros de guiñol en Lisboa. ¿Sabes lo que eran? -ella dijo que sí casi en un susurro-. Bueno, pues en una de las plazas más populares de Lisboa se solía colocar un hombre que movía una marioneta vestida de traje oscuro que le llegaba a las rodillas. El muñeco interpretaba al piano, movido por los hilos que sujetaba el artista, una música muy bonita que salía de detrás de su maleta oscura. El pianista de trapo, a una orden del amo, parecía cobrar vida, levantaba unas gafas de sol y guiñaba un ojo, haciendo reír al grupo de curiosos que rodeaban el improvisado escenario. Siempre ocurría lo mismo: se formaba un corro de niños, abuelos y padres que seguían atentamente las evoluciones del muñeco que se movía con gracia y miraba hacia todos los lados mientras tocaba el piano. Los niños miraban embobados, como hechizados, con los ojos muy abiertos y ajenos al resto de las cosas que sucedían en la plaza.

Una vez, el pianista de trapo abandonó el piano mientras la música seguía sonando detrás de la maleta oscura, y se puso de pie. Había descubierto entre el corro a un niño que le miraba de una manera muy especial, y quiso saludarle. Se acercó a él ante la sorpresa de todo el mundo y el niño se echó a llorar asustado y desconsolado. El pianista le miró también sorprendido y después, en vez de alejarse y seguir con la función, se fue acercando al niño muy lentamente, con mucha maestría, y aquel chaval lloroso comenzó a quedar hipnotizado de nuevo por la balanceante figura. El corro que les rodeaba también contemplaba ensimismado el espectáculo. Se acercó a un palmo de distancia de su cara, llena de resechos lagrimones, al tiempo que la madre de aquel niño le decía cosas al oído: no debes tener miedo, sólo quiere ser tu amigo.

El chaval, hiposo, tenía una expresión a medio camino entre la sorpresa y el desconsuelo. Aquello que venía hacia él parecía susurrarle: ¿por qué no quieres ser mi amigo? Muchas de las personas mayores que había allí sólo pensaban en el estropicio de cuerdas que se iba a armar si el niño se volvía a asustar y golpeaba al muñeco. Pero el niño no veía cuerdas por ningún lado, ni pensaba en tirones. Con absoluta confianza dejó que aquel pianista se le acercara hasta casi rozarle. Entonces, con enorme suavidad, depositó su mano de tela sobre el hombro del niño que miraba y miraba... y dejaba hacer extasiado. El muñeco de ojos saltones no sólo había logrado

cautivar a un pequeño, sino a todas las mujeres y hombres que lo habían presenciado. Le había devuelto la confianza envuelta en dulzura... -dejó de hablar al tiempo que se desvanecía aquel recuerdo dentro de su cabeza-. Eso fue lo que ocurrió una vez en Lisboa, hace muchos años... ¿Te ha gustado?

-Nunca me habían contado nada tan hermoso.

Cuando media hora más tarde Boya llamó para decir que el plan de huida se aplazaba y que esperarían a los resultados de la Consulta antes de hacer nada, OYP se sentía igual de fuerte que aquel niño, a pesar de que unos metros más abajo, en su misma calle, la amenaza de la C.C.C. la acechaba como un obstinado cazador.

Una hora antes del comienzo de la votación, tres hombres de uniforme gris la trasladaron en un coche oficial hasta la DEC, la Central de Datos, Estadísticas y Conclusiones, un moderno edificio desde donde se controlaría la evolución de la Consulta. Cada apartamento en la ciudad poseía una terminal electrónica conectada con la central de datos, de modo que cada voto se recogía inmediatamente. Sólo era necesaria una clave personal para posibilitar la estadística posterior y evitar fraudes, aunque hacía tiempo que nadie intentaba engañar al Sistema...

-Desde este panel podrá seguir la evolución de la Consulta con todo detalle, profesora. Tiene varias opciones como puede ver: estadísticas por sexos y especie, comparaciones, posibles explicaciones de los resultados, diversos modelos matemáticos, interpolaciones, pronósticos, etc. ¿Quiere que le enseñe las diversas aplicaciones?

-No, no hace falta, creo que sabré manejarlo yo misma.

-Como prefiera.

-Si quiere tomar algo antes de que comencemos a recibir votaciones...

-No, gracias. Prefiero quedarme aquí.

Casi todo el personal de la DEC salió a desayunar y ella se quedó sola dentro de una pequeña cabina. Pensó en Rodrigo, que estaría ahora aguardando en el apartamento el inicio de la consulta a la población; en Lan y en Boya, también preocupados. Imaginó la nave del Mesías a punto de despegar y a Alcano detrás de todo, observando el desenlace de los acontecimientos y volviendo a pronunciar despacio sus últimas palabras, las que había lanzado al aire seco del desierto en aquella entrevista inesperada en el tercer satélite: "Si no obtienes un resultado suficiente, el Sistema se volverá contra ti con toda su fuerza... y yo no podré hacer nada por evitarlo... aunque quisiera".

Había llegado el momento de la verdad, el que preveía semanas atrás, la noche antes de que Alcano le propusiera tomarse unas vacaciones. Y había llegado tal y como había previsto: trascendental y definitivo. De ahora en

adelante ya no habría más ambigüedades: si la mayoría estaba con ella, se habría convertido para la C.C.C. en un elemento peligroso, pero respaldado por la población; si no, no tardarían mucho en aislarla de la sociedad como a cualquier elemento infeccioso y dañino.

Esperó pacientemente que llegase la hora, frente al panel todavía en blanco.

-Estamos a punto, profesora. Empezaremos a recibir votos en unos segundos... Mire, ya tenemos los más madrugadores... Generalmente la mayoría llega durante las dos primeras horas, después apenas recibimos nada. Puede manejar los programas de análisis desde ahora mismo, le aseguro que son muy interesantes.

-Gracias.

En la pantalla aparecía un menú muy completo y su mano tembló al pulsar la tecla de porcentajes actualizados. Se habían recogido 387 votos en los primeros dos minutos, y todos eran afirmativos. El 100% había apoyado la vigencia de las leyes actuales hasta el momento. Eso no quería decir casi nada, porque aunque sólo votase el 30% de la población, el ordenador debería registrar 14.053 conexiones y, además, los más madrugadores eran siempre los de su especie. Los humanos esperaban siempre un poco más antes de pulsar un botón. De cualquier forma era una situación paradójica la suya: tenía la posibilidad de contemplar su propia sentencia mientras iba tomando cuerpo, lentamente, gota a gota, a través de una fría pantalla.

Pidió al procesador que hiciese un balance completo de los primeros 5.000 datos y mientras llegaba ese momento centró toda su concentración en prever los posibles movimientos de la C.C.C. al término de la Consulta. Necesitaría estar preparada para cualquier cosa, incluso para una posible detención. Alcano sabía perfectamente lo que decía cuando la advirtió en el desierto del tercer satélite, y ella también era consciente de la enorme fuerza del Sistema. Pero se sentía bien a pesar de todo: todas sus preocupaciones y dudas, sus rarezas y extravagancias, impropias en un ser de sus características, habían hallado explicación. Ahora sabía qué era aquello que notaba inexplicablemente dentro, creciendo sin descanso; ahora conocía un poco más el universo de sus propios sentimientos y la hipocresía de muchos de los que hasta entonces había considerado como defensores de la verdad y

la justicia. Contempló la terminal de seguimiento de la Consulta, que seguía recibiendo conexiones y elaborando cálculos continuamente, y se vio reflejada en su pantalla plana: llevaba el cabello un poco revuelto y en su cara asomaba una ligera sombra de pena. Se sintió muy lejos del mundo en el que se había formado, lejos de sus semejantes electrónicos, pero más fuerte que ellos y más independiente; y sintió lástima también porque posiblemente nunca la comprenderían...

Durante media hora se perdió por caminos que sólo ella conocía. Después, la pantalla emitió un largo destello en azul y avisó con una melodía musical que ya había concluido la operación encomendada. Echó un vistazo sin miedo, invadida por una extraña seguridad que volaba por encima de las matemáticas. La pantalla mostraba varios datos a la vez:

Cifras totales actualizadas

Nº conexiones: 5.000

Sí: 4.674

No: 326

Porcentajes sobre el total de la población (46.843 habitantes con derecho a voto)

Nº conexiones: 10'6739%

Sí: 9'9780%

No: 0'6959%

Porcentajes y totales en función de la especie

No humanos:

1.- Total de votos: 4265 (21%)

2.- Sí: 4265 (100%)

3.- No: 0 (0%)

Humanos:

1.- Total de votos: 735 (2'7701%)

2.- Sí: 409 (55'6462%)

3.- No: 326 (44'3537%)

Opciones (en 5000 votos emitidos):

1. Porcentajes por edad

2. Porcentajes por profesión

3. Porcentajes por sexo
4. Predicciones (fiabilidad baja)
5. Posibles explicaciones
6. Otras opciones

No quiso saber nada más. Aunque todavía no era definitivo –porque los humanos estaban comenzando a emitir sus juicios y podían desequilibrar la balanza–, parecía claro que la mayoría defendía la actual situación. Y las razones aparecían claras en su cabeza, sin que hiciese falta apretar ninguna tecla para conocerlas. En ese instante supo que todo estaba perdido, que no contaba definitivamente con el apoyo de los de su especie, ni con el de muchos humanos. Pensó en aquel pianista de trapo que había inventado la confianza cuando todo estaba perdido y sonrió. Sintió tan fuertes sus propias convicciones personales que se olvidó durante unos instantes de los datos estadísticos, que la condenaban mayoritariamente, y pensó en la nueva vida que la esperaba lejos, más allá de la primera frontera, más allá de los límites de la galaxia.

Después de una hora, los datos eran ya prácticamente definitivos y el ordenador manejaba pronósticos muy fiables. Había votado el 89% de la población electrónica y todos apoyaban las leyes actuales. Entre los humanos, la abstención había sido la más baja de los últimos cien años. Parecía que el tema había despertado en ellos más sentimientos de los normales en un proceso de estas características, y los porcentajes para ambas opciones eran prácticamente idénticos: 51% para el Sí y 49% para el No. En la central de datos se había creado un ambiente de discreta euforia, sobre todo entre las máquinas, y el volumen de voz de las conversaciones se iba incrementando paulatinamente. Miró los datos casi sin fijarse, con la mente puesta mucho más lejos, hasta que una voz la introdujo de nuevo en la sala.

–Profesora, tiene una llamada.

–Sí... Gracias.

–Puede usted hablar en esa cabina para aislarse del ruido.

–Gracias –dijo de nuevo.

Se acercó hasta una cabina de paredes traslúcidas.

–¿Profesora OYP?

-Sí, soy yo.

-Lamento interrumpirla, sólo le robaré unos segundos. Soy Aiz-7, del Grupo de Análisis de la Comunidad Científica Central. Quería comunicarle que en cuanto se confirmen definitivamente los datos finales de la Consulta, aproximadamente dentro de cinco minutos, iré a recogerla allí mismo, a la central de datos. Alcano quiere verla esta mañana. ¿Tiene usted algún inconveniente?

-No.

-Pues entonces no le robo más tiempo. Gracias, profesora.

-¿Podría hablar ahora con él un momento?

-Me temo que es imposible en estos instantes, está reunido. Gracias de nuevo, profesora, y disculpe las molestias.

-De nada -respondió ella en una débil voz.

La sonrisa de Alcano no lograba ocultar algo desagradable que se escondía en algún rincón impreciso de su cara.

-De nuevo, solos, querida colega. Debemos de ser las máquinas que más hablen de sus asuntos personales en toda la galaxia, ¿no te parece? Casi estamos en el límite de lo permitido -bromeó él-. Me imagino que estarás cansada después de tanto esfuerzo en vano.

Ella había comprendido cómo debía comportarse en la situación más difícil de toda su vida y no dudó en dar una respuesta inmediata.

-No ha sido completamente en vano. Ahora sabemos los dos el estado de la situación, y eso es positivo, ¿no te parece?

-Desde luego que sí. Tienes razón -se corrigió-. Además, ha sido la Consulta con el menor índice de abstención de los últimos ciento cuarenta años, lo que resulta también muy significativo. Se puede decir sin duda alguna que todo el mundo tiene una opinión formada de este importante aspecto de nuestra legislación -OYP se dio cuenta de que Alcano tenía ganas de hablar y dejó que se explayara-. Es la primera vez que se realiza una Consulta de esta envergadura en toda la historia y creo que los resultados no han podido ser más esclarecedores, ¿no es cierto? Ahora estamos más seguros de que la legislación actual cuenta con el beneplácito de la mayoría.

-Desde luego.

-Me alegra que estemos de acuerdo. Pensé que quizás te sentirías... ¿decepcionada?

-¿Por qué iba a sentirme así?

-No sé... La verdad es que no tienes ninguna razón objetiva. En cualquier caso me alegra que estemos de acuerdo. En fin... ¿Quieres tomar algo? ¿Te apetece algún zumo, quizás un poco de cafeína caliente?

-Bueno, algo de cafeína me sentará bien.

Alcano encargó bebidas a través de su comunicador interno. Se notaba que le costaba entrar en el asunto para el que la había llamado y ella sabía

que no tendría otra oportunidad. Necesitaba aprender a mentir a marchas forzadas.

-Bien, ahora las traerán, no creo que tarden mucho... Bueno, como ya te imaginarás te he llamado para charlar de algo importante -hizo una pausa que ella no aprovechó para intervenir en la conversación-. Los dos sabemos perfectamente de lo que estamos hablando, ¿verdad?

-No estoy segura. ¿Podrías ser un poco más explícito?

Él sonrió con ironía justo en el momento en que un hombre de uniforme gris apareció con las bebidas.

-Gracias -dijo él.

Alcano llenó un vaso piramidal de cafeína y se lo ofreció.

-¡Qué bien huele! -dijo ella.

-El vaso es una reproducción de este edificio, como habrás podido comprobar.

-Sí, es muy original.

-Supuse que te gustaría.

-Eso quiere decir que me conoces bien. Es lógico, después de tantos años trabajando juntos... -Alcano se había quedado bloqueado mirándola-. Hemos disfrutado juntos, ¿verdad?

-Sí, se puede decir que así es.

Ella le estudió un instante. Los ojos de su anterior director científico eran firmes, pero brillaban de un modo especial y pensó que era un buen momento para atacar.

-¿Qué es lo que quieres decirme?

Él tardó en contestar. Primero se echó hacia atrás en el sillón, después bebió un poco de cafeína y por fin la miró a los ojos.

-El Consejo de la Comisión ha decidido internarte temporalmente para someterte a una revisión larga. No quieren precipitarse antes de dar un informe definitivo de tu enfermedad, pero parece que en tu anterior visita se detectaron algunos indicios de enfermedad degenerativa.

-¿Graves? -preguntó ella, como si le interesara realmente su salud electrónica.

-No soy un experto en este tema, pero supongo que si los médicos competentes han aconsejado tu ingreso, será por algo -Alcano se levantó,

rodeó la mesa y puso una mano sobre el hombro de OYP-. De todas maneras no quiero que te preocupes. Serás tratada con deferencia y permanecerás en continuo contacto conmigo. También podrás trabajar si lo deseas desde allí.

Ella tembló imperceptiblemente al escuchar la noticia, aunque ya se la esperaba. Disimuló sus sentimientos y preguntó:

-¿Soy una máquina MED?

Él apartó su mano y volvió a sentarse en su sillón. Después la miró despacio con un gesto apenado que a ella le produjo un profundo malestar y dijo:

-Sí.

Ahora venía la parte más difícil de la representación, la que había ideado para una situación semejante.

-Bueno, si la Comunidad Científica Central lo cree conveniente, me parece bien. Además, el hecho de que tú estés a mi lado lo hace más soportable.

Pronunció sus palabras muy despacio tratando de llevar a Alcano a su terreno. Él sonrió de la manera que ella quería.

-Siempre he estado a tu lado, aunque ya sabes que el cargo que ocupo me obliga a guardar las formas en muchas ocasiones. Pero siempre me has tenido cerca, aunque no lo creas, más cerca de lo que piensas. La vida es a veces demasiado complicada.

-Lo entiendo perfectamente.

-Además, el tema que se ha planteado esta mañana a la población es un asunto muy delicado...

-Y nos jugábamos mucho.

-Y nos jugábamos mucho, como tú dices. Ahora lo que importa es que te recuperes cuanto antes y que puedas seguir siendo la misma de antes; enérgica y decidida.

-Espero que tú me ayudes a recuperarme.

-Puedes contar con ello. ¿Sabes? Hasta he pensado que te podrías venir a trabajar aquí conmigo, cuando estés en plena forma, claro. Me hace falta un buen colaborador, y creo que tú serías la persona indicada.

-¿Lo crees de verdad?

-Por supuesto. Tú eres capaz de desempeñar trabajos de mucha responsabilidad. En la universidad lo sentirán, ya verás.

-Gracias.

-No hay nada que agradecer. Además me siento un poco culpable de todo lo que te ocurre...

-Eso es absurdo.

-Ya sé que es ilógico, pero pensaba que a lo mejor tú...

Lo estaba consiguiendo más fácilmente de lo que había supuesto en un principio. Alcano no estaba acostumbrado a la dulzura y actuaba con torpeza. Sonrió de la manera más dulce que pudo.

-¿Que podía estar enfadada?

-Digamos que sí -corroboró él.

-Te equivocas totalmente, Alcano... Siempre he confiado en ti.

En ese momento se iluminó el pequeño comunicador de Alcano.

-De acuerdo. No, iré yo mismo a su despacho, la profesora y yo no hemos terminado todavía nuestra entrevista -la miró y sonrió-. Muy bien, gracias.

Se incorporó pausadamente, buscó un papel y volvió a mirar a su antigua discípula.

-Vuelvo enseguida, no tardaré nada.

-Lo que necesites.

Cuando se quedó sola en el despacho cerró los ojos y respiró profundamente. Parecía muy claro que su anterior director científico jugaba a dos bandas con la impunidad propia que concede el poder. Desde su privilegiada posición la ayudaba y la acorralaba al mismo tiempo para tenerla cerca. No podía permitir que tuviera sentimientos al margen de la ley porque resultaba peligroso y podría perderla. Pero tampoco quería desprogramarla porque entonces también perdería la imagen de mujer que le gustaba. Era así de simple y así de grotesco.

Se acercó a la ventana y dejó que sus pupilas se perdieran en el horizonte de arena. La representación estaba saliendo bien, aunque tampoco debía fiarse. Era seguro que la C.C.C. querría internarla cuanto antes para evitar una nueva huida o cualquier otra complicación, así que su única salida pasaba por regresar enseguida a su apartamento con la menor escolta

posible. Estaba segura de que Rodrigo la esperaría allí y quizás, con algo de suerte...

La puerta se abrió y Alcano entró de nuevo en el despacho.

-Bueno, ya no nos molestarán más.

Ella se volvió un instante, le sonrió y siguió mirando a través de la ventana. Oyó cómo se acercaba. Cuando le tuvo muy cerca, preguntó:

-¿Cuándo quedaré internada?

Él no contestó nada, pero permaneció muy cerca de OYP, rozándola. Durante algunos segundos ella percibió la agitación en el interior de Alcano.

-Verás... En principio estaba previsto que fuera esta misma mañana, pero... si tú...

-No te preocupes, no pasa nada, haré lo que a ti te parezca bien. Puede ser ahora mismo si hiciera falta... -simuló que recordaba algo y le miró asustada-, aunque si pudiera pasarme un minuto por mi apartamento...

-No es lo programado...

Eso ya lo sabía ella, pero había llegado el momento de la escena final. Miró fijamente a Alcano y dijo muy despacio.

-Necesito coger algunas cosas.

-Puedo enviar a alguien.

-No creo que nos interese a ninguno -le rozó la mano.

-No entiendo...

-Lo hago por ti y por mí. Está claro que los dos sentimos cariño cuando estamos cerca y nadie tiene por qué saberlo, pero tengo algunas pruebas que nos podrían perjudicar, quizás a ti más que a mí y no quiero que eso suceda. Lo dijo deprisa, sin darle tiempo a la reflexión, metiéndole en un callejón sin salida. Si tardaba más de dos segundos en contestar habría ganado la batalla. Pasaron cuatro o cinco antes de que dijera algo.

-¿Qué es? -preguntó en una voz inusualmente débil.

-Alcano, por favor -miró hacia atrás y luego directamente a los ojos-. No podemos hablar de esto ahora... Y además, los agentes que me acompañen no deberían entrar en el apartamento -esperó unos segundos antes de terminar-, aunque haré lo que tú me digas, por supuesto.

Él pareció desconfiar unos momentos. Después, todavía desconcertado por la inesperada noticia hizo que se presentaran inmediatamente dos individuos de uniforme gris en su despacho.

Durante las últimas siete horas, Rodrigo no había hecho otra cosa que preparar lo mejor posible la vigilancia del apartamento y esperar, tal y como le había pedido ella antes de salir hacia la Central de Datos. Boya y Lan se encontraban en las proximidades y fueron los primeros que vieron acercarse al vehículo oficial.

-Atención, viene una lancha de esos capullos -avisó Boya a través de unos ligerísimos cascos que le mantenían en contacto permanente con el interior del apartamento-. Se acerca despacio, viene hacia aquí, seguro... son tres pasajeros... un momento, por favor, one moment, please, sí, la princesa de los ojos verdes viene con ellos, afirmativo. Repito: afirmativo.

Rodrigo se volvió y miró a sus dos acompañantes.

-¿Estáis preparados? -preguntó.

-No te imaginas las ganas que tenemos de romper algún amasijo electrónico, muchacho, ¿verdad, Luc?

Luc movió la cabeza afirmativamente, entrelazó los dedos de sus manos y apretó las palmas.

-Espero no tener que usar la violencia -dijo Rodrigo.

-Entonces, creo que tenemos deseos opuestos -contestó el Mesías.

El vehículo se detuvo justo debajo del portal.

-Hemos llegado sin problemas. La profesora subirá ahora mismo y la esperaremos aquí... No, no hay nadie sospechoso en la calle.

Los dos individuos de uniforme gris se quedaron dentro, en comunicación con la central de la C.C.C., y ella se encaminó hacia su casa.

-Sube sola -dijo Boya-. Podéis ahorraros la violencia... por ahora.

Ella entró en su apartamento, tan segura de que allí estaría Rodrigo, que casi no se sorprendió de encontrar a más gente. Abrazó largamente al joven profesor de la Tierra y miró agradecida a sus otros dos amigos. Ort preguntó:

-¿Cómo diablos te las has arreglado para volver?

-Me han dejado regresar para recoger algunas cosas, pero se supone que no estaré más de diez minutos aquí.

-No te preocupes, ricura, tenemos tiempo de sobra.

-Están en contacto permanente con Alcano -avisó ella.

-Por poco tiempo -dijo Rodrigo-. El plan de Boya es muy sencillo, pero nos sacará de aquí a todos. Bloqueará la comunicación de esos dos en cuanto le demos la señal, después Luc, Ort y yo nos desharemos de ellos sin violencia -miró al Mesías, que señaló un descargador de triple corriente energética de última generación apoyado en la pared- y salimos disparados hacia la base de vuelos comerciales. Hacia allí se está encaminando ahora mismo el resto de la tripulación avisada por Boya. Así que no podemos perder más tiempo, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -dijo ella.

-Estamos preparados, Boya. Cuando quieras empezamos con tu plan.

-Dile a nuestra princesa que corte ella la cinta de salida, como una deferencia -dijo Boya, a través de los cascos.

-¿Cómo?

-Que dé ella la orden, hombre, que diga un, dos, tres, ya, por ejemplo. O ready, steady, go, o qué sé yo.

-Boya quiere que seas tú la que dé la señal.

Ella cogió uno de los pequeños auriculares y dijo:

-Cuanto antes, Boya, por favor.

Boya emitió un chorro de ondas, inversas a las usadas por los agentes de la C.C.C.. La suma de ambas creó una campana de vacío electromagnético que anuló la comunicación. Un segundo más tarde, los dos miembros del grupo de Análisis trataban de reparar sin éxito su comunicador.

-Qué mala suerte, tenía que ser ahora mismo. Ya podrían darnos un material más moderno.

-Deberíamos subir y usar el comunicador del apartamento de la profesora.

-Tenemos órdenes precisas de no abandonar el vehículo.

-Pero esto es una situación anormal, está contemplada la posibilidad de hacerlo.

-No sé...

Boya se acercó al vehículo oficial.

-Disculpen, ¿tienen ustedes algún comunicador? El mío debe de estar averiado.

-Lo sentimos, pero se nos acaba de estropear también el nuestro.

-Qué lástima. Debe ser por la tormenta eléctrica de magnitudes de tragedia greco-romana que se avecina.

-¿Una tormenta eléctrica?

-¿No lo han escuchado en los hipercanales?

-Ni idea.

-Pues por lo visto es como... -puso sus manos en forma de círculo delante de ellos-, como un cilindro de fuerza eléctrica capaz de abrir de nuevo las aguas del Mar Rojo, despeinar las cabezas de los egipcios y dejar en muy mal estado vuestros frágiles cuerpos electrónicos.

-¿Se encuentra usted bien?

-¿Yo? -se miró de arriba abajo-. Perfectamente. Pero ustedes deberían tener cuidado con la irrupción de energía que nos circunda, baterías de pacotilla.

En ese momento apareció Ort en el portal y Boya tuvo el tiempo justo de apartarse mientras les decía:

-Ven como yo tenía razón.

La descarga eléctrica duró apenas dos segundos y empujó con violencia a las dos máquinas del grupo de análisis hacia la parte trasera del vehículo. Allí quedaron tendidas, chispeantes, como sin vida.

-¿Están muertos? -preguntó Lan.

-No -respondió Ort, acariciando su arma-. Sólo estarán fuera de combate hasta que los reparen.

-Bien, y ahora que ya has jugado a los pistoleros, vámonos que nos vamos -dijo Boya, dirigiéndose hacia uno de los vehículos estacionados al otro lado de la calle-. Tenemos que mover deprisa las piernas.

-Todavía no ha bajado -dijo Rodrigo.

-Demonios astrales, ¿se puede saber qué está haciendo ahora esa bellaca?

-Creo que quería dejarle un recado a Alcano.

-Espero que sea un mensaje bomba.

Rodrigo sonrió.

-No tengo ni idea.

A los pocos segundos apareció corriendo por la puerta.

-Perdonad el retraso, ya estoy.

-Pues venga, flor de pascua, que no nos sobran los minutos.

Cuando llegaron a la base espacial de comercio, Soram les estaba aguardando junto a otras cinco personas que también querían empezar una nueva vida en Ícaro. Corrieron hasta la nave del Mesías y se instalaron todo lo deprisa que pudieron en su espacioso interior.

-No me puedo creer que esté pasando esto -dijo Lan.

-Pues es tan real como la vida misma, refugio de nieve. Lo que no sé es cuánto durará, eso ya es más difícil de saber. ¿No te parece Ort?

-Calculo que dentro de diez minutos comenzarán a investigar los últimos despegues en todas las bases espaciales y puede que intenten seguirnos -respondió mientras supervisaba todos los sensores en la cabina.

-¿Nos dará tiempo a despistarlos? -preguntó Lan.

-Necesitaríamos veinte para tener alguna posibilidad -contestó él.

-Si Alcano se fia aún de mí tendremos esos minutos de margen que necesitamos- aseguró OYP.

-Tú sabrás lo que dices, ricura. Bueno esto ya está, que cada uno se agarre cómo buenamente pueda, ¡allá vamos!

La gran nave de carga ascendió verticalmente a la máxima velocidad que podía alcanzar, giró casi noventa grados en horizontal y se perdió en pocos segundos dentro de la ligera atmósfera de Mon.

Cinco minutos después, alarmado por el corte en la comunicación, Alcano se presentó en el 657 de la L mayúscula en compañía de una brigada de análisis de la C.C.C..

-Alguien ha disparado sobre ellos.

-Subiremos con precaución. Puede haber alguien esperándonos arriba.

-No estarán ya ahí -dijo Alcano. Después masculló "maldita sea" y subió hasta el apartamento.

La puerta estaba cerrada.

-Que alguien abra esta puerta.

Dentro estaba todo en orden y sus ojos se encontraron enseguida con una bolsa de regalo en el que aparecía su nombre escrito con la letra de ella.

-No entren todavía -dijo él.

Se acercó hasta la mesa en la que yacía la pequeña bolsa verde, la abrió con cuidado y sacó una cinta de sonido y un papel. Leyó con avidez el escueto mensaje.

Antes de hacer nada, Alcano, me gustaría que escucharas esto. Serán apenas unos segundos y después tendrás tiempo de decidir. Es por tu propio bien.

El papel tembló entre sus dedos. Dudó unos instantes entre su obligación de dar la orden de búsqueda inmediatamente y el temor ante aquella advertencia escrita a mano. Recordó las últimas palabras de su antigua discípula -tengo algunas pruebas que nos podrían perjudicar, sobre todo a ti-, y sintió miedo. Detrás de él, la brigada del Grupo de Análisis se agitaba inquieta esperando la orden. Dobló el papel y lo guardó en un bolsillo. Después se acercó al reproductor de sonido que tenía al lado del mensaje, se ajustó unos auriculares e introdujo la cinta.

La voz sonaba clara y dulce dentro de sus oídos.

-Me voy con la esperanza puesta en el futuro, Alcano, sabiendo lo que hago y por qué. Quizás un poco triste, puede ser, por no haber contado con más ayuda de quien podía haberla dado, pero también ilusionada. Ilusionada, Alcano; una sensación que nos debería resultar extraña.

Alcano miró hacia atrás, vio los rostros intranquilos del Grupo de Análisis y quiso cubrirse las espaldas. Habló con el inspector de operaciones.

-Cierre todas las comunicaciones terrestres de la ciudad.

-¿Vigilamos también las bases espaciales?

-Haga lo que le he dicho.

-En seguida.

Después volvió a ajustarse los auriculares.

-Atrás quedan muchos momentos agradables y otros tantos que me han ido haciendo cada vez más daño. Tengo la impresión de que el tiempo, que ha transcurrido últimamente a una velocidad de vértigo, casi como un pensamiento o una intuición, me ha ayudado a entender algunos aspectos de mi vida que me resultaban incomprensibles años atrás. Esos mismos aspectos que para vosotros no son más que claros indicios de enfermedad degenerativa. ¡Qué simpleza! ¿Para eso tanta complejidad electrónica y tantos aires de superioridad? Tú sabes perfectamente que hay muchas máquinas que sienten lo mismo que yo, que viven asfixiadas en la maraña absurda de leyes rígidas e impropias de una sociedad de finales del tercer milenio. Muchos seres que habían depositado su confianza en el progreso y que se encuentran con un mundo que ni les comprende ni les acepta. De acuerdo, no han votado en contra de la legislación, pero no lo han hecho porque tienen miedo, porque el precio a pagar es muy elevado: el exilio, la soledad, la marginación... o la cárcel, aunque la llamemos en un alarde de hipocresía, lugar de curas de reprogramación.

Alcano se sentó en una silla. Mientras escuchaba el mensaje de su antigua colaboradora, la imagen de su propio sufrimiento electrónico cobró

vida. Por unos momentos olvidó la causa por la que estaba en su apartamento e imaginó que hablaba con ella en persona. Se daba cuenta de que le gustaba mucho escuchar aquella voz femenina.

-Quizás el error no esté en la idea de progreso, sino en las personas concretas que lo llevan a cabo, con estrechez de miras, vaciando el contenido y quedándose simplemente con las formas. Y yo no quiero vivir entre gente que muestra una escasa comprensión hacia las inquietudes no convencionales. La costumbre es también muy dañina, Alcano, porque sólo admite el modelo típico, sin dejar libertad a la propia personalidad. La tuya es una sociedad que tiene miedo a la libertad personal, aunque la citéis constantemente. Ahora ya no tienes que disimular, porque no me tienes delante. Mira a tu alrededor, echa un vistazo. ¿Qué ocurre cuando los patrones externos de alguien no concuerdan con los del modelo estipulado? ¿Qué ocurre, Alcano? ¿Qué pasa cuando un miembro de nuestra especie no se ajusta a lo programado? Que se supone que falla algo, que hay una enfermedad en el sistema operativo o cualquier otra excusa que no conduce a nada, pero que evita profundizar en las verdaderas razones. Te consideran una máquina MED, y ya nadie investiga más a fondo; nadie se interesa por conocer la verdad. ¿Ése es el progreso del que te sientes tan orgulloso?

Alcano se dio la vuelta al notar una voz a sus espaldas.

-¿Qué ocurre?

-Hemos cortado todas las salidas de la ciudad.

-Bien.

-Pienso que también deberíamos buscar en las bases espaciales. No nos lleva mucha ventaja y...

-Suspenda todos los vuelos no comerciales y manténgame informado.

-Bien.

-Otra cosa, inspector. Quiero que se lleve a toda esta gente -miró hacia la puerta-. Aquí ya no son necesarios.

-Por supuesto.

Esperó a quedarse solo de nuevo en la habitación. Ella tenía razón. No hacía falta disimular en esta singular conversación porque no había testigos incómodos. Pensó rápidamente en la base espacial de vuelos comerciales y masculló sin demasiado convencimiento: "te daré sólo un poco más de

tiempo”. Después volvió a sumergirse en aquella suave, y a la vez enérgica voz.

-Cuando te sales de los moldes se pierde la confianza en ti. Y cuando se pierde la confianza se acaba todo, Alcano. No puede haber amistad ni respeto, no se puede trabajar a gusto, no se puede vivir tranquila, ni es posible mirar a los ojos sin sentir una profunda tristeza. Y tú sabes que es verdad lo que estoy diciendo. En cualquier caso, mientras estoy grabando esta cinta me pregunto qué pasará contigo a partir de ahora. Porque tú también estás infectado por esa enfermedad degenerativa, que no es más que un simple anhelo de libertad. Siempre lo he intuido, pero ahora lo sé con certeza. ¿Qué harás a partir de hoy? ¿Cambiará algo tu actitud después de este precipitado desenlace? ¿O seguirás luchando contra tus propios sentimientos como si realmente fueran síntomas de una enfermedad nueva y peligrosa? ¿Seguirás teniendo miedo de ti mismo toda tu vida? ¿Continuarás cometiendo atropellos en nombre del sagrado progreso?

El sonido de la cinta llegó con poca nitidez durante unos momentos.

-No puedo detenerme mucho más tiempo, Alcano. Mis compañeros de viaje se están poniendo nerviosos. Supongo que ahora mismo, mientras viajo hacia un lugar nuevo, que no conozco y que también me produce incertidumbre, estarás dudando entre dar o no la orden definitiva de búsqueda. Hazlo si quieres. Nadie lo hará si tú no lo haces, pero piénsalo bien antes de cometer un error que ya no tendría arreglo.

Detuvo la cinta y volvió de nuevo la vista hacia la puerta. El inspector estaba allí mismo, de pie, esperando cualquier orden, como un perro fiel, tal y como debía ser, tal y como estaba programado. ¿Tendría él también sentimientos? ¿Sufriría alguna vez por dentro como ella, como él mismo, como tantas otras máquinas que vivían en el anonimato? Se sintió ligeramente confundido y cerró los ojos. Recordó unas palabras de Einstein y se agarró a ellas unos instantes, intentando sujetarlas con firmeza: “no hay ningún gran descubrimiento, ni verdadero progreso alguno, mientras quede en el mundo un niño infeliz”. Era la frase preferida de su antigua discípula, y siempre sonaba bien cuando la pronunciaba ella. Después puso en marcha otra vez la cinta y quiso terminar de escucharla.

-Atrás quedan ahora la severidad de las formas, el escaso espacio libre y la escasísima variabilidad de características. Intentaré encontrar un lugar donde sea más amable la convivencia, en el que no exista la esclavitud del poder y la injusticia no se ampare en el laberinto de una organización, ni de una estructura.

A él se le escapó una palabra: "idealista".

-Comprendo que estas consideraciones que hago pueden contener una carga subjetiva importante, pero responden a la realidad de lo que veo y siento. No estoy resentida, al menos no peligrosamente, pero sí triste y decepcionada, y espero que lo que te digo ahora pueda ser útil para alguien en el futuro. Te podría echar muchas cosas en cara, pero no voy a hacerlo. Sólo quiero que sepas que me he sentido muy sola entre vosotros. Y, sin embargo, no siento lo mismo en esta nave que vuela rumbo a lo desconocido. Seguramente a muchas de las máquinas MED que tenéis encerradas les pasará lo mismo. Piénsalo, porque también tú tienes conciencia, Alcano... y sentimientos.

El inspector volvió a acercarse.

-Han pasado casi veinte minutos y tenemos todo controlado menos la base espacial de comercio. ¿Quiere que indague las últimas salidas? Si han escapado por ahí, todavía tenemos tiempo de cogerles.

Él había oído la sugerencia sin dejar de escuchar a la joven profesora.

-Quizás sea una cuestión de pura sensibilidad, pero, en cualquier caso, no soy capaz de vivir feliz en vuestra sociedad. Espero que escuches esto y te comportes como lo que eres, a pesar de que a veces lo intentes disimular. No espero otra cosa de ti...

El inspector repitió la pregunta:

-¿Supervisor? ¿Doy la orden?

Antes de que la cinta hubiese terminado, él ya sabía que no volvería a verla nunca. Miró al agente vestido de gris que tenía justo enfrente y le sonrió con amargura. Lentamente guardó la cinta en un bolsillo, junto al papel, y se incorporó. Se dirigió a la ventana-terraza del apartamento y miró la calle desierta. Sintió un ligero malestar en alguna parte imprecisa de su cuerpo y apretó los puños. Después se volvió hacia el inspector y dijo en una voz cansada:

-No.

Rodrigo contemplaba el espacio estrellado a través de una ventanilla ovalada de la gran nave espacial, que se desplazaba silenciosamente bajo la luz de millones de lejanos soles. Su cara se reflejaba en el plástico transparente y en él, sus ojos, oscuros y brillantes, avanzaban a la misma velocidad que la nave. Pensar resultaba sobrecogedor en estos instantes en que casi todo se había derrumbado y la vida comenzaba a manifestarse de una manera completamente nueva. A partir de ahora, y quizás durante mucho tiempo, las lejanas estrellas individuales y las brumosas constelaciones ocuparían el lugar de las llanuras arenosas del delta de su ciudad, de las gaviotas y las algas. Sintió que los latidos de su corazón invadían la pequeña sala en la que se encontraba. Durante unos minutos, el tiempo se perdió en aquella oscuridad del espacio exterior, como una diminuta gota de agua dentro de una enorme cascada. Luego, una mano se posó sobre su hombro y otra cabeza se aproximó mucho a la suya.

-Qué bonito es el cielo desde aquí, ¿verdad?

Él se volvió para mirarla, pero no contestó nada. Ella siguió diciendo.

-Alceno no nos perseguirá, Rodrigo. Se lo acabo de decir a Ort para que no estuviera preocupado.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque también él es ya demasiado humano, y tiene remordimientos.

Las dos figuras contemplaron en silencio el lento vuelo de la nave a través de la ventanilla.

-Recuerdo una canción griega de hace cientos de años... Una canción de una melodía maravillosa, que no podría reproducir -empezó diciendo ella-. ¿Quieres que recuerde lo que decía?

-Claro.

-La traducción desde el griego no es perfecta, todavía se pierden muchos matices, pero bueno... Decía algo así: Ven a mi lado, ven conmigo. A algún lado iremos. Mano con mano, a una nube blanca, a algún paraíso, a

cualquier estrella. Por encima de las nubes, por encima de los mares, hasta las constelaciones –hizo una pequeña pausa–. Ven conmigo, aunque sólo sea una noche. Mejilla con mejilla, como gaviotas fugitivas. Viajaremos por encima de los campos, nosotros y este amor, hasta otro sueño, hasta otro lugar...

Ella dejó de hablar y el rumor de las palabras quedó flotando dentro de la pequeña sala.

–Qué letra tan adecuada para esta situación...

–La cantaba una mujer griega hace cientos de años, y quizás se imaginaba algo que podría ocurrir en un futuro como éste...

–No creo que pensara en nosotros, pero seguro que sentía lo mismo...

–¿Crees que esto que estamos haciendo ahora tendrá importancia en la historia? ¿Servirá para cambiar algo? –preguntó ella.

–Estoy seguro de que todo adquiere un sentido con el tiempo. Independientemente de cómo salga esta aventura en la que nos hemos embarcado, creo que la semilla que hoy sembramos germinará más o menos pronto en alguna parte. Siempre ocurre lo mismo con las cosas importantes: primero se inventa algo que hasta entonces no existía y después se multiplica inexplicablemente por todos los rincones del universo.

–Espero que tengas razón.

–Pero tal vez no lleguemos a verlo, claro.

–Eso no importa mucho.

Durante unos instantes un grupo de estrellas fugaces surgió de la nada para acompañar el rumbo de la nave, como delfines siguiendo la estela de un barco. Las vieron desaparecer justo a la altura de sus ojos.

–¿Tienes miedo? –volvió a preguntar ella.

–Claro. Cómo no voy a sentirlo. Y también tengo necesidad de saber cómo es Ícaro, cuánta gente vive, cómo se organizan, cómo funcionan sus leyes...

–Yo también he pensado muchas veces en Ícaro. No he conseguido imaginármela. Es como si no encontrase referentes claros en la historia humana. No sé... En cualquier caso debe de ser algo muy distinto de lo que conocemos.

–O no tanto...

OYP sonrió.

-Casi se me olvida, Rodrigo. Ort quería vernos a todos en la sala central.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo, es que hablando contigo el tiempo se pasa volando.

-Pues vamos.

Cuando aparecieron en la sala central de la nave, todos estaban ya esperando. Ort les sonrió amistosamente y Boya les hizo una señal.

-Sentaros por aquí, polluelos del infinito prosaico -dijo Boya, ofreciéndoles un lugar entre Lan y él.

-Bueno, ya estamos todos -esperó a que Rodrigo y ella se sentaran-. Necesito que me escuchéis con mucha atención, por favor -el murmullo cesó enseguida-. Lo primero que os quería decir es que parece bastante probable que tengamos la vía libre y despejada hacia nuestro destino.

-Ésa es la buena noticia. Le conozco como si lo hubiera parido -susurró Boya.

-No creo que nos persigan más allá de SS-354, es improbable... -sus palabras se apagaron y sus ojos recorrieron la sala muy despacio-. Os quería decir otra cosa... Escuchadme bien porque la diré sólo una vez, no voy a repetirla, ¿de acuerdo? No estoy dispuesto a pasar este trago dos veces. Sabéis lo que llevamos como cargamento, ¿verdad?

-Material de colonización prestado por la C.C.C. -bromeó Lan.

-Eso es, material suficiente para colonizar casi cualquier ambiente...

-Me lo temía -volvió a susurrar Boya, esta vez en los oídos de OYP.

-...Y nos hará falta, sin duda -tragó saliva-. Bueno... Bien... Chicos y chicas, compañeros de viaje, escuchad con atención: os tengo que decir que... Ícaro no existe. Sí, sí, entiendo que pongáis esas caras de sorpresa, lo comprendo, pero no había otra manera de cambiar las cosas, eso lo sabéis tan bien como yo. Hacía falta creer en algo para luchar... Yo os lo he dado. Es así de simple y así de sucio -hablaba muy deprisa, casi atropelladamente-. Lo siento por una parte y me alegro por otra. Podéis pensar de mí lo que os venga en gana, pero el único hecho es que Ícaro no existe en realidad. Y a la vez sí que existe, claro. Existe en cualquier parte en que queramos quedarnos.

Nosotros somos Ícaro. Esta nave, esta sala, nosotros... Eso es lo único que puedo decir... lo único...

Ya no dijo nada más. Nadie abrió la boca. La noticia les había cogido a todos de sorpresa y resultaba demasiado densa para valorarla en ese instante. Haría falta algún tiempo para acostumbrarse a vivir sin esa meta. Tiempo no iba a faltar, porque lo tenían en abundancia por delante. El leve sonido del sistema de propulsión de la nave se propagó por la sala. Sólo Boya, que lo había adivinado todo algunos segundos antes, parecía seguir vivo. Lentamente se incorporó y atravesó muy despacio la sala bajo la atenta mirada de sus once compañeros. Desapareció durante un par de minutos, los minutos más largos de la vida de todos los pasajeros de la gran nave de carga. Después volvió a entrar con varias botellas de vino y una tímida sonrisa en el rostro.

-Me gustaría brindar por la construcción de una metáfora. ¿Alguien puede acercar algunos vasos?

OYP se levantó y cruzó lentamente la sala. Fuera, en el espacio exterior, las precisas señales del púlsar marcaban el tiempo de una nueva época.

Índice

4... NO HAY NINGÚN GRAN DESCUBRIMIENTO,

52... NI VERDADERO PROGRESO ALGUNO

100... MIENTRAS QUEDE EN EL MUNDO UN NIÑO INFELIZ

Albert Einstein